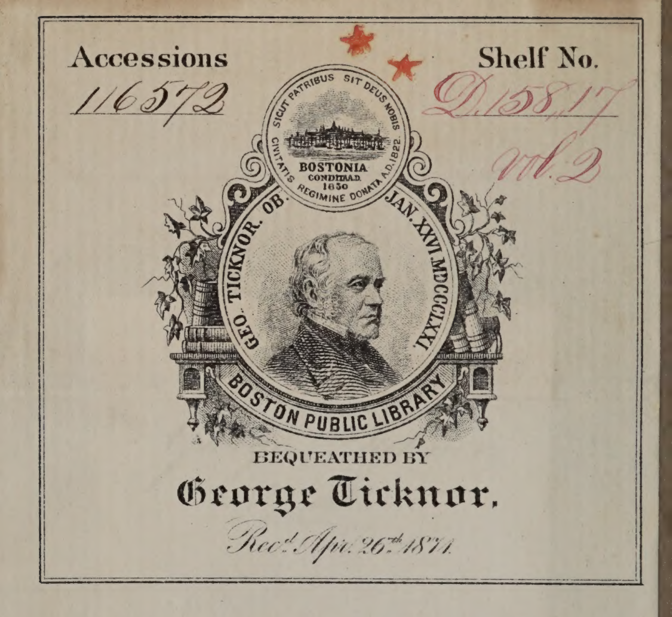



Accessions
116572
Shelf No.
D.158.17
vol. 2
SICUT PATRIBUS SIT DEUS NOBIS
BOSTONIA
CONDITA A.D. 1630
CIVITATIS REGIMINE DONATA A.D. 1822
GEO. TICKNOR. OB. JAN. XXVI MDCCCLXXI
BOSTON PUBLIC LIBRARY
BEQUEATHED BY
George Ticknor.
Rec'd. Apr. 26th 1871.

POESÍAS

DE

D. JUAN MELENDEZ VALDÉS,

FISCAL QUE FUE DE LA SALA DE ALCALDES DE CASA Y CORTE, É INDIVIDUO DE LAS REALES ACADEMIAS ESPAÑOLA Y DE S. FERNANDO.

TOMO II.

MADRID EN LA IMPRENTA REAL
AÑO DE 1820.

Scribere iussit amor.

Ovid. Heroid.

ROMANCES.

NOTA DEL AUTOR.

Varias consideraciones, que ya han cesado, detuvieron hasta ahora la impresion de muchos de estos romances, compuestos en los primeros años del autor. Los publicados antes se han procurado poner íntegros, ó corregir con mas detencion que lo estaban, dándoles á todos el tono y el gusto de esta composicion verdaderamente nacional, y en que tanto abundamos, tan conforme con la soltura y la facilidad del habla castellana como con nuestro genio y poesía.

DEDICATORIA A UNA SEÑORA.

Oye, Señora, benigna
Los inocentes cantares,
Que del Tormes en la vega
Dicta Amor á sus zagales:
Los cantares que algun dia
Envueltos en tiernos ayes
Tal vez las serranas bellas
Oyeron con rostro afable.
En la primavera alegre
De mis años con süave
Caramillo y blandos tonos
Los canté por estos valles;
Cuando el bozo delicado
Aun no empezaba á apuntarme,
Ni el ánimo me afligian
Los sabios con sus verdades.
La dulce Naturaleza
Como cariñosa madre
Despertó mi helado pecho,
Y el Amor me hizo quejarme.
Entonces ¡quién unos dias
Volviera tan agradables!
Vi la fuerza encantadora

De unos ojos celestiales,
El iman irresistible
De un halagüeño semblante,
Y las delicias de un habla
Toda mieles y azahares;
Y embebecido y colgado
De sus gracias y donaires,
Recibí la ley rendido,
Y temí el rigor cobarde.
Yo adoré, y gocé venturas,
O lloré agudos pesares.
¿Es acaso amar delito?
¡Quién no será dél culpable!
¡Quién en la feliz aurora
De una edad crédula y fácil,
Cuando todo al gusto rie,
Y el seno en júbilos arde,
No cedio al plácido aliento,
Que bonancible á engolfarse
Por el sosegado golfo
Lleva su inexperta nave!
Despues los años severos,
Sufridos ya los embates
Por desconocidos rumbos
De mil fieros huracanes,
Aherrojándome imperiosos

Con sus cadenas fatales,
En voz triste y faz ceñuda
Mandaron que atras tornase.
¡Ay qué bárbaras contiendas!
¡O qué encendidos combates!
¡Por qué para obedecerlos,
Blando Amor, debí dejarte!
Hicelo al fin, y aun ansiando
Volver iluso á embarcarme,
Por la paz de las cabañas
Troqué los revueltos mares.
Quedáronme de mis yerros
Estas quejas lamentables,
Que á besar tus pies dichosas
Vuelan hoy al Manzanares.
Ellas en mas claros dias
Templaron mis crudos males,
Y aun ahora en blando alivio
Me ordena Amor que las cante.
Óyelas pues, y no temas,
No temas que ellas te engañen;
Que amor no finge en el campo
Como finge en las ciudades.

ROMANCE I.

ROSANA EN LOS FUEGOS.

Del sol llevaba la lumbre
Y la alegría del alba
En sus celestiales ojos
La hermosísima Rosana,
Una noche que á los fuegos
Salió la fiesta de Pascua,
Y á embebecer todo el valle
En sus amorosas ansias.
La primavera florece
Do gentil la huella estampa,
Do plácida mira rinde
La libertad de mil almas.
El céfiro la acaricia,
Y mansamente la halaga,
Los Cupidos la rodean,
Y las Gracias la acompañan.
Y ella cual honor del llano
Descuella la altiva palma,
Y sus flotantes pimpollos
Hasta las nubes levanta;
O cual vid de fruto llena,

Que con el olmo se abraza,
Sus largos vástagos tiende
Al arbitrio de las ramas;
Asi entre sus compañeras
El nevado cuello alza,
Lozana en medio brillando
Cual fresca rosa entre zarzas;
O como cándida perla
Que artífice diestro engasta
Entre encendidos corales,
Porque mas luzcan sus aguas.
Todos los ojos se lleva
Tras sí; todo lo avasalla:
De amor mata á los pastores,
Y de envidia á las zagalas.
Tal que oyéndola corridas
Tan altamente aclamada,
Por no sufrirlo se alejan
Amarilis y su hermana.
Ni las músicas se atienden,
Ni se gozan las lumbradas,
Que todos corren por verla,
Y al verla todos se abrasan.
¡Qué de suspiros se escuchan!
¡Qué de vivas y de salvas!
No hay zagal que no la admire,

Y no enloquezca en loarla.
Cual absorto la contempla,
Y á la Aurora la compara,
Que radiante al sol precede,
Y el cielo en albores baña.
Quien al fresco y verde aliso
Que al pie de corriente mansa
Su pompa y móviles hojas
En sus cristales retrata:
Cual á la luna si ostenta
De luceros coronada,
Venciendo las altas cumbres
Llena su esfera de plata.
Otros pasmados la miran,
Y mudamente la alaban,
Y mientras mas la contemplan,
Muy mas hermosa la hallan.
Que es como el cielo su rostro,
Cuando en una noche clara
Con su egército de estrellas
Brilla, y los ojos encanta:
O el sol que alzándose corre
Tras de la rubia mañana,
Y de su gloria en el lleno
Todos sus fuegos derrama,
Que tan fúlgido deslumbra,

Que sin accion deja el alma;
Y mas el corazon goza
Cuanto mas el labio calla.
¡Oh qué de zelos se encienden,
Y ansias y zozobras causa
En las serranas del Tórmes
Su perfeccion sobrehumana!
Todas humilladas penan,
Mas sin osar murmurarla;
Que como el oro mas puro
No sufre una leve mancha.
¡Bien haya tu gentileza,
Otra y mil veces bien haya;
Y abrase la envidia al pueblo,
Hermosísima aldeana!
Toda, toda eres delicias,
Toda eres donaire y gracia;
El Amor rie en tus ojos,
Y la gloria está en tu cara:
En esa cara hechicera
Do toda su luz cifrada
Puso Vénus misma, y ciego
En pos de sí me arrebata.
La libertad me has robado;
Favorable allá la guarda,
Y mi vida y mi ser todo

Que ahincados se te consagran.
No el don por pobre desdeñes,
Que aun las deidades mas altas
A zagales cual yo humildes
Un tiempo acogieron gratas;
Y mezclando sus ternezas
Con sus rústicas palabras,
No aunque diosas esquivaron
Sus amorosas demandas.
Su feliz egemplo sigue,
Pues que en beldad las igualas;
Cual yo á todos los excedo
En lo fino de mi llama.
Asi un zagal le decia
Con cláusulas mal formadas,
Que salió libre á los fuegos,
Y volvió cautivo á casa.
De entonces penado y triste
El dia á sus puertas le halla:
Ayer le cantó esta letra
Echándole la alborada.
,,Linda zagaleja
,,De cuerpo gentil,
,,Muérome de amores
,,Desde que te ví.
Tu talle, tu aseo,

Tu gala y donaire
No tienen, serrana,
Igual en el valle.
  Del cielo son ellos,
Y tú un serafin:
    ,, Muérome de amores
    ,, Desde que te ví.
De amores me muero,
Sin que nada alcance
A darme la vida,
Que allá me llevaste;
  Si no te condueles,
Sensible de mí,
    ,, Que muero de amores
    ,, Desde que te ví.

ROMANCE II.

EN UNAS BODAS DESGRACIADAS.

No por mí, bella aldeana,
Aunque sé bien cuanto pierdo,
Por tí sola me lastima
Que te cases con un necio.
  Tan discreta cortesía,
Tan gentil aire y aseo

Quien los merezca los goce,
Y alcancen mas digno dueño.
Que si es la desdicha estrella
De la beldad, aunque el cielo
No te hiciera tan hermosa,
Ganaras mucho en no serlo.
Y hoy duena de tu albedrio
Gozaras el bien supremo
De querer y ser querida
Por tu gusto, y no el ageno.
¿Qué valen los rizos de oro,
Ni los alegres ojuelos,
El carmesi de los labios,
Ni el albo turgente seno?
¿Qué el agasajo apacible,
Y ese hablar tan halagüeño,
Que la libertad cautiva,
Y embebece el pensamiento,
Si tan celestiales dones
Los ha de ajar un Fileno?
Para tan mal emplearlos,
Valiera mas no tenerlos.
Que mejor yace el diamante
Sumido en su tosco seno,
Que no en la mano villana
Que no alcanza su alto precio.

Y el clavel mas bien flotando
Luce en el vástago tierno,
Que deshojado y sin vida
En fino búcaro puesto.
Y mas bien el gilguerillo
Se goza en dulces gorgeos
Volando de rama en rama,
Que en dorada jaula preso.
Si por ganadero rico
Con él te casan tus deudos,
Diles tú, que no hay riquezas
Donde se echa el gusto menos:
Donde en vez de un rostro afable,
Y el solícito desvelo
Con que el fino amor previene
De la amada los deseos,
Te abrumarán noche y dia
En un porvenir eterno
La dureza de las rocas,
De la noche el torvo ceño.
De las bodas el bullicio,
Y sus galas y festejos
Son cual la miel mas süave
En un paladar enfermo:
Lucimiento á la riqueza,
De la ociosidad recreo,

Fastidio de los velados,
Y de la envidia alimento.
  Acabarán; y tú triste
Con el duro lazo al cuello
Llorarás tarde, y en vano
Sentirás del yugo el peso:
  Yugo que leve y de flores
Cuando Amor lo echa risueño,
De bronce abruma insufrible
Si interes lo anuda ciego.
  ¡Ay zagala! por tu vida
No tengas tan mal empleo:
Lástima ten de tí misma,
Si yo no te la merezco.

ROMANCE III.

EL ARBOL CAIDO.

¿Alamo hermoso, tu pompa
Dónde está? ¿do de tus ramas
La grata sombra, el susurro
De tus hojas plateadas?
  ¿Donde tus vástagos bellos,
Y la brillantez lozana
De tantos frescos pimpollos

Que en derredor derramabas?
Feliz naciste á la orilla
De este arroyuelo, tu planta
Besó humilde, y de su aljofar
Rico feudo te pagaba.
Creciendo con él, al cielo
Se alzó tu corona ufana:
Rey del valle en tí las aves
Sus blandos nidos labraran.
Por asilo te tomaron
De su amor; y cuando el alba
Abre las puertas al dia
Entre arreboles y nacar,
Aclamándola gozosas
En mil canciones, llamaban
A partir en tí sus fuegos
Las inocentes zagalas;
Que en torno tu inmensa copa
Con bulliciosa algazara
Vió aun de la tarde el lucero
En juegos y alegres danzas.
Cuando en los floridos meses
Se abre al placer reanimada
Naturaleza, y los pechos
En sus delicias inflama,
Tú fuiste el centro dichoso,

Do de toda la comarca
Los amantes se citaron
A sus celestiales hablas.
Los viste penar, los viste
Gemir entre ardientes ansias;
Y envolviste sus suspiros
En sombras al pudor gratas.
El segador anhelante
En tí en la siesta abrasada
Llamó al sueño, que en sus brazos
Calmó su congoja amarga:
Y con tú vital frescura
Tornó á herir la mies dorada
Reanimado, y ya teniendo
Su fatiga por liviana.
Despues con tus secas hojas
Al crudo Enero...... la llama
Te tocó del rayo, y yaces
Triste egemplo de su saña.
Cual con segur por el tronco
Roto, la pomposa gala
De tus ramas en voluble
Pirámide al cielo alzadas,
El animado murmullo
De tus hojas, cuando el ala
Del céfiro las bullia,

Y el sentido enagenaba,
  Tu ufanía, el verdor tierno
De tu corteza entallada
De mil simbolos sencillos,
Todo en un punto acabara:
  Y hollado, horroroso, yerto,
Solo eres ya en tu desgracia
Blanco infeliz de la piedra
Que ruda mano dispara:
  Estorbo y baldon del prado,
Que cual ominosa carga
Tu largo ramaje abruma,
El mirarte solo espanta.
  Tu encuentro el ganado evita,
Sobre ti las aves pasan
Azoradas, los pastores
Huyen con medrosa planta:
  Siéndoles siniestro aguero
Aun ver cabe ti parada
La fugitiva cordera,
Que por perdida lloraban.
  Solo en su horfandad doliente
La tórtola solitaria
Te busca, y piadoso alivio
La suya en tu suerte halla.
  En ti llora, y en su arrullo

Se queda como elevada;
Y el eco sus ansias vuelve
De la vecina montaña:
El eco que lastimero
Por el valle las propaga,
Do solo orfandad y muerte
Suenan las flébiles auras.
Mientra al pecho palpitante
Parece què una voz clama
De tu tronco: ¡qué es la vida,
Si los árboles acaban!

ROMANCE IV.

LA DECLARACION.

Si tu gusto favorece,
Zagaleja, mis deseos,
Tú serás mi eterna llama,
Y yo la envidia del pueblo.
Ocho meses te he seguido,
Fino amándote en secreto,
Por tus injustos desdenes,
Y con temor de tus deudos.
Las ansias y los suspiros
Que debes á mi silencio

Sábelo Amor solamente,
O mi pecho, que es lo mesmo.
¡Qué de noches á tus rejas
Los centellantes luceros,
Y de las aves al alba
Me encontraron los gorgeos!
Mas nunca bien ocultarse
Pueden el querer y el fuego;
Pues ya todos en tu casa
Saben del mal que adolezco.
Necedad es la porfia
De callar mas mis intentos,
Que nunca ganó el cobarde
De amor en el dulce juego.
Ayer me dijo Belarda,
Que si la calle paseo,
Tu madre misma se rie,
Y aprueba mi galanteo:
Que tu padre bien me quiere,
Y que á tus hermanas debo
Voluntad y compasion:
¡Ay! toma en ellas ejemplo.
Yo, zagaleja, te adoro;
Que en la noche de los fuegos
Te consagré mi albedrío:
Perdona el atrevimiento.

Mas no, esquiva, no desdeñes
Por la humildad del sugeto
Un pecho tierno y sencillo,
Esclavo de tus ojuelos.
Que en el don que ofrece el pobre
No debe mirarse al precio,
Si la voluntad lo ensalza
Y lo hidalgo del afecto.
Mil y mil almas te diera,
Si yo fuera de ellas dueño:
Una te doy que me cupo,
No merezca tu desprecio.
Que ni mas fiel, ni mas pura
Cabe en amoroso pecho,
Ni corazon mas leal,
O rendido á tus preceptos.

ROMANCE V.

EL NIÑO DORMIDO.

Bajo el álamo que hojoso
Cubre con su pompa umbría
La pacífica cabaña
Del enamorado Aminta,
Él y la sensible Lisi

En plácido sueño un dia
Vieron al hermoso niño,
Que es su gloria y sus delicias.
La faz graciosa inclinada
Del un lado, las mejillas
Bien cual dos rosas fragantes
Por el calor encendidas,
Como bañada la boca
En una grata sonrisa,
Y sobre su lacteo pecho
Dobladas las manecitas.
Los brazos entrelazados
Aminta y Lisi, una misma
La accion, los rostros unidos,
Y fija en su amor la vista,
Por no turbar su reposo
Ni á respirar se atrevian,
Embebecidos gozando
De su beldad peregrina.
¡Ay! dijo la amable Lisi,
Suspirando enternecida,
¡Cuánto en sus felices sueños
Es la inocencia tranquila!
¡Como la paz la acompaña!
¡Cómo el contento la anima!
¡Y con su risa los cielos

Benévolos la acarician!
  Goza, dulce esposo, goza
Como tu Lisi querida
Mirando el clavel hermoso
Que mi fino amor te cria.
  Góza, y si es posible el lazo
Que afortunados nos liga,
Contemplándolo se estreche;
Y en él crezcan nuestras dichas.
  ¡Vé con qué indecible gracia
Aun dormido está! ¡qué linda
Su frente aparece ornada
De su cabellera riza!
  ¡Cuál entreabiertos los ojos
Como dos luceros brillan,
Y aun entre sueños parece
Que cariñosos nos miran!
  El alelí mas florido,
La mas fresca clavellina,
La mas hermosa azucena,
La rosa que ámbar espira,
  Nada son con nuestro amado:
Mayor es su lozanía,
Sus gracias mas acabadas,
Mas su belleza divina.
  Su rostro es la misma gloria:

La paz, el gozo, la risa,
La candidez, la inocencia
Se unen en él á porfia.
¡O rostro en que venturosos
Todos mis gustos se cifran!
¡O sol! ¡ó adorado hijo,
Mi embeleso y mi alegría!
Feliz descansa; y tu sueño
Disfruta en calma benigna,
Que solícita en tu guarda
Vela la ternura mia;
Cual la cándida paloma
Sus pichoncitos abriga,
Y de su seno amoroso
Los sustenta y vivifica.
Descansa, vástago tierno,
Que bajo la sombra amiga
De mis cuidados floreces,
Para hacer mi gloria un dia:
Descansa; y que tu reposo,
Tus sueños, tu amable vida,
Los ángeles tus hermanos,
Velando en torno bendigan.
Alamo feliz, tus ramas
Sobre él blandamente inclina,
Y con tus sonantes hojas

Oficioso le cobija.
Trinad, ó canoras aves,
Con mas dulce melodía
Para no turbar su sueño;
Y á verle llegad festivas.
Tú, agradable cefirillo,
Haz á mi bien compañía,
Y en su congojada frente
Plácido el sudor mitiga.
¡Cielos! una madre os ruega:
En vuestra bondad propicia
Acoged mi hijo querido;
Y honrado y dichoso viva.
Haced, haced que en su seno
A una pululen unidas
La caridad oficiosa,
La piedad y la justicia:
Incesantes dél brotando
Como de una vena rica
Cuanto de noble y de grande
Mas la humanidad sublima.
Y tú, idolatrado esposo,
Vé en nuestro hechizo dormida
A la inocencia, que apenas
En su placidez respira.
Vé al lustre de nuestros años

En su juventud florida,
A nuestro arrimo y consuelo
En la ancianidad tardía.
Vé al serafin, al lucero
Mas radiante..... una ramita
Súbito al soplo del viento
Del álamo desprendida,
Cayendo en la faz del niño
Nubló á los padres su dicha,
Que á un tiempo al verle despierto
Y que asustadillo grita,
¡Ay hijo adorado! exclaman;
Y sobre él con mil caricias
Para acallarle en sus brazos
Riyendo se precipitan.

ROMANCE VI.

EL AMANTE CRÉDULO.

Para las fiestas de Mayo
Prometió la bella Fili
Sus favores á un zagal,
Que importuno la persigue.
Huye á sus ruegos en tanto
Con engañosos melindres,

Y mil palabras le empeña
Para ninguna cumplirle.
Loco el zagal en sus ansias,
Tan crédulo como simple,
Las gracias de la pastora
Como finezas recibe.
Toda la aldea es donaires,
Todos de Pascual se rien;
Él solo se goza ufano
De las burlas que le dicen.
¡O bien haya su inocencia:
Y mas el despejo libre
De la sutil zagaleja,
Que tan bien un amor finge!
Pascual cuenta los instantes;
Y la tardanza maldice
De los dias que se duermen
Del Abril en los pensiles.
Solo Anton, que en crudos zelos
Arde para divertirse,
A cada paso esta letra
Al loco amante repite:
Vendrá Mayo, zagal necio;
Y con sus fiestas vendrá
Tu desengaño y desprecio
Y la risa del lugar.

Los dias que confiado
Quieres hora adelantar,
Un tiempo te ha de pesar
Que hayan tan presto llegado.
Déjalos, Pascual, estar;
Y no te anticipes necio
Tu desengaño, un desprecio,
Y la risa del lugar.

ROMANCE VII.

LA GRUTA DEL AMOR.

Esta es, adorada Clori,
La gruta donde guiados
Del dulce amor en sus aras
Eterna fe nos juramos.
Aqui fue do derretido
En mil ardientes halagos,
Premiando ahincado tus plantas,
Y tu timidez culpando,
Me inspiró el dios tal fineza,
Que tú al corazon mi mano
Llevando, tuyo es, dijiste,
Y en vano ¡infeliz! lo callo.
Súbito tus ojos bellos

En lágrimas se arrasaron;
Y una fuerza irresistible
Te precipitó en mis brazos,
  Clamando ¡en tanta ruina
Mi honor solo al tuyo encargo!
Y de rubor contra el mio
Tu ardiente rostro ocultando,
  Yo á mi palpitante seno
En indisoluble lazo
Feliz te estreché; y mas fino
Torné á jurarme tu esclavo.
  ¡Qué momento aquel, ó amada!
¡Cómo inflexible el recato
Le disputó á la ternura
Aun el favor mas escaso!
  Hasta que sobrecogidos
De un inexplicable encanto,
Débiles ya á gloria tanta,
Sin acuerdo y mudos ambos,
  Ni tú mas que anhelar tierna,
Ni mas yo que transportado
Gozar mi inefable dicha
Pudimos un largo espacio.
  Suspiraste al fin diciendo:
¡Ves cuan fina te idolatro,
Zagal querido, y cuan ciega

Tus dulces éxtasis parto!
  Todo por tí lo abandono,
Y de hoy señor te declaro
De una vida ya no mia;
Que á Amor y á tı la consagro.
  ¡Qué infeliz fuera tu Clori,
Si ser pudiese que ingrato......!
No la gloria en que me anego
Mengüen ya recelos vanos.
  Serás tan constante y fino,
Cuan fina y constante te amo;
Y tu fe sencilla y pura,
Pues con otra igual te pago.....
  Serélo, Clori adorada,
Serélo; y si infiel te falto,
Antes fálteme la vida,
O me abrase justo un rayo.
  Serélo, pues ya dichoso
Solo un ser con tu ser hago;
Y en este nudo inefable
Todas mis delicias hallo.
  No temas, no temas, Clori:
Vé el sol cuan fúlgido y claro
Se encumbra y al mundo rie,
Nuestra union solemnizando.
  Vé hervir todo cuanto existe

De amor en el fuego santo,
Las plantas arder, heridos
Gemir de su presto dardo
 Brutos y aves, halagarse
Rendidos, fáciles, mansos;
Y union, union en mil gritos
Sonar por el aire vago.
 La nuestra pues estrechemos
Aun mas, si mas nos es dado;
Y crezca sin fin la llama
En que ardes tú, y yo me abraso.
 Crezca esta llama, bien mio,
No haya en tus éxtasis plazo;
Ni mas que un solo deseo
De gozar anime á entrambos.
 Todo á hacerlo nos convida:
Vé alli donde solitario
Me hallaste por tus desvíos
Sumido en dolor y llanto.
 Allá cual nuestra ventura
Pomposo y florido el árbol,
Do á hablarnos la vez primera
Nos llevó un feliz acaso.
 Y aqui el venturoso céspeđ,
Do entre mimos y regalos
A acordar nuestros amores

Blanda tú ya nos sentamos:
Do de las fragantes rosas
Que yo traje á tu regazo,
Ceñí con una guirnalda
Tu pelo blondo y dorado;
Diciéndote, su ámbar, Clori,
No es á la nariz tan grato,
Como el que tu aliento exhala,
Y aspira feliz mi labio.
Mas risueña tú á mi frente
La guirnalda trasladando,
Galardon, clamaste, sea
De un hablar tan cortesano;
Y de un rosicler mas vivo
Tus mejillas se animaron,
Nublando el pudor tus ojos
Con un lánguido desmayo;
En que tu seno turgente
Bullendo mas concitado,
Parecia en sus latidos
Decirme en delicias ardo.
Yo, aun tu ternura excediendo,
Como en un glorioso pasmo
Me entregaba á mil delirios,
Gozándome en tu embarazo.
A par que sus leves alas

Batiendo el céfiro blando,
Y soltándose las aves
En el mas canoro aplauso,
A nuestra llama aplaudian,
Y del aire el ancho espacio
Se llenó de nuestra gloria
Con su júbilo y sus cantos.
¡Ay Clori! ¡que eterna dure!
¡Que jamas, jamas aciagos
Ni rezelos la mancillen,
Ni se mengüe con los años!
Mas de celestial fineza
Inimitable dechado
A los amantes mas fieles,
Y envidia y honor seamos.
Sí, dijo Clori, tan tierna
Como en aquel primer rapto
De su pasion; y un suspiro
Fue á nuevas dichas presagio:
Un suspiro, que en mi pecho
Dulcísimo resonando,
En él todas las delicias
Trasladó de Gnido y Pafos.
Las Ninfas aunque envidiosas
De deliquio y amor tanto,
Himeneo desde el bosque

Con alegre voz cantaron.
  Y el cielo en mas grata lumbre,
Mas florecidos los campos,
Las auras con mas aromas,
Los árboles mas lozanos,
  Y todo con nueva vida
Se ostentó para adularnos:
Un templo de Amor la gruta,
Nuestra fe un puro holocausto.
  Asi célebre de entonces,
Del hecho el nombre tomando,
La Gruta de Amor se llama
Por naturales y extraños.

ROMANCE VIII.

LA LLUVIA.

Bien venida, ó lluvia, seas
A refrescar nuestros valles,
Y á traernos la abundancia
Con tu rocío agradable.
  Bien vengas á dar la vida
A las flores, que fragantes
Para mejor recibirte
Rompen ya su tierno cáliz;

Do á sus galanos colores
En primoroso contraste,
Tus perlas del sol heridas
Brillan cual ricos diamantes.
Bien vengais, alegres aguas,
Fausto alivio del cobarde
Labrador, que ya temia
Malogrados sus afanes.
Bajad, bajad, que la tierra
Su agostado seno os abre,
Do os aguardan mil semillas
Para al punto fecundarse.
Bajad, y del mustio prado
Vuestro humor la sed apague,
Y su lánguida verdura
Reanimada se levante;
Tejiendo un muelle tapete,
Cuyo hermoso verde manchen
Los mas vistosos matices
Como en agraciado esmalte.
Bajad, bajad en las alas
Del vago viento, empapadle
En frescura deleitosa,
Y el pecho lo aspire fácil.
Bajad: ¡oh cómo al oido
Encanta el ruido süave

Que entre las trémulas hojas
Cayendo las gotas hacen!
Las que al rio undosas corren,
Agitando sus cristales
En sueltos círculos, turban
De los árboles la imagen;
Que en su raudal retratados
Mas lozano su follage,
Y ergnidos ven sus cogollos,
Y su verde mas brillante.
Saltando de rama en rama
Regocijadas las aves,
Del líquido humor se burlan
Con su pomposo plumage:
Y á las desmayadas vegas
En bulliciosos cantares
Su salud faustas anuncian,
Y alegres las alas baten.
El pastor el vellon mira
Del corderillo escarcharse
De aljófares, que al moverse
Invisibles se deshacen;
Mientras él se goza y salta,
Y con balidos amables
Bendice al cielo, y ansioso
La mojada yerba pace.

El viento plácido aspira,
Y viendo cuan manso cae
En sus campos el rocío
El labrador se complace,
Gozando ya de las mieses
Su corazon anhelante,
Que colmarán sus graneros
Cuando el Can al mundo abrase.
El bosque empapado humea,
De aromas se inunda el aire,
Y aparecen las espigas,
Floreciendo los frutales.
En medio el sol de las nubes
Su frente alzando radiante,
De oro y de púrpura al íris
Pinta entre gayos celages:
Él tendiéndose vistoso
Sus inmensos brazos abre,
Y en arco fúlgido al cielo
Da un magnífico realce.
La naturaleza toda
Se agita, anima, renace
Mas gallarda, ¡ó vital lluvia!
Con tus ondas saludables.
Ven pues ¡oh! ven, y contigo
La fausta abundancia trae,

Que de frutos coronada
Regocije á los mortales.

ROMANCE IX.

LA MAÑANA DE SAN JUAN.

Mañanita de San Juan
Por el prado de la aldea
A celebrarla se salen
Pastores y zagalejas.
Bailándolas ellos vienen
Con mil mudanzas y vueltas;
Y cantando mil tonadas
Del dulce Amor vienen ellas.
Unos el suyo encarecen
En bien sentidas ternezas;
Y otros con agudas chanzas
Bulliciosos las alegran.
Los que son mas entendidos,
Cortesanos les presentan
La mano para apoyarse
Con delicada fineza.
No hay corazon que esté triste,
Ni voluntad que esté exenta:
Todo es amores el valle,

Los zagales todo fiesta.
  Cual saltando se adelanta,
Cual burlando atras se queda,
Y cual en medio de todas
Repica la pandereta.
  El crótalo y tamborino
Con la alegre flauta alternan;
Y el regocijo y los vivas
Suben hasta las estrellas.
  Unos de trébol y flores
Y misteriosa verbena [1]
Sus cándidas sienes ciñen,
Matizan sus rubias trenzas.
  Otros por detras sus ojos
Con un lienzo arteros vendan,
Y del juego alegres rien
Si con el engaño aciertan.
  Y otros de menuda juncia
Tejiendo blandas cadenas

1 Era uso antiguo de los mas de los pueblos el salir al campo las gentes la mañana de S. Juan, cantando y bailando *á coger el trebol y la verbena*, á que atribuian crédulas varias virtudes y misterios. Aun hoy se va en Madrid en este dia á comprar *las yerbas* á los portales y plazuela de Santa Cruz, resto sin duda de aquel estilo.

Hacen como que las prenden,
Y en sus lazos mas se enredan.
  Aquel deshojando rosas
En el seno se las echa,
Y aquel en el suyo guarda
Las que á su nariz acercan.
  Cuales alzando los ramos
En triunfo de amor las llevan,
Y cuales porque los pisen
De ellos el camino siembran.
  Asi llegan á la fuente
Que el gran álamo hermosea
Con su pomposo ramage,
Do en alegre paz se asientan.
  El gusto y júbilo crecen:
La risa y el placer vuelan
De boca en boca, y mas vivos
Canto y danzas se renuevan.
  La aurora de su albo seno
Rosas derramando y perlas
Cede el cielo al sol, que asoma
Y se para y las contempla;
  Y en medio su trono de oro
Por las lucientes esferas
Ostentando de sus llamas
La inagotable riqueza,

Este dia mas hermoso
Parece que da á la tierra
Mas rica luz, y á las flores
Alegría y vida nueva.
Con la fiesta y el bullicio
Las avecillas despiertan,
Pueblan y animan los aires,
Y la nueva luz celebran.
Todo en fin se goza y rie;
Fuentes, árboles, praderas,
Selváticos brutos, hombres,
El júbilo en todos reina.
Libre en tanto el Amor vaga:
Nadie sus tiros rezela.
El campo, el dia, la hora,
Todo la ilusion aumenta.
Todo encanta los sentidos:
Por una llanada inmensa
Vaga la vista, las aves
Con sus trinos embelesan.
Entre el grato cefirillo
El labio aromas alienta,
El tacto en delicias nada,
Y el pecho inflamado anhela:
Gratamente asi corriendo
Por las agitadas venas

Del placer la suave llama,
Que á todos arrastra y ciega.
La ocasion brinda al deseo,
Las miradas son mas tiernas,
Los requiebros mas ardientes,
Mas picante la agudeza.
Nadie desairado llora;
Ni enojar amando tiembla:
El baile mismo autoriza
Mil cariñosas licencias.
Quién rendido se declara,
Quién tierno la mano premia
De su amada, y quién le roba
Un beso al dar una vuelta.
Beso de que no se ofende
La zagala mas severa,
Pues fueran culpa este dia
El rigor ó la tibieza.
Todos arden y suspiran,
Todo se aplaude y festeja;
La timidez es osada,
Menos cauta la modestia.
Y entre tantos regocijos,
Un pastor, á quien las nuevas
De su dulce bien faltaban,
Cantó angustiado esta letra.

Ya no hay, zagales, amor,
Que lo acabara el olvido:
Nada de Fili he sabido,
Y tiemblo su disfavor:
Ausente estoy, fui querido:
¡Ved si es justo mi dolor!
Tambien yo un tiempo dichoso
Cual ora os gozais me vi;
Y en mi embeleso amoroso
Alegre canté y reí
A par de mi dueño hermoso.
Despues que dejé su lado
Perdi la dicha y el gusto;
Y hoy con mas grave cuidado
Al ver su silencio injusto
Solo exclamo desolado:
Ya no hay, zagales, amor,
Que lo acabara el olvido:
Nada de Fili he sabido,
Y tiemblo su disfavor:
Ausente estoy, fui querido
¡Ved si es justo mi dolor!

ROMANCE X.

DE LAS DICHAS DEL AMOR.

No juzgues, bella aldeana,
Que es por niño á Amor dificil
Cautivar un albedrío,
Y á sí en dulce lazo unirle.
No que á su imperio dichoso
Quien gusta indócil resiste,
O que hay, cuando el arco flecha,
Destreza que el tiro evite.
Que en la corte y en los campos
Omnipotente preside,
Y asi al guerrero avasalla
Como al zagalejo humilde.
Hace al mas rústico urbano,
Audaz la tímida vírgen,
Y hasta el anciano sesudo
Por él las canas se tiñe.
Bien que en unos lindos ojos,
Y en un seno de jazmines,
Y unas mejillas de rosa
Toda su fuerza consiste.
Asi alegre y bullicioso

No engañada te imagines
Que en las lágrimas se goza,
Ni con los suspiros rie.
  Que educado por las Gracias
Gusta que bailen y trisquen,
Y que canten y festejen
Cuantos sus banderas siguen;
  Ya en la pacífica Idalia,
Ya de Gnido en los pensiles
Grata los entre su madre,
Ya en sus aras sacrifiquen.
  El camino de su templo,
La senda que dél dirige
Al bosque de las delicias
Sus adeptos mas felices,
  No por ásperos los tengas,
Ni los juzgues imposibles,
Que son llanos, y de rosas
Poblados y de alelíes.
  Ni menos pienses cobarde
Que su fuego el alma aflige,
Ni de sus blandas heridas
Que ningun remedio admiten.
  Un plácido ardor su fuego,
Sus llagas son apacibles,
Y sus flechas puntas leves,

Que su tierno nombre imprimen.
La cárcel que horrida tiemblas,
Y esos yerros con que oprime
Sus venturosos esclavos,
Que tú llamas infelices,
Es un celestial alcázar,
Donde gozan los que viven
En vez de encierros y grillos
De contentos indecibles.
Siempre entre mirtos y acacias,
Y en un temple bonancible,
Lleno el ambiente de aromas,
Los ramos de colorines,
Que revolando anhelosos
A sus queridas persiguen,
A par que en sus dulces trinos
Amor, solo amor repiten.
Alli embebidas las almas
Ya en esperanzas que fingen,
Ya en desdenes que contrastan,
Ya en favores que consiguen.
Temen ora, ora suspiran,
Ora blandamente gimen,
Gozan ora, ora se quejan,
Ora al amado se rinden.
Sus palabras son caricias,

Sus riñas serenos íris,
Y el despego y los rigores
Ocasion á nuevas lides.
   Fragua feliz los rezelos
Do amor ya tibio se avive,
Y los piques y mudanzas
De otro nuevo amor orígen.
   Su favor plácida llama
Con que el alma se derrite,
Pasatiempo los cuidados,
Y la timidez melindre.
   ¡Felices mil y mil veces
Los que en su poder suspiren,
Los que sus cadenas llevan,
Y los que su ley reciben!
   ¡Y yo aun mas feliz, bien mio,
Si á mi ruego al fin sensible
Una hechicera mirada
Osa y no temas me dice!

ROMANCE XI.

A FILIS RECIEN CASADA.

Llegó en fin el fausto dia
Que tanto Celio anhelaba,

Que cien envidiosos lloran,
Y que mi amistad aclama.
  Ya eres su esposa; y tu cuello
Sufre dócil la lazada,
Con que para siempre unidas
La suya y tu vida se atan.
  De flores será olorosas
Si los dos sabeis llevarla,
Cual de punzantes espinas
Si la discordia os sepàra.
  Cuida pues, amable Fili,
De que cada vez mas grata
Al feliz velado sea
Por tu dulzura y tus gracias.
  Cuida que el peso no sienta;
Y que una tierna mirada
Del esposo en cada hora
El rendido amante te haga.
  Bien, Fili, lograrlo puedes,
Si la ilusion regalada
Que hoy le embelesa, procuras
Que el tiempo no la deshaga.
  Ni mimosa le empalagues,
Ni con melindres de casta
Marchites por tus desvíos
La flor de sus dulces ansias.

Sé plácida á sus amores;
Mas gratamente velada
De un pudor tímido á veces
Feria tus finezas cara:
Que por vulgar no se precia
Aunque riquísima el agua,
Y al sol fúlgido el diamante
Por lo raro se compara.
Ni le des, ni pidas zelos;
Zelos que pedidos cansan,
Y dados..... te ofenderia
Si mas de este achaque hablara.
Los donosos devaneos
Acabaron ya, cual vagas
Pasan las nubes de Estío,
Que sin lluvia el campo engañan.
Acabaron, bella Filis,
Las citas á la ventana,
Los empeños en el baile,
Las músicas y enramadas,
Y aquel tu bullir travieso,
Que te dió entre las zagalas
El renombre de festiva,
De decidora la palma.
Lo que en la alegre soltera
Se rie como una gracia,

Por liviandad se censura
En la severa casada.
  Hoy un nuevo amor empiezas,
Cuya deliciosa llama
Otros frutos ha de darte,
Y otra mas ilustre fama.
  Tu esposo, y tu esposo solo,
Goce de tu vida y alma,
Cual en torno de las suyas
Tú eres feliz soberana.
  Un querer, un gusto, un lecho
Comun os sea: en su cara
Te mirarás como espejo;
Y tu genio al suyo iguala.
  A veces á sus antojos
Tu razon dobla, que es gala
Del amor mandar sirviendo;
Y al que se humilla le ensalzan.
  Sé con cuantos te rodean
De trato y condicion blanda,
Que el rigor enojos cria,
Y mal oye quien mal habla.
  Solícita con tu esposo,
Y desvelada en tu casa,
Cual madre todos te miren,
Tus doncellas como hermana.

Pero á par cuida prudente,
Pues su señora te llamas,
No tan alto nombre pierdas
Si las cubres ó te guardan.

Alégrate sin rebozo,
Y trisca en el baile y canta,
Que la virtud nunca estuvo
Con la risa mal hallada;

Y huye indulgente y benigna
La severidad ingrata,
Que á la par que humilla ofende,
Y el fuego de amor apaga:

Viendo en el mar de la vida,
Cual á un rayo de bonanza
Que fugaz vuela, ominosas
Ya mil nubes amenazan.

Sin afectar presunciones
Ni en cada dia una gala,
Conserva ese limpio esmero
Con que á todos nos encantas.

Cuida de tí por tu amado;
Y hazte á sus ojos tan varia,
Que cual ora ilusos te hallen
Cada vez mas extremada.

Mira que el querer se entibia,
Que el ciego embeleso pasa,

Que desplace el desaliño,
Y lo gozado empalaga.
Serás madre, bella Filis,
Serás madre, y trasportada
Recibirás en tus brazos
La mitad de tus entrañas.
¡Oh en qué afectos al oirlo
Tu amante seno se inflama,
Viéndote fecunda oliva
De pimpollos circundada!
Serás madre, y de tu esposo
Crecer sentirás la llama,
Reflorecer las finezas,
Sellarse la confianza.
Sobre él sentarás segura
Tu amable imperio; y ufana
Brillarás cual entre albores
Se ostenta riente el alba.
Crecerán tus dulces hijos,
Y en ellos tus esperanzas,
Cual mata de clavellinas
Plantada al margen del agua.
Tú velando noche y dia
Felizmente en su crianza,
En delicias celestiales
Te sentirás inundada:

Y serás, Fili, en el mundo
Cual tórtola solitaria;
Que en su nido y en su amado
Todas sus venturas halla.
En tu regazo dormidos,
Colgados de tu garganta,
Verás con qué de caricias
Tu ardiente cariño pagan.
A tu voz, cual los polluelos
Que su madre en torno llama,
Correrán de gozo llenas
Siguiéndolos tus miradas:
Mientras el feliz esposo
Ya sus brazos les prepara,
Y entre su querida y ellos
Su corazon se derrama:
Gozando tú embebecida
Cual nuevas las vivas ansias
De su tierna fè, la gloria
De ver cuan penado os ama.
¡Oh qué de premios y dichas
Fausto el cielo te depara!
¡Qué de contentos y amores
De pureza inmaculada!
¡Qué porvenir tan glorioso!
¡Qué deliciosa fragancia

De virtudes! ¡qué de bienes
Esposa y madre te aguardan!
Disfrútalos, Fili bella,
Y las prendas que te ensalzan
Admire yo, si es posible,
En tus hijuelos copiadas.
Disfrútalos; y la dicha
Sé por siempre de tu casa,
El lustre de nuestra aldea,
Y de todos la alabanza.
Como parabien de boda
Estos versos le cantaba
Un zagal, que fue su amante,
A Filis recien casada.
Cuando de repente al triste
Tan al vivo se retratan
Los dolorosos recuerdos
De sus dichas malogradas,
Que en su deliciosa imagen
Como embebecida el alma,
Ni ya al rabel armonía
Ni al labio le da palabras;
Y abismado, confundido,
A pesar de su constancia
La que empezó enhorabuena,
Si no cesa en llanto acaba.

ROMANCE XII.

LOS DIAS DE SILVIA.

A la Excma. Sra. Duquesa de Alba.

Si á los tiernos sentimientos
Que mi corazon abriga
Mostrar toda su fineza
Hoy dejase, amable Silvia,
Cual exaltados hervores
De mi ardiente fantasía
La tibieza los burlara,
Mumurándolos la envidia.
Mas quien íntimo supiese
La sencillez de mi fina
Voluntad, los dulces lazos
Que al Duque y á tí me ligan;
Lazos que á los dos me estrechan
Con violencia tal, que unidas
En una sola tres almas,
Vuestra ventura es la mia,
Ni culpara mi entusiasmo,
Ni llamara encarecida
Una aficion, que hará siempre

Mi embeleso y mis delicias.
  Dijera sí, que la pluma
Por el papel corre tibia,
Ni alcanza á pintar la lengua
Cuanto el corazon le dicta:
  Este corazon que anhela
Porque goces aun mas dias
Que ornan luceros la noche,
Y el Mayo rosas matiza;
  Mas que el abrasado Julio
Lleva de blondas espigas,
Que la belleza de ardores,
De gozos el Amor cria.
  Y cual plácido arroyuelo
Que por la vega florida
Salpicándola de aljofar
Insensible se desliza,
  Tal tus años lentos giren
En serie no interrumpida
De bien logrados deseos,
De inefables alegrías.
  Por siempre en verdor lozano
Del tiempo la mano impía
Jamas tu cabello ultraje,
Ni mancille tus mejillas;
  O esos tan lumbrosos ojos

Y á esa boca toda risas,
Con las lágrimas se anublen,
Dolientes ayes aflijan,
 Sino que hechiceros ardan
Cual ora Amor los atiza,
Y ella de cuantos la escuchen
Las voluntades te rinda.
 Jamas de amargos cuidados
Tu sensible pecho gima;
Ni la inquietud ó el desvelo
Tu blando sueño persigan:
 Mas bien con plácida mano
Fortuna tus pasos rija,
Y por donde quier que fueres
Contigo lleves la dicha.
 Brillando cual la alba luna,
Cuya claridad benigna
A los alegres encanta,
Y á los míseros alivia;
 O como el astro de Vénus,
Cuando á la Aurora convida
A que abra al dia las puertas,
Y ahuyente la noche umbría.
 Envidiada mas sin queja
Todos te busquen y sirvan,
Los hombres cual su señora,

Las mugeres por amiga;
  Y encantados dulcemente
De las gracias con que brillas,
De tu lengua esten colgados,
Que miel y ámbares destila.
  Tus saladas agudezas
Y tu urbanidad festiva
El ingenio las aplauda,
La emulacion las repita.
  Corriendo de boca en boca
Por siempre esa vena rica
De donaires, que en la tuya
Inagotable se admira.
  Respete tu genio amable
Hasta la calumnia misma;
La envidia al ver tu talento
Enmudezca confundida.
  Enmudezca, cual las aves
Cuando suavísimo trina
El ruiseñor solitario,
Oyéndole embebecidas.
  Y tú, Silvia, sobre todos
Cual rauda el águila altiva
Se encumbra, tu vuelo eleves,
Y todos tu ley reciban.
  Sean tus inmensas riquezas

Patrimonio á la desdicha,
Tu excelso nombre un sagrado
Contra la suerte enemiga.
  Adúlete la esperanza,
Abrácete la sencilla
Blanda paz, riente el gozo
Por siempre y vivaz te siga.
  Asi ejemplo á las edades
De virtudes peregrinas,
Tus discreciones se aprendan
Cual tu bondad se bendiga.
  Favorable en fin el cielo
A cuanto amistad me inspira,
En su seno y en los brazos
Del amor mil años vivas.

ROMANCE XIII.

LA ZAGALA DESDEÑOSA.

Si me quieres como dices,
Deja el desden, zagaleja,
Que nunca bien hermanaron
El amor y la aspereza.
  Opon cruda los desdenes
Si otro zagal te festeja,

Que á dos escuchar á un tiempo
Es hacer á ambos ofensa.
  Uno sea el escogido,
Mas cuando feliz lo sea
Goza en paz de su ternura,
Y él en libertad te quiera;
  Y celébrete entre todas,
Y en derretidas finezas
Pagándole tú benigna,
Su llama exhalarse pueda.
  Que en el amor los rigores
Son cual hielo en primavera,
Que al Mayo roba sus galas,
Y á los ganados la yerba.
  Y el favor plácida lluvia
Con que Abril al campo alegra,
Que hace florecer los valles,
Y espigar la sementera.
  Favorece, y no desdeñes,
Que no toda la belleza
Está en unos lindos ojos,
O en una dorada trenza.
  La beldad erguida y vana
Es bien cual pomposa yedra,
Que embeleso de los ojos,
Ninguno estéril la aprecia:

Mas al agasajo unida,
Cual vid de racimos llena,
A cuya sombra apacible
Gozosos todos se sientan;
Y cuyos vástagos verdes
Cuando en el olmo se enredan,
Ornándolo con sus hojas
Con sus abrazos lo estrechan.
Flor de un dia es la hermosura,
Y el tiempo tras sí la lleva;
Y si en mis palabras dudas,
Toma una leccion en Celia.
Celia la célebre un dia
Por su beldad hechicera,
Que despreció á mil rendidos
Cuanto envanecida necia;
Y hoy ultraje de los años,
Busca en sus ardores ciega
Quien la sirva, y todos huyen;
Quien la mire y no lo encuentra.
Voló con su nieve y rosa
De sus ojos la viveza,
Y rugosa y sola y triste
A un seco rosal semeja.
Solo la bondad sencilla
Que cariñosa aunque honesta

Oye á su zagal querido,
Y le corresponde tierna;
La que con sus gracias rie,
Y con él baila en la fiesta,
Y en el seno pon sus flores,
Y con otras su amor premia;
La que viendo en él su esposo,
Ni se esquiva ni avergüenza
De que á ella todos por suya,
Y á él por su amante los tengan:
Esta siempre como el alba
Brillando en su luz primera,
A cuantos la ven rendidos
Guarda en su dulce cadena.
Los años no la obscurecen,
Ni los cuidados la aquejan,
La emulacion la perdona,
Y la envidia la respeta;
Siendo aunque en edad tardía
Su agrado y felices prendas
Delicia de los zagales,
Como encanto de las bellas.
Sé pues afable, Amarilis,
Cesa en los desdenes, cesa;
Que en tu júbilo y donaires
Bien ese rigor no suena:

Ni te formaron los cielos
Asi extremada y perfecta,
Para que tan altos dones
Miseramente se pierdan.
Sé afable con quien te adora,
Y verás toda la aldea,
Si ora tu altivez murmura,
Celebrar tu gentileza.
Así cantaba Belardo
De una zagala á las puertas;
Y ella asomándose airada
Que calle y parta le ordena.

ROMANCE XIV.

LOS SUSPIROS DE UN AUSENTE.

Tras aquel ceñudo monte
Que á las estrellas levanta
Su erguida frente, de nubes
Y de nieves coronada,
Está la mansion dichosa
De mi Clori, la zagala
Que es gloria de estas riberas
Y embeleso de las Gracias.
Fina el alma me lo anuncia,

Pues no cabiendo agitada
Ya en mi lastimado pecho,
En tiernos ayes se exhala.
Con violencia irresistible
De la otra parte se lanzan
De la alta cima mis ojos,
O el duro monte traspasan.
Mil cuidados van con ellos,
Penas mil y quejas vanas,
Y mil finezas y ardores......
¡Ay, que la ilusion me engaña!
Yo aqui en soledad me aflijo,
De la otra parte mi amada,
Opuesta á nuestros deseos
Esta invencible muralla.
¡Rudo monte! tú me privas
Volar adonde me arrastra
Mi dulce amor...... ni aun me dejas
Ver su pacífica estancia:
La estancia que fue algun dia
En mi suerte afortunada,
Confidente de mis glorias,
Testigo fiel de mis ansias.
Allá estático la busco,
Y en su impaciencia de hallarla
La vista alli se la finje,

Y alli corren vida y alma
En pos de Clori: ¡bien mio!
Solo á tu nombre en mil llamas
Arde el pecho, mi ser todo
En gozo y delicias nada.
¡Clori! ¡Clori! ¡quién me diese
Esta importuna distancia
Rápido pasar! ¡quién ciego
Precipitarme á tus plantas!
¡Estrecharte entre mis brazos,
Y asi en sorpresa tan grata
Ver tu tímida inocencia
Cual con tu pasion luchaba;
Y las lágrimas de gozo
Con que tu seno inundaras
Mezclándolas con las mias
En mis ayes inflamarlas!
¡Quién tierna te oyese á solas
Por mí anhelar, y en tu cara
Ya la inquietud retratarse,
Ya plácida la esperanza!
¡Ya de un infeliz dolerte,
Que en su soledad amarga
Mil y mil veces sin seso
Nombra á su Clori adorada!
Clori mi labio articula,

Clori lisonjera el aura,
Y Clori el eco repite
Por la selva solitaria;
  Y mi Clori no me escucha......
¡Rudo monte! de tu falda
Hasta tu frente te cubra
La esterilidad infausta;
  Ni á tus árboles el Mayo
Vista jamas de sus galas,
Ni tus desnudas laderas
De flores y de esmeralda:
  Tus arroyuelos no corran;
Los veneros que brotaban
Bullendo tus ricas fuentes,
Cierren sus venas de plata:
  Las aves de tí se alejen;
Ni entre tus áridas ramas
O al tierno amor sacrifiquen,
O sus blandos nidos hagan;
  Ni en fin los amantes fieles
Honren tus sombras ingratas,
Buscándolas por terceras
De sus finas confianzas.
  Esto sea, odioso monte,
Pues con aspereza tanta
Te opones á mi ventura,

Mi ardiente pasion contrastas.
  Ver si no á mi luz me deja;
Deja á mi ligera planta
Doblar tu escarpada cumbre,
Volar hasta su cabaña:
  Sorprehenderla en su retiro,
Feliz un instante hablarla,
Y deshacer sus temores,
Y alentar sus esperanzas,
  Clamándole, ¡vida mia,
Mantenme la fe jurada,
Y otra y mil veces recibe
La que mi pecho te guarda:
  Y que nuestro amor venciendo
Hados, tiempos y distancias,
De firmeza ejemplo sea
Hasta en la edad mas lejana!
  Da, ó monte, este corto alivio
A mis súplicas ahincadas,
O al solicito deseo
De mi Clori que me aguarda.
  Y si el ruego y la inocencia
El mármol rígido ablandan,
Cede ¡oh! cede á su ternura,
Y sus lágrimas acalla:
  Y sus lluvias te dé el cielo,

Y eternas duren tus hayas,
Y huya el ardiente solano
De tus umbrosas moradas.
¡Ah! si yo al menos tuviera,
Pues que á su aspereza clama
Sin fruto mi amor, del viento
O de las aves las alas!
Mas rápido que la mente,
Clori mia, á tí volara:
Viera si de mí te acuerdas,
Y viera cuan fina me amas;
Y si mis ternezas partes,
Y si mis zozobras pagas;
Si enagenada me buscas,
Si como loca me llamas:
Y en nudo estrecho enredado
De tu nevada garganta,
Con ardiente sed bebiera
Tus lágrimas regaladas:
Arrastrárate á mi pecho;
Y alli en mi pasion insana
En tí, Clori, mi ser todo,
Y el tuyo en mí trasladara:
Moviérante mis gemidos,
Callárante mis palabras;
Y envidiara el Amor mismo

Nuestras celestiales ansias.
Asi deshechas las dudas
Que ausente de ti me asaltan,
Tú ardieras en mi fineza,
Yo me embriagara en tus gracias.
¡Quién esto, mi bien, hiciese.....!
¡Ay! una sola mirada,
Una lágrima, un suspiro,
Todas mis dichas colmara.

ROMANCE XV.

LOS SEGADORES.

Segadores, á las mieses:
Que ya la rubia mañana
Abre sus rosadas puertas
Al sol que de oriente se alza.
Un vientecillo agradable
Sigue su brillante marcha,
Meciendo en volubles ondas
Del pan las débiles cañas.
¡Ved cómo se pierde entre ellas!
¡Ved cuan susurrante vaga!
Ora carga y las inclina,
Ora raudo las levanta.

Los desfallecidos pechos
Su vital soplo repara;
Y al trabajo interrumpido
Con nuevo vigor nos llama.
A par que las avecillas
No bien despiertas el alba
Saludan con mil gorgeos,
Trinándole la alborada.
Y huyen las lobregas sombras,
Y el horizonte se inflama,
Y el luminar de los cielos
En su inmenso ardor nos baña.
A las hoces pues, amigos,
Que el tiempo fugaz se pasa;
Y miles de espigas de oro
Nos provocan sazonadas.
De ellas la frente ceñida
Nos sonrie la abundancia,
Para henchir nuestros graneros,
Y colmar nuestra esperanza.
Vedlas en qué remolinos
De aqui y de allá se esparraman,
Moviéndose turbulentas
Como la mar por las playas:
Mientras las áridas hojas
Con su sonido retratan

El que forma la mar misma
Si se aduerme en süave calma:
Y en su plácido murmullo
Haciendo en pos una pausa,
Tornan rápidas á alzarse,
Y á ondear muy mas livianas.
No pues tan rico tesoro
La pereza desmayada
O la ingratitud lo pierdan:
Seguid alegres mis plantas.
Seguidlas: de un pobre anciano
Ved cómo las manos flacas
Os dan del trabajo ejemplo,
Y á las vuestras se adelantan.
Cuando fui mozo, ninguno
Logró sacarme ventaja
Ni en el afan de una siega,
Ni con el bieldo en la parva.
Mas hoy los años me encorvan,
Y asi las fuerzas desmayan
Cual la pajilla voluble,
Que el viento á su antojo arrastra.
Sus pues: empezad festivos
De la siega la tonada,
Que vago nos vuelva el eco
Desde la opuesta montaña.

O en acento mas sublime
Y con voces alternadas
De la honrosa agricultura
Resonad las alabanzas.
Santificada en Isidro,
Gloriosa en el godo Wamba,
Y allá en Eden por Dios mismo
Al hombre aun sin culpa dada.
El vicio es callado y triste:
La inocencia rie y canta;
Y el trabajo es pasatiempo
Cuando el placer lo acompaña.
¡Oh! ¡como aquel nos alegra
Si la bendicion alcanza
Del cielo, que sus larguezas
Ora por do quier derrama!
¡Como el corazon se goza
Recordando las escarchas
Y aguaceros con que Enero
El ancho suelo inundaba!
Aquellos yelos y lluvias
Son las selvas erizadas
Que hoy veis de doradas mieses,
Y un Dios bueno nos regala.
Este es el órden que puso
Con su omnipotencia sabia

Al tiempo, que raudo vuela
Con igualdad siempre varia.
Asi el sustento atesora
De esa infinidad que vaga
De vivientes por la tierra,
O tiende al viento las alas.
Todos á su providencia
Cual menesterosos claman,
Y en sus manos paternales
Piedad y alimento hallan.
Hállelo el pobre en las vuestras:
Si de ellas tal vez se escapa
Quebrada la rica espiga,
Guardaros bien de apañarla.
Con negligencia oficiosa
Dejadla, amigos, dejadla
A arbitrio de la indigencia,
Que sigue vuestras pisadas.
En ella su pan del dia
De vuestra bondad aguarda
La inocencia desvalida,
O la ancianidad cansada.
Este pan es una deuda:
Asi la tierra nos paga
Cuanto un dia le fiamos
Con usuras duplicadas.

Asi nos dan liberales
Grato refrigerio el agua,
El aire vital aliento,
El sol su creadora llama.
No pues cuando mas profusa
De sus dones hace gala,
Y á sus hijos su ancha mesa
Naturaleza prepara;
Cuando la veis, que rïente
De gavillas circundada
Y de riquísimas frutas
En comun á todos llama,
O por árida codicia,
O por vil desconfianza
En nos solos vinculemos
Los tesoros de sus gracias.
De ellos vive el ave, y parte
La hormiga en sus trojes guarda;
Téngala tambien el pobre
Que humilde nos la demanda:
Y lleve con su hacecillo
Cual si un tesoro llevara
El consuelo y la alegría
A su mísera morada:
Donde postrados acaso
Sobre otras míseras pajas

Ya sus pequeñuelos hijos
De hambre transidos le aguardan.
  Asi al buen Dios imitamos
Que nos da con mano franca:
Agradarle abrir las nuestras,
Y enojarle es el cerrarlas.
  Abridlas pues; y sus dones
Entre todos se repartan,
Que él los da á todos, y á todos
Su inefable amor abraza.
  Esto Plácido decia
A la puerta de su granja
En medio de sus segadores,
Que como á padre le acatan.
  Plácido, en cuyo semblante
La inocencia de su alma,
Y el respeto impresos brillan
En sus venerables canas.
  Alzando las corvas hoces
Con bulliciosa algazara
Todos al anciano siguen,
Y él alegre les gritaba:
  Segadores, á las mieses:
Que ya la rubia mañana
Abre sus rosadas puertas
Al sol que de oriente se alza.

ROMANCE XVI.

EL CONVITE.

Por entre la verde yerba
Baja un arroyuelo al prado,
Orlando de espuma y nácar
Las flores que encuentra al paso.
¡Oh en qué círculos se pierde!
Ora va rïente y manso,
Y ora hace un blando susurro
Las guijas atropellando.
Limpísimos sus raudales
Semejan al aire vano,
Que trasparente nos muestra
Los términos mas lejanos.
La arena en el fondo bulle,
Como la del rico Tajo
Rodando el oro mas puro
Entre sus móviles granos.
Y resbalándose en ondas
Cual las que de grado en grado
Forman las fáciles aguas,
Remeda su curso vago.
Luego el fugaz paso enfrena,

Y en el mullido regazo
De la espadaña y el trébol
Que riega abundoso y claro,
  Hasta su murmullo calla;
Y parece que cansado
De tanto correr se duerme
En un plácido remanso;
  Do se ven los pececillos,
Ora rápidos vagando
Ir y revolver mil veces
Por el cristalino lago:
  Y ora en mas alegre juego
Con impotente conato
Lanzarse, y sonando hundirse
En las ondas con sus saltos.
  Los árboles de la orilla
En su espejo retratados,
Dos veces la vista alegran
Con la pompa de sus ramos.
  Sobre ellos los pajaritos
Bullen en júbilo y canto,
O entre sus vástagos corren
Lascivos y alborotados.
  Aqui el ruiseñor canoro
Al cielo su duelo alzando,
Con los trinos embebece

De su melodioso llanto:
  Y allí premiándola tierno
Con mil piadas y halagos,
Ardiente en pos de su amiga
Sale un colorin volando.
  Allá la tórtola gime,
Y al arrullo solitario
Rendida su fiel consorte
Le vuelve un quejido blando.
  Solícitas las abejas
Por el herreñal cercano
Con ronco estrépito bullen
En torno el florido acanto.
  Mientra en la opuesta ladera
Satisfechos ya del pasto
Al frescor de su enramada
Se reposan los rebaños:
  Y el valle en delicias arde;
Y en ventura y gozo tanto
Solo amor el pecho siente,
Y de amor suspira el labio.
  Ven pues á la grata sombra
Del álamo consagrado,
Zagala hermosa, á tu nombre
Desde que en él nos hablamos;
  Y en cuya limpia corteza

Ceñidas de un verde lauro
Grabé atento nuestras cifras,
Del Amor mismo guiado.
Anúdalas ¡ay por siempre
Y en indisoluble lazo!
Florido un mirto, y en torno
„De Clori dichoso esclavo."
Sus pues, ¿qué nos detenemos?
Ven á su umbroso descanso,
Que ya del sol y tus ojos
No puedo llevar los rayos.
Ven, y á mis ruegos te inclina;
Dame, donosa, la mano,
Que bien este don merece
Quien su corazon te ha dado.
Quien meses tantos de ausencia
Sufrió infeliz suspirando
Por este lumbroso dia,
Término á mis ansias grato;
En que en brazos del deseo
Los dulcísimos regalos
Disfrute, con que me brindan
Tu ternura y tus encantos.
¡Oh! ¡cuál tus miradas brillan!
¡Cuán lánguidos son tus pasos!
¡Y en tu acento y en tí toda

Qué nuevas delicias hallo!
  Ven, ven, adorada Clori:
Un instante no perdamos,
Que Amor nos rie, y propicio
Tiende el misterio su manto.
  Celebrarán nuestra gloria
Las avecillas cantando,
Murmurando el arroyuelo,
Y balando los ganados.

ROMANCE XVII.

EL VELO.

Quita, quita, Clori mia,
Quítate ese odioso velo,
Que los rayos oscurece
De tus ojos hechiceros.
  Deja que la lisa frente
Luzca en todo su despejo,
De los rizos coronada
De ese tu blondo cabello.
  Que tu boca y tus mejillas,
Y tu garganta y tu seno
A par que arrastren mis ojos,
Electricen el deseo.

Que esa flor de colorido
De rosa y jazmin deshechos,
Y tantas gracias y dotes
Que te dió pródigo el cielo,
Brillen en toda su gloria,
Y hagan el feliz empleo
Sin esa importuna nube
De mil corazones tiernos.
¿Los tienes para ocultarlos?
¿No ves cual ostenta Febo
Su luz profuso, y la noche
Miles de ardientes luceros?
Ni la noche ni el sol hacen
De su hermosura un misterio,
Ni de su oriente la perla,
Ni el diamante de sus fuegos.
Todo, todo cuanto existe,
Mientras mas gracioso y bello
Quiere Amor, el cielo ordena
Que brille cual brilla él mesmo
En muestra de su grandeza,
Y ornato rico del suelo,
Y ocupacion de la mente,
Y de los ojos recreo.
Deja pues embozos tales
A la inquietud de los zelos,

O á la beldad que ya sufre
La ruda mano del tiempo.
Tú empero que airosa creces,
De perfecciones modelo,
Como la temprana rosa
En medio un pensil ameno,
Tú que cual la blanca luna
De las estrellas en medio
Esclarece el bajo mundo,
Y hermosea el firmamento,
Asi cuando te presentas
De tus gracias en el lleno,
Eres, mi bien, de estos valles
La delicia y el contento.
¿A qué negarte á los ojos,
Que en su cariñoso anhelo
Gozar quieren, cuanto admira
De bello en tí el pensamiento?
Si es arte, para que oculto
Haga el delicioso empeño
De hallarlo en los corazones
Mas poderoso su efecto,
A vulgares hermosuras
Deja ese falaz manejo,
De que el desengaño rie
Si hace ilusion un momento.

Deja á esas flores sin vida
Para fascinar á necios
Que ostenten lo que no tienen,
Disfracen lo que perdieron.
Caigan ellas, porque vistos
Pierden su rostro y su cuello,
El velo hasta la cintura,
Y escondan su árido pecho.
Guarden de la luz sus ojos,
Por si en su ingenioso juego
Crece por la gasa el brillo
De sus lánguidos reflejos.
Y á esfuerzos de un vil engaño
Hagan en fin, que de lejos
De su hermosura se luzcan
Los desmoronados restos.
No tú que por tus donaires,
Y tu mirar halagüeño,
Y tu bullicio y delicias,
Y tus sales y tu ingenio,
Esas formas de una diosa,
Ese aire noble y esbelto
De tu cabeza, esos pasos
Que envidia la misma Vénus,
Igual en los corazones
Mantienes tu dulce imperio,

Martirio de las hermosas,
De los hombres embeleso.
Asi yo á Clori rogaba;
Y ella donosa riendo
Alzó arcando su alba mano
El velo á mi ardor molesto.
Y ya tus gustos cumplidos
Tienes, mi querido dueño,
Dijo; gózate en mis ojos,
Que mi alma toda está en ellos.
Vélos, y hallarás tu imagen,
Que del corazon saliendo
Fiel sabe, y contarte puede
Sus mas íntimos secretos.
Yo en mi impaciente delirio
Embebecido, sin seso
Mirélos, y ellos se fijan
En mí lánguidos y tiernos.
Las delicias inefables
Que á aquel instante siguieron,
Si es posible Amor las diga,
Que yo á explicarlas no acierto.

ROMANCE XVIII.

CLORI ENFERMA.

¡Con qué dolor, Clori mia,
Mi cariño fiel te deja!
¡Cuánto rezela y se afiige,
Y el decirte á Dios me cuesta!
Tú padeces, y yo esclavo
De una bárbara decencia,
Apenas preguntar oso
Si el agudo mal se templa.
Pero en tu mirar doliente
El corazon me penetras;
Me lo dividen tus ayes,
Y tu silencio me hiela.
Tanto que el dolor partiendo
Contigo mi amor, apenas
Mi mano si te levantas,
Tímida en tu auxilio llega.
Vaste al lecho, y abatido
Te abandono á tus doncellas.
¡Ay! ¿por qué el cuerpo se aparta
De do vida y alma quedan?
¿Por qué, mi bien, esta noche
Sentado á tu cabecera

No he de velar y alentarte?
¿No aliviaré tu tristeza?
¡Con qué piedad guardaria
Tu reposo! ¡con qué tiernas
Dulces pláticas cuidara
Tu vigilia hacer ligera!
¡Qué atenciones, cuánto esmero
No empleara, á todo atenta
Con solicitud dichosa
Mi entrañable diligencia!
¡Qué palabras, qué consuelos
Te diria! ¡en qué finezas
Aun ¡ay! tan solo en tu alivio
Se desharia mi lengua!
Pero no, el dolor agudo
No te aquejara: tus penas
Templara el cielo á mi ruego,
Y acabara la dolencia:
El médico Amor seria;
Con lágrimas mi terneza
El fuego apagando que arde
En tu seno, y te atormenta.
Tal vez sobre el pecho mio
Puesta la hermosa cabeza,
Tus ojos cerrara el sueño
Con blandas adormideras;

Y el corazon palpitando
Con carga tan halagüeña,
Ni aun respirar osaria,
Rezeloso de perderla.
Solicito el aire mismo
Tu amable delicadeza
Guardara; y su soplo mudo,
Su vuelo insensible fuera:
Despertaras, y mis brazos
En agradable sorpresa
Te estrecharan, y los tuyos
Mi cuello tiernos ciñeran.
No, el dolor, Clori adorada,
No turbaria..... ¡cuál sueña
Amor! tú sola, yo lejos,
¿Quién oirá, mi bien, tus quejas?

ROMANCE XIX.

EL COLORIN DE FILIS.

Miraba Filis un dia
Entre las doradas redes
De la jaula, por romperlas
Su colorin impaciente:
Filis, que amable y sencilla

Desde niña gustó siempre
De avecitas, y en sus juegos
Aun casada se entretiene,
  Miraba al pobre cautivo
Llorar su mísera suerte
Con los pios mas agudos
Y los trinos mas dolientes:
  Morder el sonoro arambre,
Y de alto á bajo correrle,
Pugnando su débil pico
Si los hilos doblar puede;
  Sacudirlo enardecido,
De un lado y otro volverse,
Y avanzar cabeza y cuello
Por la abertura mas leve:
  Descansar luego un instante;
Y con ímpetu mas fuerte
Saltar, volar, agitarse,
Y hácia sí airado atraerle:
  Tal que en su empeño y delirio
Con uña y pico inclementes
Batiendo la jaula entera,
A su esfuerzo la estremece.
  ¡Ay! dijo la bella Filis,
Y suspiró dulcemente,
¡Qué mal, jilguerito, pagas

Lo mucho que á mi amor debes!
¡Qué mal tan sañosa furia
Con tu placidez se aviene,
Con tu delicia esos ayes,
Que agudos mi pecho hieren!
Mas pues entre grillos penas,
Por fina que te festeje,
No hayas miedo que te culpe
Tu esquivez, ni tus desdenes;
Que me olvide de tus gracias,
Ni tu ingratitud increpe,
Ni tu colera castigue,
Ni de mi lado te aleje.
¿Qué sirve que en tu cariño
Solícita me desvele,
Que la comida te ponga,
Que el bebedero te llene,
Que dadivosa mi mano
Regalos mil te presente,
Ni mi dedo te acaricie,
Ni con mi boca te bese?
¿Qué sirve que mis finezas
Tus donosuras celebren,
Ni en tus suavísimos trinos
Embebecida me lleves;
Pues encerrado y esclavo,

Sin esperanza de verte
Jamas con tu dulce amiga,
No es posible estar alegre?
  No es posible, ave querida,
Por mas que en fingir te esfuerces,
Que no maldigas la mano
Que asi entre hierros te tiene;
  Y en cada mimo encubierto
Algun lazo no rezeles,
Con que tu bárbaro encierro
Mas ominoso te estreche,
  Que de todo cautelosos
La injusticia al fin nos vuelve;
Y á los ojos que asi miran
La amistad misma es aleve.
  Yo tambien cautiva lloro;
Y aunque de rosa y claveles
Es mi cadena, en su peso
El corazon desfallece.
  Huérfana y en tiernos años,
Que aun no cumplí diez y siete,
Abandoné mi albedrío
Al gusto de mis parientes.
  Cúpome un amable dueño,
Que galan me favorece,
Cual amigo me respeta,

Y como hermano me quiere.
  Pero aunque humilde me sirva,
Y por gran dicha celebre
Que su señora me llame,
Ni me engaña ni envanece:
  Que yo tambien, jilguerito,
Me valgo de estos juguetes,
Cuando con graciosos quiebros
Armonioso me enloqueces.
  Tambien *hijito* te llamo
Si á mi voz piando vienes,
Y tus alitas me halagan,
Y tu piquito me muerde.
  Y aun mas que tú ardiente y tierna,
Tomándote blandamente
Te estrecho contra mi seno,
Te beso mil y mil veces:
  Y nada ya dulce hallando
Con que mi fe encarecerte,
¡Ay, clamo, si con mis besos
Mi vida darte pudiese!
  Otro tanto hace mi dueño
Cuando mi amor le enloquece,
Que no hay fineza que olvide,
Ni obsequio á que no se preste.
  Él pasatiempos me busca,

Oros y galas me ofrece;
Y en su casa y su albedrío
Mis voluntades son leyes.
   Pero en medio este embeleso
Una voz mi pecho siente
Acá interior que me dice:
„Nada á una esclava divierte."
   Este pensamiento amargo
Mancilla todos sus bienes,
Y cual ominosa sombra
Mi corazon obscurece.
   Asi como mis cariños
Tú, avecilla, pagar sueles
Con un pio; en que me increpas
La soledad en que mueres.
   Aun ahora elevada y triste
Con un suspiro elocuente
La libertad me demandas,
Y á volar las alas tiendes.
   No las tenderás en vano,
Que el corazon me enternecen
Tu expresion y tus quejidos;
Y asi en paz, donoso, vete.
   Vete en paz, la jaula abriendo
Dijo Filis: no te niegue
Mi amor lo que tanto anhelas,

Y tan fácil darte puede.
  Vete en paz, colorin mio,
Pues esclavo de las leyes
Que á mi bárbaras me ligan
En tu inocencia no eres.
  Vete, y venturoso goza
La libertad que ya tienes,
Y que yo alcanzar no puedo
Si no ¡ay triste! con la muerte.
  Soltóle, voló; y el llanto
Broto involuntariamente
De sus ojos, que se anegan
Con las lágrimas que llueven:
  Y mirando á su avecilla
Que ya en los aires se pierde,
Con un suspiro que lanza
Seguirla ilusa pretende.

ROMANCE XX.

EL CARIÑO PATERNAL.

No embaraces, dulce amiga,
El grato anhelo del niño:
Deja que donoso pase
De tus brazos á los mios.

Mira en sus blandos gorgeos
Y en su incesante bullicio
Cuál su tierno amor explica,
Gozándose en mis cariños.
Él ya vivaz los entiende:
Y en oyendo, „dulce hechizo,
„Ven de tu padre á los brazos;"
Se pierde en alegres brincos.
Aun ahora mismo riendo
¿No admiras cuán expresivo
Presentándome los suyos
Se impacienta por cumplirlo?
Déjalo pues, Lisi amada;
Da benévola este alivio
A la ternura de un padre,
Y á los ruegos de un amigo.
Ambos su encanto gocemos,
Gocémosle, que uno mismo
Es nuestro interes, las ansias
Que en contemplarle sentimos.
De los fuegos feliz fruto
Que el casto Amor ha encendido
En nuestros pechos, pimpollo
Que florece á nuestro abrigo;
No la delicia me niegues
De que entre besos y mimos

Yo le festeje en mis brazos,
Y él me acaricie festivo:
La delicia de en mi seno
Regalarle adormecido,
Y bullirle y sustentarle,
Cual veces tantas te envidio,
Cédeme pues, blanda Lisi,
Por ora este dulce oficio,
Que asi la feliz tarea
Iguales los dos partimos.
No mas lo tardes avara,
Si por un ciego capricho
No siente ya de su padre
Zelos tu amor con el hijo.
Pues no, que ese sol hermoso
Tiene por mitad su brillo
De ambos, Lisi, y en su oriente
Los dos á par revivimos.
Una flor es que al desvelo
Y al amor que ardiente y fino
Nos liga, su pompa un dia
Deberá y su ámbar subido.
Un otro los dos, un centro
Do se unen nuestros destinos:
Tú hallas á tu fiel Aminta,
Yo á mi amable Lisi admiro.

Tú le llevaste en tu seno;
Y con un blando suspiro
Clamaste al nacer: ¡ó esposo!
Recibe tu hijo querido.
Estrechéle yo en mis brazos;
Y bañándole en benigno
Feliz llanto, pecho y vida
Sentí con él divididos.
¡Y hoy á estos brazos le niegas....!
¿No deben partir contigo
Si es un gusto el que tú gozas,
Y si es carga ser tu alivio?
¡Carga, idolatrada Lisi!
¡Carga! el serafin mas lindo,
Que en sus graciosos fulgores
Semeja al sol matutino,
Semeja á la misma gloria;
Y en quien tú y yo embebecidos
Parece que nuestras almas
Con la suya confundimos:
Que ciegos en él hacemos
En nuestro amante delirio
Un ser único, en su pecho
Nuestros pechos derretidos.
Cuando aplicándolo al tuyo,
Y él premiándolo arterillo,

Como que apurar anhela
Su néctar mas exquisito,
Los dos en grato embeleso
Su empeño infantil reimos;
Él viéndolo el pecho deja,
Y entre gozos y cariños
Soltándose en mil donaires,
Ambos bracitos tendidos
Consigo amoroso anhela
En uno á los dos unirnos.
Yo cédo á su blando impulso;
Pero al allegarme asido
Ya le torno á ver del pecho,
Y el juego inocente rio.
Otras veces mas donoso
Pone su rostro divino
De nuestros felices labios
Ansiando un tierno besito:
Y al recibirlo los suyos
Con mil risas prevenidos
Otro nos vuelven, tan dulce
Cual lo diera el Amor mismo.
Otras cual loco vocea,
Se agita, salta, y esquivo
Escápase de tus brazos,
Para venirse conmigo.

Tal ora lo ves, que apenas
En ellos puedes sufrirlo;
Y mientras mas lo retiras,
Mas crece su ardiente ahinco.
Pues déjalo, idolatrada;
No tu amor necio exclusivo
Lo atormente mas: mis brazos
Tendidos ve á recibirlo.
En ellos mas bien á amarme
Aprenderá, y divertido
Con mis caricias mas dulce
Le sonará el nombre de hijo.
Hijo adorado y hermoso,
En quien mis venturas cifro,
Esperanza de mi vida,
De mi ancianidad alivio,
De tus venturosos padres
Embeleso peregrino,
Luz, clavel, fausto renuevo
De nuestros años floridos,
Ven, mi bien, ven á alegrarme,
Gózate en el seno mio,
Pues que solo enamorado
Para tí y tu madre vivo.
Lisi, la sensible Lisi
No pudo mas resistirlo,

Y dándole ardiente un beso
Del almibar mas subido,
Cesen tus ansiadas quejas,
Y tu inquietud y martirio;
Y no enojoso acrimines
Lo que pasatiempo ha sido.
Cesen, donosa riendo
A su fiel Aminta dijo;
Y toma la rica joya
De tu amor tierno y sencillo.
Un juego fue, dulce esposo,
Negártelo, no un desvío;
Toma, que con él mi vida
En tus brazos deposito.
Cogió el padre el feliz peso:
Miró á Lisi enternecido;
Y en suave llanto sus ojos
Se arrasaron sin sentirlo.

ROMANCE XXI.

DE LA NOCHE DE LOS FUEGOS.

Nunca yo hallado te hubiera.
Ni la noche de los fuegos
Nunca tú por mi ventura

Salieras, Rosana, á verlos;
Y hoy mi infelice cuidado
No ardiera en ciegos deseos,
Ni mi labio en mil suspiros,
Ni en tiernas ansias el viento.
Que amor, si esperanza falta,
Solo es un loco despecho,
La solicitud martirio,
Y agonía los desvelos.
Vite afortunado entonces,
Un acaso fue el encuentro;
Mas el verte y adorarte
Todo fue un instante mesmo.
Cual son en la hórrida nube
En un punto rayo y trueno,
Y glorioso el sol inunda
De un mar de luz tierra y cielos.
Tan bella en el llano estabas,
Cual en un verjel ameno
Crece el alto cinamomo
De flores y hoja cubierto:
Tal cual fresca clavellina
Despliega el virginal seno
Salpicada de rocío,
Y en ámbares baña el suelo:
Tal cual la rubia mañana

Entre purpúreos reflejos
Abre las puertas al dia,
Y en pos marcha del lucero.
  Yo te rendí el albedrío:
¿Pude, bien mio, no hacerlo
Siendo tan bella, y mis ojos
Estándote ¡ay de mi! viendo?
  ¿Quién de tu voz al prestigio,
De tus miradas al juego,
A la gracia de tus pasos,
Y á las sales de tu ingenio
  Esclavo no se humillara,
Por mas que con loco empeño
A su magia irresistible
Pusiese un pecho de acero?
  ¿O quién no ofreció á tus plantas
Feliz en su rendimiento
Alma y libertad y vida,
Haciéndote de ellas dueño?
  ¿Por qué á los fuegos saliste?
¿Por qué yo no estuve ciego?
¿Acaso adorarte es culpa?
¿O acaso en servir te ofendo?
  ¿Quién puso tal ley? mal haya,
Mal haya el alma de hielo
Que asi pensó; profanando

De Amor los dulces misterios:
  Mal el que tirano intenta
Ahogar su plácido incendio,
Y que el suspirar no sea
De la edad florida empleo.
  No, el amar no es un delito,
Sinó un suavísimo feudo
Que grata naturaleza
Pone á los sensibles pechos.
  Yo lo pago, y fiel te adoro:
Benigna á mi ahincado ruego,
No á su yugo, que es de flores,
Huyas indócil el cuello.
  Cede, adorada, á este yugo,
Que sustenta el universo;
Y á que dóciles un día
Los númenes se rindieron.
  Verás como siempre vivo
Un purísimo venero,
De delicias inefables
Sacia tu labio sediento.
  Cuan fino tu seno hierve
En regalados afectos,
Tu boca en cantos y risas,
El alma en dichas y anhelos:
  Y en el fuego de sus aras

Mas y mas sin fin ardemos,
Para gozar y adorarnos
Solo felices viviendo.
  Asi sin duelos ni afanes
Bajo su glorioso cetro
Triunfaremos, vida mia,
De la fortuna y el tiempo.

ROMANCE XXII.

LA HERMOSURA DEL ALMA JAMAS SE ACABA, Y ES LA MEJOR BELLEZA.

No me rindieron, bien mio,
Ni tus ojuelos alegres,
Que con su juego me encantan,
Y al Amor mismo enloquecen:
  No el frescor de tus mejillas,
Batidas de grana y nieve,
Como dos tempranas rosas
Que al sol modestas se encienden:
  No la nariz agraciada,
No la llena y alba frente,
Ni tu boca muy mas dulce
Que son del Hibla las mieles.
  La bien torneada garganta,

Que gracias tantas sostiene,
Y ese seno de jazmines,
Señuelo á mi anhelo ardiente:
  Ese seno, Clori mia,
Que para mejor perderme
A par de tu süave aliento
Concita Amor blandamente;
  Donde ya artero se esconde
Porque el cuidado lo encuentre,
Y ya entre dos azucenas
Cansado de herir se aduerme;
  Bellos son, y solicitan
El deseo á mil placeres;
Empero no me arrastraron
A que tu cautivo fuese:
  Que ya en cien otras hermosas
Por mil trances diferentes
Entre el bullicio y las llamas
De mis alegres nineces,
  Por favorecido suyo
Me tendio el Ciego estas redes,
Sin que en sus lazos falaces
Tan docil cual hoy cayese.
  Otros mas excelsos dotes
Me obligaron á quererte,
Y otras gracias mas divinas,

Que el amor vulgar no entiende.
  Gracias, Clori idolatrada,
Que sin cesar reflorecen,
Y solo el alma las goza,
Cual ella sola las siente.
  Ella sola, y su fragancia,
Que á rosas y ámbares vence,
En el seno que la aspira
Eternas delicias mueve.
  Asi en la comun belleza,
Que con su esplendor fulgente,
Y el agrado de sus formas
Los sentidos embebece,
  Mi corazon mal contento
Y la razon impaciente
Un alma ansiaban; la hallaron,
Y serán sus siervos fieles.
  Que los encantos del cuerpo
Son vanos frágiles bienes,
Flor de un dia, que á la tarde
Su pompa y matices pierde.
  Llama que brilla un momento:
Que luego eclipsada muere,
Y al resplandor con que alumbra
Sombras y dolor suceden.
  Un soplo, un sol la mancillan,

O anúblala el tiempo aleve;
Pero del alma los dones
Cual ella jamas fenecen.
  Jamas tu amable inocencia,
Tu dulzor, y esa clemente
Ternura, que abierto al triste
Contino tu pecho tiene:
  Ese pecho tan sensible
Donde Amor rendido aprende
A saber amar, y el mundo
Ni conoce ni merece
  En su prez inestimable,
Dejarán, mi bien, de hacerme
La impresion encantadora
Con que hoy todo me conmueven.
  No, jamas la llama pura
De amistad en que te excedes
A tí misma previniendo
Cuanto el deseo ansiar puede;
  Ese solícito anhelo,
Que siempre exhalado viene
A alzar con próvida mano
La humanidad indigente;
  Y ese tu pensar divino,
En que oyéndote mil veces
Extática queda el alma,

Como si á un ángel oyese;
O ese encanto delicioso
Con que delicada ejerces
Sin ofender el imperio
Que sobre todos te adquieres,
Ni tu sencillez donosa,
Y esa modestia celeste,
Que amando, adorada, tanto,
Nada á permitir se atreve,
Sentirán la accion del tiempo;
Siempre en juventud perenne,
Siempre ocupacion dichosa
De mi pecho y de mi mente:
Que olvidando en tí lo humano,
Te hallarán graciosa siempre,
Celestial, amable, y digna
De los cultos que hoy te ofrecen.
Asi, aunque la edad caduca
Llegue á escarchar nuestras sienes.
Aun amaremos, que el alma,
Clori, jamas envejece.

ROMANCE XXIII.

LA ZAGALA PENSATIVA.

¿Tú triste, serrana bella?
¿Tus ojuelos cristalinos
De llorar, mi bien, turbados?
¿Sin luz su amoroso brillo?
¿Tu rostro ajado? ¿el gracioso
Color de rosa marchito
En tus mejillas? ¿tu pecho
Lanzar ardientes suspiros?
¿Tú elevada y silenciosa?
¿Tú de tu zagal querido
El lado esquivar tres dias?
¿Por qué tan crudo desvío?
¿Es este el amor eterno?
¿Este el premio á mis martirios
Y la fe jurada? ¡injusta!
¿Me abandonas? ¿soy perdido?
¿Qué niebla á tu luz se opone?
Por el corazon mas fino
Que el Niño alado hasta ahora
Hirió con sus dulces tiros:
Por un alma en que dominas

Cual señora, te suplico
Me digas tu mal, ó acabes,
Cruel, de una vez conmigo.
Vivir no puedo en mas dudas:
Cuantos tristes desvaríos
Teme mi desdicha, todos
Presentes ahora los miro.
Todos á azorarme vienen;
Y desolado el juïcio
Sin osar fijarse vaga
De uno en otro mal perdido:
Cual un mísero forzado,
Que ansiando romper sus grillos,
Mientras mas sin fruto lidia,
Mayor es su necio ahinco.
Ya tu helada indiferencia
Me hace temblar, ya el antiguo
Ceño implacable, por otro
Ya mi amor lloro en olvido:
Y abandonado..... ¡dejarme
Su fe! ¡su labio sencillo
Torpe mentir! lejos, lejos
De mí, pensamiento indigno.
Lejos de mí; y tú perdona,
Perdona al ciego delirio
Que me arrastra: ¡oh si algun dia

Mi llama hubieses creido!
¡Qué feliz, cuan sin zozobra
Gozára el premio contigo
De mi afan! ya no hay remedio;
Tú, aleve, tú lo has querido.
Y yo víctima infelice
De un error, en un abismo
De males sumido, al cielo
Clamo en vano por alivio.
¡Causa infeliz de estos males!
Por tu obstinado capricho
Feneció nuestra ventura,
Y hoy los dos á par gemimos:
Yendo los ojos vendados
Por un ciego laberinto,
Do es tan vana la salida,
Cuan mortales los peligros.
Mi estado mira, y piadosa
Duélete dél; no mi esquivo
Tormento inhumana dobles
Con tu silencio, bien mio.
¿Qué te aqueja, ó qué padeces?
Yo en tu seno deposito
Mis crudas penas: ¿pues cómo
Nó te merezco lo mismo?
¿Puede haber ningun misterio

Entre dos que tan unidos
Estrecha Amor? ¿tus pesares
Son de mis males distintos?
  Unos mismos son, amada,
Cual lo son nuestros destinos,
Ya ominoso nos aflija,
Ya el dios nos ria benigno.
  Tú misma entre sus trasportes
Veces mil fina lo has dicho,
Ahincada poniendo al cielo
De tu verdad por testigo.
  ¡Y hoy, bárbara, los separas!
¡Y asi en tu silencio impío
Obstinándote, los ruegos
Huyes de tu triste amigo!
  ¡Y te complaces en verle
Dudoso, ahogado, sombrío,
Sospechar, temblar do quiera
Desastres ó precipicios.....!
  Mi ardor, mis furores sabes,
Y á todo estoy decidido,
Menos á olvidarte, ciego
Será á tu voz mi albedrio.

ROMANCE XXIV.

LA VUELTA DEL COLORIN.

¿Qué es esto, colorin mio,
Revolando á mis ventanas
Cuando yo te suponia
Unido ya con tu amada:
Cuando en el umbroso bosque,
Saltando de rama en rama,
Debieras en dulces trinos
Armonioso requebrarla:
Cuando con ala incansable
Y en deliciosa inconstancia
De la libertad pudieras
Gozar que tanto anhelabas?
¿Qué es esto, necia avecilla?
Dijo Fili una mañana
Que vió al abrir sus balcones
Que su colorin la aguarda.
¿Qué es esto, avecilla necia,
Tan presto tu bien te cansa,
Que ya ¡infeliz! echas menos
La esclavitud de la jaula?
¿Te agrada el afan inútil
De batir con cruda garra,

Y morder con fiero pico
Los arambres de tu guarda?
¡Y este era el empeño ardiente
Con que en romperlos pugnabas,
Y estos tus tiernos suspiros,
Tu soledad y tus ansias!
¿Valen mas doradas redes
Y el encierro de una sala,
Que cruzar suelto y ufano
Desde el prado á la enramada?
¿Posarse alli bullicioso
En la ramilla, que vaga
Tiembla á tu peso, se inclina,
Y alzándote tú se alza?
¿Concertar el lindo pecho,
Acomodando con gracia
Las plumas, que el vivaz soplo
Del cefirillo rizara?
¿Volar al pensil vecino,
Y compitiendo en la gala
De tus subidos matices
Con sus flores mas lozanas,
Buscar la rosa mas bella,
Y gozar feliz del ámbar
Que exhalan sus frescas hojas,
Libándolas sin ajarla?

¿Valen mas mis cariñitos
Que las ardientes piadas
De tu querida, ó mis besos
Que los que su amor te guarda?
¿No es mejor en limpia fuente
Bañarse y beber sus aguas,
Que en estrecho bebedero
Ni tan risueñas ni claras?
¿Y mejor con sutil pico
Buscar mil sabrosas granas,
Que el cebo y golosos mimos
Con que mi amor te regala?
¿Alli entre flores y aromas
Al rayar riente el alba
Con deliciosos motetes
Darle grato la alborada?
¿Alli de tu gusto dueño
Cantar con libre garganta,
Y querer con libre pecho,
Y volar con libres alas?
¿Y en pos de tu alegre amiga
Que en tus suspiros se inflama
Del valle al plácido nido
Esposo feliz llevarla?
Amado colorin mio,
¿No es esto mejor? ¿iguala

A tan fausta independencia
Esta sujecion amarga?
Esta sujecion, que al tiempo
Su rueda abrumando para;
Y siempre y siempre la misma
A la eternidad retrata.
¡Y aun cariñoso me pias!
¡Y solícito te afanas!
¡Y revolando me pides
Que presta el encierro te abra.....!
¡Oh! ¡cuánto, cuánto me enseñas!
¡Cuánto, donoso, me hablas
Con los sentidos gorgeos
Con que á mis balcones llamas!
Tu leccion y ejemplo sigo,
Avecilla afortunada,
Mas que tu dueño discreta
En tu feliz ignorancia.
Cesó mi necio delirio:
Tu empeño me desengaña
De las torres que en el viento
Mi vanidad encumbrara.
Y el tedio se hundió con ellas,
Con que esquivé la fragancia
De las rosas, que florecen
Do quiera bajo mi planta.

Tú vuelves, ave querida,
A la mano que te halaga,
Al dueño que te requiebra,
Y á la amiga que te ampara.
Tú vuelves de agradecida,
Tú vuelves, porque criada
Entre cariños y besos,
En ellos tus dichas hallas.
Tambien yo hallaré las mias
En querer con vida y alma
Esclava feliz al dueño,
Que con alma y vida me ama.
Yo le pagaré, avecilla,
Yo le pagaré afanada
Noche y dia en su regalo
Las finezas de su llama:
Como tú loca en tus juegos
Con ellos mi afecto pagas,
Y en suavísimas canciones
A mi voz sola te exhalas.
Tú á mi lado hallas tu gloria,
Y abandonas por gozarla
Libertad, nido y querida;
Y porque te encierre clamas.
Yo sin tantos sacrificios,
En la inefable lazada

Que con mi esposo me liga,
Vincularé mi esperanza.
Centro á mis finos deseos,
Él será la lumbre clara
Que mis ojos ilumine,
Que dirija mis pisadas.
Y asi en su seno aliviando
La libertad que me cansa,
Gozar sabré las delicias
Que esquivé insensible y vana.
Ven pues, colorin precioso,
Ven, que la prision te aguarda;
Y yo con dulce desvelo
Cuidaré hacértela grata.
Los dos seremos felices,
Tú en su pacífica estancia,
Y yo en servir á mi amado,
Y en celebrarte sus gracias.
El colorin cariñoso
Batiendo alegre las alas
Voló á la jaula, y su suerte
Con mil trinos ponderaba.
Y Filis, la tierna Filis,
Corrió á su esposo exhalada,
A jurarse entre sus brazos
Su dichosísima esclava.

ROMANCE XXV.

LA VISITA DE MI AMIGA.

Permite, insensible amiga,
Que en mis amargos pesares
La injusta ley que me has puesto
Una sola vez quebrante.
He callado; y no, no puedes,
No puedes, cruel, quejarte
De que mi labio importuno
Con mis lástimas te canse.
Guárdalas el hondo pecho;
Y aun tímido de enojarte
Hasta sus tristes suspiros
Mudos vuelan por el aire.
Mas de esta feliz mañana
Otro soy ya: no me caben
En el corazon las ansias;
Y vado es forzoso darles.
¡Tú en mi casa! ¡tú en mi cuarto!
¡Y entretenida y afable
Gozando en él los primores
Del buril y de las artes!
¡Tú de Angélica aplaudirme

El encanto inexplicable
Con que á su Medoro mira,
Cede, y en sus brazos cae!
¡Aquel suspiro de fuego
Que parece ir á exhalarse
De su boca, el suave anhelo
De su pecho palpitante!
¡El delirio con que estrecha
Su cuello, y á sí lo atrae,
Y el ardor que la devora
Se esfuerza comunicarle!
¡La expresion del feliz moro,
Que ya su éxtasis parte!
¡Su ahincado mirar do brillan
Amor y placer triunfantes!
¡Y tú con labio aun mas tierno,
Tú, Fili, á par celebrarme
De la infeliz Eloisa
La desfallecida imagen!
¡Aquellas lágrimas bellas
Que cual perlas sobresalen
Por sus pálidas mejillas,
Que dos rosas fueron antes!
¡Aquellos ojos divinos
Que amor desolado abate,
Un amor que aun quiere al cielo

Su esposa insano robarle!
¡Mientras ella en él los fija
Con todo el fervor de un ángel,
El sacrificio ofreciendo
De sus horribles desastres!
¡Y por su lívida boca
Que agudo el dolor contrae,
En pos su Abelardo el alma
Involuntaria se sale!
¡Esto encarecer.....! ¡oh cuántos,
Oh cuántos en un instante
De encontrados pensamientos
Con tu embeleso alentaste!
Los vientos que las borrascas
Consigo bramando traen,
Y la quieta mar concitan
En rápidos huracanes,
Menos turbulentos lidian,
Que en mi corazon amante
Mil infelices cuidados
De entonces acá combaten:
Sin que haya un fugaz momento
En que su furor se calme,
En que la razon se escuche,
Ni amor frenético calle:
Siempre en la idea indelebles,

Cual si ora grata me hablases,
La languidez de tu acento,
La expresion de tu semblante.
¿Posible será que ceda
Tu injusticia? ¿que á mirarme
Como á tu Medoro vuelvas,
Yo mi Angélica te llame?
¿Que las delicias renueves,
Con que algun dia galante
Cual Eloisa en sus fuegos
Mi loca pasion premiaste?
Acuerda, acuerda estos dias
De gloria y bien inefables,
En que tus dulces suspiros
Con mis suspiros mezclaste,
Cuando ante la faz del cielo
Y en fe y en ternura iguales
Nos juramos, cruda Fili,
Tú ser mia, yo adorarte;
Estrechándote en mi seno,
Que aun ahora hablando me late,
Y no pudiendo tú fina
De mis brazos arrancarte.....
No, en tu helada indiferencia
Feneció el sentir: ni sabes
En mi ardiente fantasía

Cuánto una mirada vale.
No sabes con qué delirio
A mil sueños celestiales
Me abandono, y el deseo
Los imposibles combate.
¿Mas por qué estos imposibles?
Tuyos son, que el fatal arte
Tienes de hacerte infelice,
Y á mí, bárbara, acabarme.
No los hay para quien ama:
Para dos que tan constantes
Sufren, merecen, anhelan,
Y en las mismas llamas arden.....
Yo sueño, y Amor me burla.
De ilusiones agradables
El alma llena, en mi cuarto
Y á tu lado vuelvo á hallarme.
¿Dime, mi bien, no me viste
Embebecido, cobarde,
Turbado, dudoso, inquieto,
Y osando apenas hablarte?
¿No viste en mi triste rostro
Las dolorosas señales
De mi abandono? ¿no oiste
Decirte entre tiernos ayes:
Esta casa, su fiel dueño

Tuyos son? ¡oh qué de males
Con tus zelos ominosos
A tí á par que á mí causaste!
  Hoy en ella soberana,
Bajo tu imperio süave
Fuera mi gloria rendido
Como señora adorarte:
  Recibir las dulces leyes
Que tu labio me dictase;
Y mirándome en tus ojos,
Solo en tu culto emplearme;
  Haciendo asi la cadena
Que unió nuestras voluntades,
Y hoy tu ímpia mano destroza,
De aroma y rosa inmortales.
  ¡Ay Filis! esta cadena,
Por desdeñar tú escucharme,
En mi bárbaro despecho
Será un dogal que me acabe.
  Contempla, cruel, la obra
De tu altivez, y si valen
Ruegos en tí, no mis penas
Dobles con nuevos ultrajes;
  Que aun la esperanza.... ¡oh si un dia....!
Ve, injusta, el horrible trance
En que me has puesto: el bien veo,

Y ni aun puedo desearle.
  Filis mas sufrir no pudo
Que asi su amor la increpase,
Pues aunque severa le huye,
Jamas dejara de amarle.
  Suspiró profundamente,
Y el sonrosado semblante
Inclinó sobre su seno,
Sin atreverse á mirarle.
  El dichoso que á sus ansias
La alcanzó tan favorable,
Entre sus brazos la estrecha,
Y exclamando: ¡Amor, triunfaste!
  Filis, bien mio, le dice,
Baste de violencias, baste;
Cesen tus falsos desvíos
Y mis dudas infernales:
  Tú serás mi eterno empleo,
Tú mi delicia inefable,
Mi vida y mi gloria, y cuanto
De mas tierno en amor cabe.
  Que pues él feliz nos une
Despues de tormentas tales,
Y haber de su amargo acibar
Mi labio apurado el cáliz,
  ¿Qué fuerza, adorada mia,

Qué fuerza será bastante
Ni á arrancarte de mi pecho,
Ni á que tú dejes de amarme?
  Nada la sensible Filis,
Nada respondió anhelante;
Y en lágrimas de ternura
Cual nieve al sol se deshace.

ROMANCE XXVI.

LA INJUSTA DESCONFIANZA.

Basta de enojoso ceño:
No dudes de mi cariño,
Que te agravias y me ofendes
Con tus desvelos, bien mio.
  ¡Yo faltar á mis promesas!
Yo indiferente! ¡yo tibio!
¡Desdeñar tu amable lado!
¡Llamarme y haberte huido!
  ¡Yo que ciega mariposa
Con mas bulliciosos giros
Que ella la luz do fenece
Rondo tus ojos divinos!
  ¡Yo que cuando lejos peno,
Filis, de ti, sin sentido

Cual si presente me oyeras
Tu dulce nombre repito!
No, donosa, nada temas
De un corazon que sencillo
Te idolatra, y es tu esclavo
Por eleccion y destino.
La constancia fue su gloria;
Y orgulloso hoy en sus grillos
Nombre, libertad, fortuna,
Todo á tus pies lo ha rendido;
Y por tí sola de todos
Olvidado en su retiro,
No demanda en tantos suyos
Ni el mas leve sacrificio.
¿No lo ves, zelosa mia?
¿No ves con qué ciego ahinco
Gozoso en obedecerte
Todas mis venturas cifro?
¿Hay gusto tuyo, hay deseo
Que no halles siempre cumplido?
¿Ni paso en mí que no sea
Del amante mas sumiso?
Siempre en tí y de tí pendiente,
Y ora como en el principio
De tus ojos recibiendo
La ley que inviolable sigo.

Escojíte por señora,
Y entre mil tiernos suspiros
Eterna fe me has jurado;
Yo alma y vida te di fino.
Nuestros labios cariñosos,
Los votos con los gemidos
Mezclando, que solo hacemos
Ya un ser, veces mil se han dicho;
Y crecer sintiendo ardientes
Su embeleso y desvarío,
Extáticos nuestros pechos
Mil veces mas se han unido.
¡O qué instantes, Filis mia!
¡Qué abandono! ¡con qué hechizo
Contemplándome exclamabas:
„Tuya soy, y tú eres mio!
„Y en ello cuantas venturas
„El gusto mas exquisito
„Soñarse y delicias puede,
„Y aun mas si es posible miro."
¿Quiénes, adorada, entonces
Mas felices? uno mismo
El querer, gozar, y cuanto
Puede embargar los sentidos.
¡Y aun dudas y te desvelas!
¡Y víctima de un capricho

Te atormentas! ó amas poco,
O yo soy de amarte indigno.
¿Qué? ¿te has trocado de aquella
Que veces tantas me ha visto
Suspirar loco á sus plantas
De la lira al dulce trino?
¿Quién osará, amada mia,
Ni de tu beldad el brillo,
Ni contrastar de tus ojos
El encanto peregrino?
¿Quién apagar en mi pecho
El volcan que hierve activo;
Ni la impresion indeleble
Turbar que en mi tu amor hizo?
¿Quién de aquel entre mil ayes,
„Triunfaste al fin: ya me rindo,"
En mi oido y mi memoria
Jamas borrará el sonido;
De tierno y tímido llanto
Llenos y en el sueló fijos
Tus ojos, feliz trofeo
De un rigor aun mal vencido?
Cesa pues, cesa en tus quejas:
Caiga ya ese ceño umbrío,
Y alegre en tu rostro ria
De sus gracias el bullicio.

Cesa, cesa, y mas amemos:
Crezca el celestial prestigio
Que nos ciega: nuestro fuego
Arda cada vez mas vivo.
Amemos y amemos siempre,
Sin que zelos ni desvíos,
A turbar amargos vengan
Las delicias que sentimos:
Delicias inexplicables,
En que ebrios, embebecidos
Al Amor mismo enseñamos
Con nuestros dulces delirios.
Mundo y hombres olvidemos,
Que asi mas y mas perdidos
Vivirás para mí solo,
Como yo para tí vivo.

ROMANCE XXVII.

EL OTOÑO DE LA VIDA.

A mi amigo D. Manuel María Cambronero, del Consejo de S. M.

¡Ves cuan benigno el Otoño,
Fabio, á nuestros ojos rie!

¡Con qué magestad tranquila
Sus horas el sol preside!
¡Cuan plácidas son las noches;
Y hermosa alzando entre miles
De soles Febe su carro
Con el dia en luz compiten!
¡Ves cuan profuso sus dones
Nos ostenta! ¡que sutiles
Las auras bullen, las vegas
De nuevas galas se visten!
¡En los árboles mecerse
La verde pera, en las vides
La uva de oro, con que Baco
Lagares y cubas hinche!
¡La abundancia por do quiera,
Y en deliciosos convites
La alma paz, que á la esperanza
Colmada riendo sigue!
Nada en vanas apariencias
Ni en melindrosos matices
De flores, que un dia apenas
Al rayo del sol resisten.
El hombre respira y goza;
Donde quier se torne ó mire
Hallará un bien, un alivio
A las penas que le afligen.

Trabaja el áspero Invierno,
Y á par que él domina horrible
Entre nieves y aguaceros,
Su esteva encorvado oprime.
En la estacion de las flores
Con nuevo anhelo repite
La labor, y en sus barbechos
Mas honda la reja imprime.
Luego cuando el can fogoso
Sus vivas llamas despide
Sobre la agostada tierra
Que ahogándose en ellas gime,
Él en medio de sus mieses
Contrasta con pecho firme
La congojosa agonía;
Y el trillo y bieldo apercibe.
Hoy goza: sus largos dones
Grato el Otoño le rinde,
Y su afan galardonando
Su sien de pámpanos ciñe.
Los árboles le dan sombras,
Los céfiros apacibles
Frescura, embeleso el cielo;
Frutos la tierra felices.
Asi es, Fabio, nuestra vida:
De su Otoño bonancible

Son los rápidos instantes
Los únicos que se vive.
Solo en ellos siente el hombre
Su noble ser; y el sublime
Don de la razon divina
Todo su esplendor recibe.
Este don de infaustas nieblas
Lleno en los años viriles,
Que en la ancianidad se apaga,
Y la niñez no apercibe:
Las enconadas pasiones,
Que en ímpetu irresistible
Su pecho hasta allí agitaban,
Ya en plácida union le asisten:
Despertando en él honrosas
Aquel fuego que invisible
Yacía, y con que á la gloria
Y á la humanidad se sirve:
Aquel que de monstruos fieros
Purgó el mundo con Alcides,
Dió á Grecia leyes, y alienta
De Helicon los claros cisnes.
Entonces al cielo inmenso
Se encumbra, los pasos mide
De los astros, y adivina
Las órbitas que describen:

Sigue en su carro á la luna;
De ella y del sol los eclipses
O la vuelta de un cometa
Tras largos siglos predice:
Baja observador al suelo;
Del átomo imperceptible
Del Ande á la excelsa cumbre
Corre con ojos de lince:
Cálase al abismo obscuro;
Ve al oro entre escorias viles,
Informe roca al diamante,
Aún en masa al amatiste;
Y admirando el vivo anhelo
Que arrastra imperioso á unirse
Perfeccionándose á cuanto
Do quier la mente concibe,
Calcula, pesa, compara,
Y en su teson invencible
Halla al fin las altas leyes
Con que ser tanto se rige.
Búscalas luego en el hombre,
Sonda las causas, los fines
De sus obras; ¿y qué encuentra?
Fabio, abismos infelices:
A la honradez en las pajas,
Sobre pluma á la molicie,

Y al orgullo que en los brazos
De la opulencia se engrie:
  En triunfo al error y al vicio,
Al favor inaccesible,
Y al ciego interes hollando
A la verdad que proscribe.
  ¡Oh! ¡dichoso quien del cielo
Cual tú alumbrado consigue
De virtud la fausta senda
Seguir de ilusiones libre!
  ¡Dichoso el que en el Otoño
De sus dias se redime
De la ley comun, y goza
Dulce paz en vida simple!
  En la alegre Primavera
Todo es galas y pensiles,
Todo músicas y ardores
Con que el alma se derrite:
  Solo se respira y siente
El placer: solo se existe
Para querer: en delicias
Nada el pecho, el labio rie:
  De ilusion vaga el deseo
En ilusion, insensible
Al pesar que á las espaldas
Aguija, aunque airado grite.

¡Loca edad, en que sin norte
Se pierde el débil esquife
De la vida en rumbos ciegos,
Siempre amenazado á hundirse!
Sucede el fogoso Estío:
La ambicion punza insufrible
Al corazon, la codicia
Lo sume en ansias ruines,
Para que con su tesoro
Su fin trágico anticipe,
O con diez llaves cerrado
Del sueño y la paz le prive:
Si embriagado en loco orgullo
En bandos no lo dividen
Y partes mil, odios, zelos,
Temores, envidia triste.
Con tan ásperos verdugos
El ciego interes dirige
Sus pasos: torres de viento
Crédulo el error le finge:
Tras un fantasma engañoso,
Que al lograrlo se percibe
Amargo ya, un otro anhela
Que en su lugar le fascine:
Alcánzalo, y se fastidia;
Y en su ansiar incorregible

Entre el tedio y el deseo
Su mísero ser maldice.
   Por fin el plácido Otoño
Viene á calmar estas lides,
Siendo en tan recias borrascas
De serenidad el íris.
   Viene de frutos colmado:
Los desengaños le siguen,
Caen las hinchadas pasiones,
Y la razon logra oirse,
   Igual al fanal del dia
Cuando en el cenit sublime
Deshace la opaca nube,
Que el paso á su llama impide:
   Y á su luz en grata calma
A un tiempo se burla y gime
De tanta inútil zozobra;
Y el yerro al aviso sirve;
   Cual convaleciente aun débil
Que en gesto y acento tristes
Su congojosa dolencia
Alegre á todos repite:
   O navegante, en el puerto
Libre de náufragas sirtes,
Temblando sus largos rumbos
Y tempestades describe.

Nuestro Otoño pues gocemos,
Fabio mio, en paz felice,
Que el tiempo vuela: la vida
Es un vapor insensible,
Y asi pasa: el yerto Invierno
Al blando Otoño persigue;
Y en pos la muerte y la tumba
Serán nuestro eterno eclipse.

ROMANCE XXVIII.

ELISA ENVIDIOSA.

¿Si tan niña te casaron,
Por qué murmuras, Elisa,
Que las solteras se lleven
Los galanes de la villa?
¿A qué culpar sus donaires,
Y en tus ominosas iras
Ni aun perdonarles las gracias
Con que su inocencia brilla?
¿En qué te ofenden las flores
Que su cabello matizan,
De su seno los joyeles,
De sus dedos las sortijas?
¿En qué el donoso bullicio

De su juventud festiva,
Ni el embeleso en que gozan
Del dulce Amor las primicias?
  En buen hora se engalanen,
Y con atencion prolija
Cuiden de realzar el lustre
De su beldad peregrina:
  Su cuello el aljofar orne,
Y trasparente á la vista
Velen su pecho en la gasa,
Que leve un soplillo agita:
  Den á su mirar mas fuego,
Mas frescor á sus mejillas,
Y premiándolo á su talle
Mas soltura y gallardía.
  No esta delicia les vedes;
Ni con tus quejas y envidias
O sus triunfos solemnices,
O publiques tu desdicha.
  Déjalas ir á los bailes,
Deja que canten y rian,
Cual tú, enojosa, lo hicieras
Si hoy no vivieras cautiva.
  Hiciéraslo, como sabes
Que te holgaras siendo niña;
Y que en danzar y prenderte

La palma entonces tenias.
Si feliz no te olvidaste
De las músicas y citas,
Que alcanzó mas de un dichoso,
Notándolo tus vecinas;
Todo sin cuidado entonces,
Y tú inocente y sencilla,
Era un pasatiempo alegre
Cuanto ora llamas malicia.
Quéjate pues de tu estrella;
No nuestras fiestas impidas,
O pensaré que son zelos
Tan enfadosa porfia.
¿Qué te importa que Belarda
Dé á su zagal una cinta,
Que Silvio y Enarda se hablen,
Ni zelosa esté Belinda?
Delio apagará su enojo,
Y los zelos serán risas,
Como á las nubes de Mayo
Sigue la lluvia tranquila.
Que tú tambien de este achaque
Otro tiempo adolecias,
Y curábalo tu esposo,
Y tú le amabas mas fina.
Deja en fin culpas y duelos

Por sus paces ó sus riñas,
Que asienta mal en tu rostro
El ceño con que nos miras.
   Y el cuento serás del valle,
Si cansada en su alegría
En dar consejos te empeñas,
Sin que nadie te los pida.
   Que si á todos enamora
La modestia que es benigna,
Cuando es importuna enfada,
Y con altivéz irrita:
   Cual la mesura y los velos
De la viudez dolorida
Si al baile van melindrosos
Todo su placer mancillan.
   Ama sensible á tu Albano;
Pues lo tienes de por vida,
Y desvelada en servirle
A sus gustos te anticipa.
   Parte con él tus finezas
Fiel esposa y dulce amiga,
Aun mas que en tus largos bienes
En bondad y gracias rica.
   Ocupada en tus hijuelos
Con solicitud activa,
Cual diligente hortelana

Con dos tiernas clavellinas,
Sus débiles pasos rige,
Goza feliz sus caricias;
Y en su amor y su cuidado
Todos tus encantos cifra.
Y dejando á las zagalas
Bien querer, y que las sirvan,
Sin esos necios afanes
Con que en vano te fatigas,
A ellos y al padre dichoso
Consagra alegre tus dias
En la afortunada suerte
Que los cielos te prodigan.
Que si él es grato á tus ojos,
Cuanto tú á los suyos linda,
Por mas que anhelar no tienes,
Lastimada casadilla.

ROMANCE XXIX.

LA MAÑANA.

Dejad el nido, avecillas,
Y con mil cantos alegres
Saludad al nuevo dia,
Que asoma por el oriente,

De do en vuelo despeñado
La ciega noche desciende
Opuesta al sol, que en su alcance
Su fúlgido tren previene;
Y semejando una hoguera
Que en inmensas llamas hierve,
Allá al confin por do asoma
Del cielo en ellas lo enciende.
¡Oh qué celages y albores!
¡Qué de ráfagas fulgentes
Con sus rayos los alumbran,
Y de oro los enriquecen!
Él como en triunfo glorioso
Su rápida marcha emprende,
De animada luz dorando
De los montes la alta frente:
Mientras que los hondos valles
Muy mas lóbregos se ofrecen,
Cual si otra noche en sus sombras
De nuevo los envolviese.
De Titon la esposa bella
Ostentándose riente
Lleno el regazo de flores,
De rosa ornadas las sienes,
Libra al céfiro su manto,
Que fugaz lo desenvuelve,

Mezclando en el horizonte
La púrpura con la nieve;
Y luego galan vagando
Entre las flores se pierde,
El rocío les sacude,
Y sus frescas hojas mece.
Ellas fragantes perfumes
En oblacion reverente
Tributan al sol, que á darles
Vida con sus llamas vuelve.
¡O qué bálsamo, qué olores!
¡Qué delicia el alma siente
Al respirarlos! del pecho
Absorta exhalarse quiere.
En tanto de las tinieblas
Los restos se desvanecen
Entre la luz, que en raudales
De los cielos se desprende.
Todo con ella del sueño
Sale y se rejuvenece,
Cual si del mundo este dia
La feliz aurora fuese;
Y todo la atencion llama,
Y bulle en gozo y deleite,
De embeleso en embeleso
Llevándola dulcemente.

La vista vaga perdida:
Aqui una flor la entretiene
Que de luz mil visos hace
Con sus perlas trasparentes.
Sobre las mieses lozanas
Alli en tal copia las vierte
Grata el alba, que sus hojas
Ya contenerlas no pueden,
Corriendo en liquidos hilos
Que los surcos humedecen,
Para que asi sus cogollos
Con mas pompa al sol desplieguen:
Y allá el plácido arroyuelo,
Cuyas claras linfas mueve
El viento en fáciles ondas,
Apenas correr se advierte:
Mas allá el undoso rio
Por la ancha vega se tiende
Con magestad sosegada,
Y cual cristal resplandece.
El bosque umbroso á lo lejos
La vista inquieta detiene,
Y entre nieblas delicadas
Cual un humo desparece
Por ese inmenso horizonte
Que en un pabellon luciente

Enarcándose, los ojos
Atónitos embebece:
  El vivo matiz del campo,
Este cielo que se extiende
Sereno y puro, estos rayos
De luz, el tranquilo ambiente,
  Este tumulto, este gozo
Que universal antecede
Al trinar el himno al dia
Reanimados los vivientes;
  Este delirio de voces
Que en su estrépito ensordecen,
Tantos pios de las aves,
Tantos cánticos fervientes;
  Este hervor inexplicable,
Este bullir y moverse
En inefable delicia
Una infinidad de séres,
  De la yerbecilla humilde
Al roble mas eminente,
Del insecto al ave osada
Que al sol su vuelo alzar quiere,
  ¡Oh como me encanta! ¡oh cómo
Mi pecho late y se enciende,
Y en la comun alegria
Regocijado enloquece!

La mensagera del alba,
La alondra mil parabienes
Le rinde, y tan alto vuela
Que ya los ojos la pierden.
Tras sus nevados corderos
El pastor cantando viene
Su tierno amor por el valle,
Y al rayo del sol se vuelve.
El labrador cuidadoso
Unce en el yugo sus bueyes,
Con blanda oficiosa mano
Limpiándoles la ancha frente.
El humo en las caserías
En volubles ondas crece,
Y á par que en el aire sube,
Se deshace en sombras leves.
Y la atmósfera mas pura,
Y los árboles mas verdes,
Y mas lozano está el valle,
Y mas viciosas las mieses.
¡Qué hermosa es, ámable Silvia,
La mañana! ¡cuánto tiene
Que admirar! ¡en sus primores
Cómo el alma se conmueve!
Deja el lecho, y ven al campo,
Que fausto á tu seno ofrece

Su aroma y flores, y juntos
Gocemos tantos placeres.

ROMANCE XXX.

DE UNA AUSENCIA.

¿Qué sirve que viva ausente,
Si con el alma te veo,
Zagala hermosa del Tórmes,
Y te adora el pensamiento?
¿Qué sirve que ausente viva,
Si un amor fino y honesto
Bien asi en la ausencia crece
Cual con seca leña el fuego?
Nunca está lejos quien ama,
Aunque tenga un mundo en medio:
Para el gusto no hay distancias,
Ni violencias para el pecho.
Solo, zagala, el que olvida
Se dice bien que está lejos;
Que yo donde quier que fuere
En mi corazon te llevo.
Cual inseparable marcha
En pos su sombra del cuerpo,
Y vivo el fuego se esconde

Del pedernal en el seno.
  Asi el esperar me anima,
Y en memorias me entretengo;
Sin que en estos tristes valles
Nada encuentre de recreo.
  Sin aliño las zagalas,
De altivo y áspero ceño,
Cuanto aqui miro, bien mio,
Me parece tosco y feo.
  Mis locas ansias se pierden:
Los ayes los lleva el viento,
Mis lágrimas el Eresma,
Y el Alba los dulces sueños.
  ¡En ellos ¡ay! qué de noches
Me hallara á tus plantas puesto,
Tal vez airada conmigo,
Tal condolida á mis ruegos!
  ¡Y al despertar qué de veces
Como burlado me siento,
Llamándote cual si oyeras
Bañé en lloro amargo el lecho!
  Mas quisiera yo las noches
Cuando entre escarchas y hielos
Quejándome de tu olvido
Me halló del Alba el lucero;
  Las noches en que llorando

No merecidos desprecios
De mi cítara los trinos
Oyó conmovido el cielo,
  Mas que no estas noches tristes
De luto y dolor eterno,
En que á solas me consumo,
Y maldigo mis deseos.
  ¿Pues aquellas, vida mia,
Cuando ya mis dulces versos
Sonar pudieron felices
De gozo y finezas llenos;
  Y tú inflamada al oirlos,
Dándote el Amor su velo,
A tus ventanas salias
Con silencioso misterio,
  Para entender mas de cerca
Los cariñosos requiebros,
Y unir tus tímidas ansias
Con mis ardientes afectos?
  Nada alcanzará á borrarlas
De un alma de que eres dueño,
De un alma donde por siempre
Será y único tu imperio.
  Ni por mas que en mi desdicha
Se conjure el universo,
Dejarás de hacer, bien mio,

Mi delicia y mi embeleso.
¡Ay! ¡cuándo diré á tus rejas,
Como cantaba algun tiempo
Ciego de amor y esperanzas,
Que cual humo se han deshecho!
„Nunca yo hallado te hubiera;
„Ni la noche de los fuegos
„Nunca tú por mi ventura
„Salieras, Rosana, á verlos."
Cuando.... aqui llegaba un triste,
A quien del Tórmes trajeron
Al Eresma desterrado
La envidia, el odio y los zelos.
Los compasivos zagales
Que sus gemidos oyeron
Consuélanle; y él responde,
Que á un ausente no hay consuelo.

ROMANCE XXXI.

EL CONSEJO DE JACINTA.

Con Pascuala Gil se casa,
Y á la linda Fili olvida:
Lo que en la zagala es luto,
Será en Lucindo alegría.

Sirvióla Lucindo un tiempo;
Pero el engaño y la envidia
Cual nube al sol contrapuesta
Asi eclipsaron sus dichas.
Un chismoso de la aldea
Fingió agravios y malicias,
Que á la sombra se abultaron
Del acaso y la mentira.
El zagal, que no debiera,
Despreciólos en su fina
Voluntad asegurado
Y en su inocencia sencilla.
Pero lastimóse Filis,
Que es sensible cuanto linda,
Y sin desdenes ni quejas
Dejó á Lucindo ofendida.
Luego á Gil quiso en despique;
Si es amor una porfia,
O si jamas un cuidado
Con un disgusto se alivia.
Lucindo llora el olvido,
Y en vano ruega y suspira,
Que donde el engaño adula,
Nunca la verdad se estima.
¡Oh qué de veces el triste
Buscó fino á su querida;

Y con mil rendidas ansias
Amainar tentó sus iras!
¡A sus plantas qué de veces
Sus verdades ratifica,
Confunde apariencias vanas,
Injustos zelos disipa!
Mas Fili en su enojo ciega,
Cuanto el zagal mas la obliga
Mas ciertos da sus agravios,
Y huye mas y mas su vista.
Bien haya Gil que por necio
La saca de esta agonía,
Y libra cortés á entrambos
De un martirio de por vida.
La niña el desaire siente;
Y entre agraviada y corrida
Por Gil, la boda y sus piques
Es la cancion de la villa.
Pero ella á Lucindo quiere;
Él la adora y la suplica,
Y asi del otro el desvío
Será el íris de sus riñas.
Todos asi lo murmuran;
Y ya en el baile Jacinta
Viéndola tan triste y sola
Le cantaba el otro dia:

Zagala del Tórmes
Deja de llorar,
Que Lucindo vuelve,
Si Gil se te va.
Porque Gil se casa
No tan boba seas,
Que tú el tiempo llores,
Que él rie y se alegra.
Egemplo en él toma,
Y olvídale á par:
Que Lucindo vuelve,
Si Gil se te va.
Lo que Gil se pierde
Lucindo lo gane,
Puesto que en el trueque
Bien librada sales:
Y pues es tan necio
No le llores mas,
Que Lucindo vuelve,
Si Gil se te va.

ROMANCE XXXII.

LA TERNURA MATERNAL.

¡Oh! ¡cómo me encanta, Filis,
Gozar del juego inocente

Con que entre risas te halaga
El ángel que al pecho tienes!
¡Cual con sus tiernas manitas
Te lo bate, y las extiende
Hasta tus frescas mejillas,
Hundi´ndolas suavemente!
Luego la cabeza esconde,
Y hace como que se duerme,
Y entre mil gozos y mimos
Entre tus brazos se mece.
Mas al punto el taimadillo,
De su quietud impaciente,
Con nuevas fiestas y risas
Salta, y de tu cuello pende.
Tú con miradas de madre
Lo contemplas, y le vuelves
Por cada caricia un beso,
Que á nuevos juegos le mueve.
Rien la dulzura y gracia
En sus ojuelos alegres,
En su boca los gorjeos,
La candidez en su frente.
No hay en torno los donaires
Con que vivaz te entretiene,
Ternura que no le grites,
Ni bendicion que no le eches.

Clavel, lumbroso diamante,
Perla de subido oriente,
Cielo, sol, ángel, lucero,
Todo aun poco te parece.
Y en el suavísimo encanto
En que viéndolo te embebes,
Por tus ojos á su pecho
Volársete el alma quiere.
Yo mudo y enagenado
Siento el mio blandamente
Latirme, y parto contigo
Tan sobrehumanos placeres.
¡Dichosa Filis! tú gozas
Cuanto bien gozarse puede:
Tu seno nada en delicias,
Tu rostro en gloria y deleite
Puro, angélico, sublime;
Nó el grosero que se bebe
Del vicio en la amarga copa,
Que llanto y dolor previene.
¡Ves cuánto la virtud vale!
¡Cuál sus encantos conmueven
El alma, y de madre tierna
Son los éxtasis celestes!
¡Lo ves, Filis! fausta sigue,
Y en gozos y afectos crece:

Da otro beso á tus amores,
Y otro y otro aun mas ardientes.
Él los busca, y te provoca
Con sus donosos juguetes;
Te mira, y se oculta y rie,
Y en gorjeos enloquece.
Con estas gracias empieza,
Y feliz la llama prende
Que en lazada deliciosa
Os ha de atar para siempre;
De ora haciendo que dos pechos
Con sola una vida alienten,
Y en ver y en querer conformes
Su union mas y mas se estreche.
Hoy el pequeñuelo infante
Que es hijo á tu pecho siente,
Y este amor sin conocerlo
Lo mama en tu dulce leche.
Este amor santo que un dia,
Como el árbol que se extiende,
Rico en sazonados frutos,
Crecerá, y dártelos debe.
Y tu descanso y delicia,
Lleno de bondad y bienes
Gloriosos hará tus años,
Tan tierno como obediente.

Cuanto hoy por su débil vida
Tu seno en afectos hierve,
Tanto y mas y mas de obsequios
Veráslе en torno volverte.
Veráslе, madre dichosa,
Cuando sus gracias desplieguen
Adelantados los dias,
Como él las luce riente.
Cual solícito pregunta,
De tus avisos aprende,
Y tus virtudes remeda,
Y su razon se esclarece.
De ora un enjambre de nietos,
Lindos cual él te previene,
En cuyas vidas la tuya
Con nuevo verdor florece.
Y en cuyas ilustres prendas
Correrán de gente en gente
Las que en riquísima mina
Tu corazon ennoblecen.
De ese tu blondo cabello
Se ajará el oro fulgente,
Arando la ruga fea
La fresca tez de tus sienes;
Y entonces de nuevo en ellos
Vivirás, cual en oriente

Diz que entre aromas renace
De sus cenizas el fénix.
Hoy siembras, Filis, y el llanto
Que tan delicioso viertes,
Es un plácido rocío
Que los frutos desenvuelve.
Siembras, y con grato influjo
De esa tu feliz simiente
Sazonará el sól un dia
En abundancia las mieses.
Siembras, y abrirse en su seno
Verás, Fili, en plazo breve
Las rosas de su inocencia,
Y de tu amór los claveles.
Riega oficiosa la planta,
Y en solicitud perenne
Del fogoso can la libra,
Y los hielos de un Diciembre.
Vela en su amparo, y ten cuenta
Si algun ramito se tuerce,
Que la razon lo dirija,
Y no el cariño te ciegue.
Que asi pomposa y lozana
El cielo hará que descuelle
Sobre cuantas hermosean
Los mas floridos verjeles:

Y que en pos de su fragancia
Felice á todos se lleve,
Porque tu nombre y tu gloria
Con los suyos se acrecienten.
Asi yo á Filis hablaba,
Que no á mí, á su hijuelo atiende:
Estréchalo en su albo seno;
Y él mamando se adormece.
Filis ni aun respirar osa,
Porque su amor no despierte,
Y con languidez süave
Mirándolo se enternece.
Esposa y madre en su rostro,
Pudor y amor santamente
Brillan unidos, y un ángel
Para mis ojos parece;
Que en lágrimas inundados
Sentí al punto; y reverente
Ya aunque hermosa, no ví en Filis
La Filis de mis niñeces.

ROMANCE XXXIII.

AUSENTE DE CLORI SU AMOR SOLO ES MI ESTUDIO.

¡Qué me aprovechan los libros!
¡De qué en mi triste aposento
Morar como en cárcel dura
Aherrojado siempre entre ellos!
  Mis ojos sus lineas corren,
Y en oficioso desvelo
El labio terco repite
Sus verdades y preceptos:
  Mientras la mente embebida,
Bien mio, en mil devaneos
Burla mi conato, y vuela
A buscar mas noble objeto.
  La imaginacion fogosa
Con delicioso embeleso
De mis pasadas venturas
Hermosea los recuerdos:
  Y en sus vagarosas alas
Como en un alegre ensueño
Tras lo que perdido anhela
Lanzándose el pensamiento,

En el solitario bosque
Ora á tu lado me encuentro
De aquel jardin, confidente
De nuestros dulces secretos;
Donde huyendo veces tantas
Con inocente misterio
De la calumnia los tiros,
Los ojos de un vulgo necio,
Emboscados, como solos
En medio del universo
Nos cogió espirando el dia,
Clori, envidioso el lucero,
El pecho en rendidos ayes,
El labio en finos requiebros;
Y Amor plácido sellando
Nuestros fieles juramentos.
Ora inflamando mi númen
Al brillo de tus ojuelos,
Mil ternezas me imagino
Cantarte en mis dulces versos;
Que cual mi pecho sencillos,
Como mi llaneza tersos,
En tu delicada lengua
Adquieren mas alto precio.
Ora que en Fedra temblamos
De Amor los horribles fuegos,

O en tu seno, triste Zaida,
De tu Orosman el acero:
  Y ora que en la amable Julia
Sus derretidos conceptos,
En su leccion encantados,
Confundimos con los nuestros:
  Con solícita fineza
Contino buscando aquellos
Que á nuestra inefable llama
Semejan bien que de lejos.
  Tal vez recuerdo infelice,
Tambien nuestro á dios postrero,
Tú en el sofá desmayada,
Y yo á tus pies en silencio:
  Sonando la fatal hora,
Sin poder yo en mi despecho
Ni huir del mandato odioso,
Ni á tí dejarte muriendo.
  Partiendo en fin; y á tus brazos
Y á decirte á dios de nuevo
Loco tornando, abismada
Tú en dolor, yo sin aliento.
  O ya en éxtasi mas grato
Doy nuevas alas al tiempo,
Y rayando el fausto dia
De volver, mi bien, á vernos,

Traspaso los altos montes,
Que alzada su frente al cielo
Hasta el paso cerrar quieren
A mis ardientes deseos.
Desde su enriscada cumbre
Vislumbrar en sombras creo
La corte ya, el ansia crece,
Y dejando atras el viento
Aguijo el correr, la rueda
Gime en su rápido vuelo,
Grita el mayoral, y el tiro
De polvo y sudor cubierto
Entra en fin por la ancha calle,
A quien la imperial Toledo
Da nombre, á tu casa corro,
Y el callado umbral penetro.
Llego á tu dichosa estancia;
Encuéntrote sola, y ciego
A tus pies me precipito,
Y los bano en llanto tierno.
Tú lanzando un grito alegre
De sorpresa y de contento,
¡Es posible, amado, exclamas,
Que abrazarte otra vez puedo....!
Y ahincada tus manos tiendes,
Tus manos que de mil besos

Inundo yo; tú suspiras,
Y el placer.... sobre tu seno....
Embriagadas, confundidas
Las almas.... yo te sostengo
Desfallecida en mis brazos.....
Y en los tuyos desfallezco.....
¡Clori! la mente delira;
Yo en fijarla en lo que leo
Me afano, su error acuso,
Y al libro obstinado vuelvo:
Empeñándome estudioso
En buscar con nuevo anhelo
En la luz de sus doctrinas
A mi mal algun remedio.
Empero todo es en vano;
Y por mas que atarla quiero,
Sin saber cómo ocupada
De tí siempre la sorprendo.
Ríñola; pero replica
Que tú sola eres su empleo;
Y asi en tu amor y mis penas
Contino que estudiar tengo.

ROMANCE XXXIV.

LA TARDE.

Ya el Héspero delicioso
Entre nubes agradables
Cual precursor de la noche
Por el occidente sale;
  Do con su fúlgido brillo
Deshaciendo mil celages,
A los ojos se presenta
Cual un hermoso diamante.
  Las sombras que le acompañan
Se apoderan de los valles,
Y sobre la mustia yerba
Su fresco rocío esparcen.
  Su corona alzan las flores,
Y de un aroma süave
Despidiéndose del dia
Embalsaman todo el aire.
  El sol afanado vuela,
Y sus rayos celestiales
Contemplar tibios permiten
Al morir su augusta imagen;
  Simil á un globo de fuego

Que en vivas centellas arde,
Y en la bóveda parece
Del firmamento enclavarse.
  Él de su altısima cumbre
Veloz se despeña, y cae
Del Océano en las aguas,
Que á recibirlo se abren.
  ¡Oh qué visos! ¡qué colores!
¡Qué ráfagas tan brillantes
Mis ojos embebecidos
Registran de todas partes!
  Mil sutiles nubecillas
Cercan su trono, y mudables
El cárdeno cielo pintan
Con sus graciosos cambiantes.
  Los reverberan las aguas,
Y parece que retrae y abrevia
Indeciso el sol los pasos,
Y en mirarlos se complace.
  Luego vuelve, huye y se esconde,
Y deja en poder la tarde
Del Héspero, que en los cielos
Alza su pardo estandarte,
  Como un cendal delicado,
Que en su ámbito inmensurable
En un momento extendido,

Súbito al suelo se abate,
A que en tan rápida fuga
Su vislumbre centellante
Envuelto en débiles nieblas
Ya sin pábulo desmaye.
Del nido al caliente abrigo
Vuelan al punto las aves,
Cual al seno de una peña,
Cual á lo hojoso de un sauce.
Y á sus guaridas los rudos
Selváticos animales,
Temblando al sentir la noche,
Se precipitan cobardes.
Suelta el arador sus bueyes;
Y entre sencillos afanes
Para el redil los ganados
Volviendo van los zagales:
Suena un confuso balido,
Gimiendo que los separen
Del dulce pasto, y las crias
Corren llamando á sus madres.
Lejos las chozas humean,
Y los montes mas distantes
Con las sombras se confunden
Que sus altas cimas hacen:
De ellas á la excelsa esfera

Grupándose desiguales
Estas sombras en un velo
A la vista impenetrable;
  El universo parece
Que de su accion incesante
Cansado el reposo anhela,
Y al sueño va á abandonarse.
  Todo es paz, silencio todo,
Todo en estas soledades
Me conmueve, y hace dulce
La memoria de mis males.
  El verde oscuro del prado,
La niebla que undosa á alzarse
Empieza del hondo rio,
Los árboles de su margen,
  Su deleitosa frescura,
Los vientecillos que baten
Entre las flores las alas,
Y sus esencias me traen;
  Me enagenan y me olvidan
De las odiosas ciudades,
Y de sus tristes jardines,
Hijos míseros del arte.
  Liberal naturaleza
Porque mi pecho se sacie
Me brinda con mil placeres

En su copa inagotable.
  Yo me abandono á su impulso:
Dudosos los pies no saben
Do se vuelven, do caminan,
Do se apresuran, do paren.
  Cruzo la tendida vega
Con inquietud anhelante
Por si en la fatiga logro
Que mi espiritu se calme:
  Mis pasos se precipitan;
Mas nada en mi alivio vale,
Que aun gigantescas las sombras
Me siguen para aterrarle.
  Trepo huyéndolas la cima,
Y al ver sus riscos salvages
¡Ay! exclamo, ¡quién cual ellos
Insensible se tornase!
  Bajo del collado al rio,
Y entre sus lóbregas calles
De altos árboles el pecho
Mas pavoroso me late.
  Miro las tajadas rocas
Que amenazan desplomarse
Sobre mí, tornar oscuros
Sus cristalinos raudales.
  Llénanme de horror sus sombras,

Y el ronco fragoso embate
De las aguas mas profundo
Hace este horror y mas grave.
Asi azorado y medroso
Al cielo empiezo á quejarme
De mis amargas desdichas,
Y á lanzar dolientes ayes:
Mientras de la luz dudosa
Espira el último instante,
Y el manto la noche tiende
Que el crepúsculo deshace.

ROMANCE XXXV.

LOS ARADORES.

¡Oh qué bien ante mis ojos
Por la ladera pendiente
Sobre la esteva encorvados
Los aradores parecen!
¡Como la luciente reja
Se imprime profundamente,
Cuando en prolongados surcos
El tendido campo hienden!
Con lentitud fatigosa
Los animales pacientes

La dura cerviz alzada
Tiran del arado fuerte.
  Animalos con su grito,
Y con su aguijon los hiere
El rudo gañan, que en medio
Su fatiga canta alegre.
  La letra y pausado tono
Con las medidas convienen
Del cansado lento paso,
Que asientan los tardos bueyes.
  Ellos las anchas narices
Abren á su aliento ardiente,
Que por la frente rugosa
El hielo en aljófar vuelve:
  Y el gañan aguija y canta,
Y el sol que alzándose viene
Con sus vivíficos rayos
Le calienta y esclarece.
  ¡Invierno! ¡Invierno! aunque triste
Aun conservas tus placeres;
Y entre tus lluvias y vientos
Halla ocupacion la mente.
  Aun agrada ver el campo
Todo alfombrado de nieve,
En cuyo cándido velo
Sus rayos el sol refleje.

Aun agrada con la vista
Por sus abismos perderse,
Yertá la naturaleza
Y en un silencio elocuenté;
Sin que halle el mayor cuidado
Ni el lindero de la suerte,
Ni sus desiguales surcos,
Ni la mies que oculta crece.
De los árboles las ramas
Al peso encorvadas ceden,
Y á la tierra fuerzas piden
Para poder sostenerse.
La sierra con su albo manto
Una muralla esplendente
Que une el suelo al firmamento
Allá á lo lejos ofrece.
Mientra en las hondas gargantas
Despeñados los torrentes
La imaginacion asustan,
Cuanto el oido ensordecen.
Y en quietud descansa el mundo,
Y callado el viento duerme,
Y en el redil el ganado,
Y el buey gime en el pesebre.
¿Pues qué cuando de las nubes
Horrisono se desprenden

Los aguaceros, y el dia
Ahogado entre sombras muere;
Y con estrépito inmenso
Cenagósos se embravecen
Fuera de madre los rios,
Batiendo diques y puentes?
Crece el diluvio: anegadas
Las llanuras desparecen,
Y árboles y chozas tiemblan
Del viento el furor vehemente;
Que arrebatando las nubes
Cual sierras de niebla leve
De aqui allá en rápido soplo,
En formas mil las revuelve:
Y el imperio de las sombras,
Y los vendavales crecen;
Y el hombre atónito y mudo
A horror tanto tiembla y teme.
O bien la helada punzante
La tierra en mármol convierte;
Y al hogar en ocio ingrato
El gañan las horas pierde.
Cubiertos de blanca escarcha
Como de marfil parecen
Los árboles ateridos,
Y de alabastro la fuente.

Sonoro y rígido el prado
La planta hollado repele;
Y do quier el dios del hielo
Su ominoso mando ejerce;
Hasta que el süave favonio
Medroso y tímido al verse
Nuevo volar, con su aliento
Tan duros grillos disuelve.
El dia rápido anhela:
No asoma el sol por oriente
Cuando sin luz al ocaso
Precipitado desciende;
Porque la noche sus velos
Sobre la tierra despliegue,
De los fantasmas seguida
Que en ella el vulgo ver suele.
Asi el Invierno ceñudo
Reina con cetro inclemente,
Y entre escarchas y aguaceros
Y nieve y nubes se envuelve.
¿Y de dónde estos horrores,
Este trastorno aparente,
Que en Enero su fin halla,
Y que ya empezó el Noviembre?
Del órden con que los tiempos
Alternados se suceden,

Durando naturaleza
La misma, y mudable siempre.
  Estos hielos erizados,
Estas lluvias, estas nieves,
Y nieblas y roncos vientos,
Que hoy el ánimo estremecen,
  Serán las flores del Mayo,
Serán de Julio las mieses,
Y las perfumadas frutas
Con que Octubre se enriquece.
  Hoy el arador se afana,
Y en cada surco que mueve
Miles encierra de espigas
Para los futuros meses:
  Misteriosamente ocultas
En esos granos, que extiende
Do quier liberal su mano,
Y en los terrones se pierden,
  Ved, cual fecunda la tierra
Sus gérmenes desenvuelve,
Para abrirnos sus tesoros
Otro dia en faz riente.
  Ved, como ya pululando
La rompe la hojilla débil,
Y con el rojo sombrio
Cuan bien contrasta su verde:

Verde que el tostado Julio
En oro convertir debe,
Y en una selva de espigas
Esos cogollos nacientes.
Trabaja, arador, trabaja
Con ánimo y pecho fuerte,
Ya en tu esperanza embriagado
Del verano en las mercedes.
Llena tu noble destino,
Y haz cantando tu afan leve,
Mientras insufrible abruma
El fastidio al ocio muelle;
Que entre la pluma y la holanda
Sumido en sueño y placeres,
Jamas vió del sol la pompa
Cuando lumbroso amanece:
Jamas gozó con el alba
Del campo el plácido ambiente,
De la matinal alondra
Los armónicos motetes.
Trabaja, y fia á tu madre
La prolífica simiente,
Por cuyo felice cambio
La abundancia te prometes:
Que ella te dará profusa
Con que tu seno se aquiete,

Se alimenten tus deseos,
Tu sudor se remunere;
  Puesto que en él y tus brazos
Honrado la fausta suerte
Vinculas de tu familia,
Y libre en tus campos eres.
  Tu esposa al hogar humilde
Apacible te previene
Sobria mesa, grato lecho,
Y cariño y fe perennes:
  Que oficiosa compañera
De tus gozos y quehaceres,
Su ternura cada dia
Con su diligencia crece:
  Y tus pequeñuelos hijos
Anhelándote impacientes
Corren al umbral, te llaman,
Y tiemblan si te detienes.
  Llegas, y en torno apiñados
Halagándote enloquecen;
La mano el uno te toma,
De tu cuello el otro pende;
  Tu amada al paternal beso
Desde sus brazos te ofrece
El que entre su seno abriga,
Y alimenta con su leche;

Que en sus fiestas y gorjeos
Pagarte ahincado parece
Del pan que ya le preparas,
De los surcos donde vienes.
Y la aijada el mayorcillo
Como en triunfo llevar quiere;
La madre el empeño rie,
Y tú animándole alegre
Te imaginas ver los juegos
Con que en tus faustas niñeces
A tu padre entretenias;
Cual tu hijuelo hoy te entretiene.
Ardiendo el hogar te espera,
Que con su calor clemente
Lanzará el hielo y cansancio,
Que tus miembros entorpecen:
Y luego, aunque en pobre lecho,
Mientras que plácido duermes,
La alma paz y la inocencia
Velarán por defenderte;
Hasta que el naciente dia
Con sus rayos te despierte,
Y á empuñar tornes la esteva,
Y á regir tus mansos bueyes.
¡Vida ignorada y dichosa!
Que ni alcanza ni merece

Quien de las ciegas pasiones
El odioso imperio siente.
¡Vida angelical y pura!
En que con su Dios se entiende
Sencillo el mortal, y le halla
Do quier próvido y presente:
A quien el poder perdona,
Que los mentirosos bienes
De la ambicion tiene en nada,
Cuanto ignora sus reveses.
Vida de fácil llaneza,
De libertad inocente,
En que dueño de sí el hombre
Sin orgullo se ennoblece:
En que la salud abunda,
En que el trabajo divierte,
El tedio se desconoce,
Y entrada el vicio no tiene;
Y en que un dia y otro dia
Pacíficos se suceden,
Cual aguas de un manso rio
Siempre iguales y rïentes.
¡Oh quién gozarte alcanzara!
¡Oh quién tras tantos vaivenes
De la inclemente fortuna
Un pobre arador viviese!

Uno cual estos que veo
Que ni codician, ni temen,
Ni esclavitud los humilla,
Ni la vanidad los pierde:
Lejos de la envidia torpe
Y de la calumnia aleve;
Hasta que á mi aliento frágil
Cortase el hilo la muerte.

ROMANCE XXXVI.

EL ZAGAL APASIONADO.

¡Oh qué mal se posa el sueño
Sobre ojos que el Amor abre,
Ni con sus dulces cuidados
Su grata calma hizo paces!
Las dos suenan, y rendidos
De sus amargos afanes
A un pacífico letargo
Se abandonan los mortales.
Yo solo velo, bien mio,
Y en ocupacion süave
Con tu cariño y mis penas
Regalo mi pecho amante;
Yendo y tornando el deseo,

Sin que ni un momento pare,
Hasta el lecho silencioso,
Do en plácido sueño yaces:
Do en libre y feliz soltura
Las formas inimitables
De tu belleza sin velo
Logran todo su realce.
¡Oh qué de gozos y bienes
De allá en su ilusion me trae!
¡Qué de esperanzas me adula!
¡Y qué de estorbos deshace!
Si los Reyes de la tierra
Pusieran en este instante
Su cetro á mis pies en cambio
La gloria que en tí me cabe,
¡Qué ufano los desdeñara
Mi corazon! ¿pues qué valen
Su oro y pompa y señorío
Con mi embeleso inefable?
Tú lo di, ó Luna, que atiendes
Mis finezas, tú que sabes
De este corazon las ansias,
Y cuan tierno ora me late.
Dilo tú, que en tus amores
Ciega un tiempo abandonaste
Por ver tu pastor dormido

Las esferas celestiales;
  Y entre las sombras marchando
Con planta y pecho anhelante
Extática y silenciosa
Descansabas con mirarle,
  Hasta que en tu ardiente seno,
Premiándolo, con mil ayes
Tímido el suyo alentabas
A que mas y mas gozase.
  Dilo pues, hermosa Luna,
Asi en tus visitas halles
A tu Endimion venturoso
Cada noche mas galante.
  Inmóvil, los ojos fijos
Sobre tu albergue, enviadle
Clamo á los cielos, los sueños
Mas ligeros y agradables.
  Volad, frescos cefirillos,
Volad, y batid el aire
Que fácil su labio aspire,
Porque mas grata descanse:
  Colmad de suaves esencias
Su estancia: flor en los valles
No abra el cáliz, que en tributo
De mi Clori no se exhale.
  La armoniosa filomena,

Cuyo pico lamentable
Trina en el bosque, á su oído
Hoy no ensaye otros cantares,
  Que los que en quiebros canoros
Su imaginacion halaguen,
Den pábulo á su ternura,
Y su corazon inflamen.
  Y tú en solícito anhelo
Los sueños mas deleitables,
Amor, á su mente ofrece,
Con que se goce y regale:
  Haz que trisque con las Gracias,
Haz que su hermana la llamen,
Y que de rosa y jazmines
Ciñan su sien y la abracen.
  Entre sus albas corderas
Salga á la vega, un enjambre
De cupidillos la siga,
Y adorenla los zagales.
  O aplaudida aun de las bellas
Luzca gallarda en el baile,
Rindiendo á cuantos la miren
Con sus pasos y su talle.
  Entonces, ó Amor, presenta
Propicio mi fiel imágen
A sus pies, besando tierno

Las breves huellas que estampen.
  Mi fineza le recuerda;
Dile, dile de mi parte
Que duerma en paz, pues yo velo,
Y mi fe la guardia le hace:
  Dile mis blandos suspiros,
Y el éxtasi inexplicable
En que me ves, este lloro
Que del corazon me sale:
  Este aqui presente verla,
Y como presente hablarle,
Y en mis cariños perderme,
Y en sus gracias embriagarme.....
  ¡Dichosa holanda, dichosa
Veces mil! ¡oh quién lograse
Gozar lo que avara gozas,
Saber cuanto feliz sabes,
  ¡Oh quién lograse..... en mis venas
Todo el fuego de Amor arde,
Un dulce temblor me agita,
Plácido el seno me late.
  La voz me falta..... á mis ojos
Ven, grato sueño, ven fácil;
Y haz que el delirio que siento
Entre tus brazos se calme.

ROMANCE XXXVII.

LA LIBERTAD.

Ve, Delio, con qué delicia,
Con qué agradable bullicio
Ese ruiseñor canoro
Se goza en el bosque umbrío.
Cual salta de ramo en ramo,
Cual en su alegre delirio
Va, y vuelve, y huye, y se pierde
Entre el verde laberinto.
Al impulso de sus alas
Y su revolar festivo,
Conmoviéndose, las hojas
Bullen en grato ruido:
Y corriendo de su seno
Aljofarado el rocío,
Como una lluvia de perlas
Parece del sol al brillo.
Ve con qué indecible gozo
Despliega el voluble pico,
Y en su preludiar süave
Se queda como embebido;
Abismándose sin duda

Allá en repasar consigo
Algun gravísimo trance,
En que el infeliz se ha visto;
  Hasta que soltando el lleno
De sus melodiosos trinos,
Su primor nos ensordece
Sabrosamente el oido;
  Tan vario como sublime
En los quiebros infinitos,
Con que explica de su pecho
Los sentimientos mas vivos:
  Todo enmudece y le escucha;
Solo á su armónico silbo
La alondra allá de las nubes
Responde en agudos pios:
  Pios que dilata el eco,
Y el mas ardiente al oirlos
Hasta rendirla redobla
Sus penetrantes suspiros;
  Que el viento hinchendo incesantes,
Cada vez mas peregrinos
Alza el júbilo en sus alas
A las cumbres del olimpo:
  Y el valle todo es delicia,
Y armonía el cefirillo,
Vivas de triunfo las aves,

Y embeleso los sentidos.
  Pues tantas salvas y cantos
Obra son, Delio querido,
De la libertad felice
Que ha logrado el pajarillo.
  Cual rota la odiosa valla
Que embarazó su camino,
Se derrama el arroyuelo
Por todo un valle florido,
  Y bullendo entre las guijas,
O adurmiéndose tranquilo,
Es del ánimo y los ojos
Distraccion y regocijo.
  Yacia el mísero esclavo
Entre los dorados hilos
Y el encierro de una jaula,
Pendiente de ageno arbitrio.
  Solitario y triste en ella
Sin hermosura ni aliño,
Siempre el alma en sus amores,
Siempre azorado y esquivo,
  Acordando aquellas horas,
Cuando en el sagrado asilo
De su nido acompañaba
A su esposa y dulces hijos,
  O asentado en algun ramo

Orillas del manso rio
El murmullo de sus ondas
Remedaba entretenido.
En vano sobre él el tiempo,
Para olvidarle benigno
De su esclavitud odiosa,
Tornaba en plácido giro
Del Mayo las lindas flores,
La blonda mies del estío,
O del sosegado Octubre
La frescura y los racimos;
Pues siempre en su estrecha cárcel,
Mordiendo infeliz los grillos,
Lloraba sus desventuras
Sin mejorar su destino,
Cuando un acaso dichoso,
O el cielo apiadado quiso
Que á su libre ser volviese,
Y á morar su antiguo nido:
Y asi bullicioso y loco
Y en movimiento continuo
Salta y bulle, y trisca y canta,
Todo júbilo y cariños.
Otro tanto me sucede
Despues que exento me miro,
Y que lancé de mi cuello

El yugo de Amor indigno.
Que señor de mis deseos,
Y en gloriosa paz conmigo,
Sin comprar un falaz gozo
Con un siglo de martirios,
Siempre el sol claro me luce,
Siempre alegre canto y rio,
Llenando mis faustos dias
Las Musas y mis amigos.

ROMANCE XXXVIII.

LAS VENDIMIAS.

Ya dió alegre el fresco Otoño
La señal de la vendimia,
Y su voz redobla el ecó
Por los valles y colinas.
Del peso dulce y opimo
De sus racimos vencida
Al suelo la vid pomposa
La frente encorvada inclina;
Y entre el desmayado verde
Que su follage marcilla,
Cual encendidos topacios
Las doradas uvas brillan:

O como el negro azabache
Que á la noche desafia
Agrupándose, el deseo
A su robo solicitan.
Alzándose el sol radiante
En brazos del nuevo dia,
De Baco los largos dones
A recoger nos convida.
Las cestas pues se preparen,
Ordénense las cuadrillas,
Y al campo salid gritando:
„Honor al dios de las viñas."
No haya escondido racimo
Que se escape á vuestra vista,
Que no corte vuestra mano,
Y el cuévano no reciba.
Dadme una cesta, muchachas,
Que quiero en tanta alegría
Compañero ser dichoso
De vuestra dulce fatiga.
Y allá en las tristes ciudades
Dejad que míseros giman
Revueltos en mil cuidados
Los necios que las habitan:
Que yo en los campos me gozo
Y en su soledad tranquila;

Y el afan de sus labores
El pecho me vivifica.
¡O cómo á la par por todos
Vuelan el gozo y la risa;
Y las picantes tonadas
Nos entretienen y animan!
Hinchendo el plácido viento
Su estrépito y gritería,
Que á los mas tibios inflaman,
Y la licencia autorizan.
Ved como Felicio el lado
Buscó de su-amada Silvia,
Y los racimos le toma,
Y en el trabajo la alivia;
Mientras entre Arcadio y Delio
Se turba Nise indecisa,
Y á sus chanzas y cantares
Enmudece como niña.
Daliso alli mas osado
Corre tras Filis la linda,
La de los divinos ojos,
Y de voz muy mas divina:
Y tomándola en sus brazos,
Por mas que resiste y lidia,
Con el mosto de un racimo
Le rego frente y mejillas.

Y Enarda la bulliciosa
Allá con sutil malicia
Para su cesta se lleva
Cuanto á la de Silvio quita.
Todo es obra de las copas
Que Baco jovial nos brinda,
Y en placer nos enloquecen,
Y al Amor dan osadía.
¡Loor al dios, que en su triunfo
Nos trajo allá de la India
Con la vid el süave néctar
Que sus racimos destilan!
¡Al de juventud perenne,
Que en faz riente y benigna
Ora estos dulces racimos
Tan liberal nos prodiga!
Seguid, seguid bulliciosos
Con solícita agonía,
Que el júbilo bien no hermana
Con la flojedad indigna.
Ved por las cumbres del cielo
Cual alzándose camina
Rápido el sol, y sus pasos
Culparán nuestra desidia:
Que él tambien reina en las vides,
Fausto los racimos cria,

Y hoy lo acerbo de sus granos
Torna en delicioso almibar.
Pero con nueva algazara
Los victores se repitan,
Que el carro en triunfo á la aldea
Lleva las uvas cogidas.
Órnanle á trechos colgando
Cual vencedoras insignias
Los vástagos mas frondosos,
Que el viento ondeando agita.
Y su próspera llegada
Con su bullicio anticipa
Un tropel de alegres niños,
Que en torno corriendo gritan.
Recíbelas la ancha troje,
Que las macera, y envia
Do el lagarero enmostado
Con membrudo pie las pisa:
Y remedando al beodo
Que ya en sus pasos vacila,
Ora titubeando marcha,
Ora sobre un pie se libra,
Y ora al monton mal hollado
La altiva frente domina,
Carga, lo derrama, y vuelve,
Y se hunde hasta la rodilla.

Rueda el torculo gimiendo,
Y con inmensa ruina
Desciende el molar enorme,
En que su presion estriba.
Corre en arroyos el mosto;
Y Baco la sien ceñida
De las hojas de sus parras
Desde una cuba lo mira.
Los silenos de su corte
En torno danzando giran,
Del licor sus tazas llenan,
Y beben, y al dios lo liban:
Licor hoy de áspero gusto,
Mas que hervido será un dia
Mas bien que el néctar de Jove
El bálsamo de la vida:
El que alegre los banquetes,
Dé al Amor nuevas delicias,
Abra al misterio los labios,
Y en placer torne las iras.
Y él corre, y corre espumoso
Hasta las hondas vasijas;
Y en ellas cual un torrente
Sonando se precipita.
Todos batiendo las palmas
Aplauden á su caida:

La taza en las manos rueda,
Y á un dulce delirio incita:
Quien canta, ó quien loco rie,
Balbuciente aquel se explica,
Y hundírsele aquel la tierra
Siente, y se afana en asirla:
Uno en fraternal abrazo
Va, y con su rival se liga,
Y otro al beber con el mosto
Barba y pecho se rocía:
Y todo estrépito insano,
Todo algazara festiva,
Muy mas fervientes con ellos
Los brindis se multiplican.
Asi triunfa el dios del vino,
Asi su inmortal bebida
Borra los cuidados tristes,
Los ánimos regocija.
En tanto del negro ocaso
Desciende la noche umbria,
Y su manto de luceros
Tiende á la atónita vista.
Ábrese la alegre danza,
Vivo el crotalo repica,
Y el ruidoso tamborino
Un nuevo delirio inspira.

Los jóvenes con mil pruebas
De destreza y gallardía
Ante sus bellas se ufanan,
Sus lentos pasos aguijan.
¡O qué mudanzas y vueltas!
¡Con qué donaire y medida
Bate la planta la tierra,
Los brazos se abren y animan!
Delio á Nise estrecha ardiente,
Silvia á Felicio va unida,
Daliso á Fílis rodea,
Y con Silvio Enarda trisca.
Todos aplauden y gozan,
Todos bullen á porfía,
Y en el calor con que Baco
Las llamas de Amor atiza,
No hay quien baile indiferente,
Ni vendimiadora esquiva,
Alternando con las danzas
Los brindis y ardientes vivas.
Asi el cansancio en los brazos
Del regocijo se olvida,
Y alegres nos ve la Aurora
Correr de nuevo á las viñas,
A seguir con las tonadas
La labor entretenida,

Que huye el sol, cesa; y la noche:
Con otro baile disipa.
  Cuando yo estos dulces versos
Cantaba á mi fácil lira,
En el ocio de mi aldea
En gloriosa paz vivia:
  Despues ominoso el hado
Me arrastró á las grandes villas:
Vi la corte, y perdí en ella
Cuanto bien antes tenia.
  Y asi abrumado de afanes,
Siempre en duelos y agonías,
¡Quién, exclamo, se volviese
A su aldea y sus vendimias!

ROMANCE XXXIX.

EL NÁUFRAGO.

¿Cuándo, inconstante fortuna,
Dejarás de perseguirme;
Ni será blanco á tus tiros
Mi corazon infelice?
  ¿No eran ya, dime, sobradas
Tantas marañas y ardides,
Y las traiciones y males

Que hasta aqui, cruel, me hiciste?
Desde los pasos primeros
Que dio en la senda difícil
De la vida mi inocencia,
Siempre enconada me afliges.
Siempre, cuando mas lumbroso
Y en calma mas bonancible
A resplandecer un dia
Empezo á mis ojos tristes,
Burlando al ciego deseo,
Se alzaron á sumergirle
En caliginosa noche
Cien tempestades horribles.
Sembré trigo, y cogí abrojos.
La vida ignorada y libre
Que mi corazon ansiaba
Llegó un instante á reirme.
¡Cuán rápido fue este instante!
Tú en él mis venturas viste,
Y en tus redes engañosas
Envolviéndome invisible,
Me arrastraste al mar ondoso,
A arrostrar las fieras lides
De los enconados vientos
Entre Scilas y Caribdis.
¿Cómo escapar del naufragio

Pudiera mi leño humilde?
¿O en las despeñadas olas
Vagar, y en ellas no hundirse?
Fue mi salud una playa,
Do á la envidia inaccesible
De la bondad en el seno
Viví tranquilo y felice:
Do rotos los crudos lazos
Con que atado antes me vide,
Libre ante la faz del cielo
Pude y honrado decirme.
Tan alto bien, cual los sueños
Que en los aëreos pensiles
De la ilusion embriagada
La imaginacion concibe,
Volo fugitiva sombra;
Cuando á mí airada volviste
Fortuna, y con férreo brazo
Precipitando mi esquife
De nuevo al agua, la muerte,
La muerte si lo resistes
Te aguarda cierta, gritaste;
Y yo en medio un mar sentime.
¡Pero qué mar! ¡qué borrascas
Y huracanes tan terribles!
¡Qué vértigos! ¡qué á los cielos,

Sus rizas olas subirse,
Y luego en inmensos tumbos
De violencia irresistible
Estrellarse entre las rocas,
A tal ímpetu mal firmes!
Velada la lumbre clara
Del polo en un denso eclipse;
Perdido el rumbo, y sin puertos
Donde náufragas se abriguen,
Yo vi cien famosas naves
Sin piloto que las guie,
Rotos ya timon y quilla,
Súbito ¡oh dolor! hendirse:
Y vi sus ricos despojos
Entre las vadosas sirtes
Encallar, y con sus dueños
En los abismos sumirse.
Do quier la espantable muerte
El viento á sus iras sirve,
Su brazo hiere incansable,
El ponto en sangre se tiñe:
Cual nada y se agita en vano,
Cual pugna á una vela asirse,
A uno la ola hunde cayendo,
Y otro se salva entre miles.
Yo en la agonía, y temblando

Irme cada instante á pique,
Clamé fervoroso al cielo,
Y el cielo se digno oirme:
　Que á la bondad jamas deja
Que desvalida suspire;
Y al que rendido le implora
Siempre benévolo asiste.
　Al fin quebrantado y laso
A tu ribera acogime,
O Garona, do en mis males
Hacer una tregua quise.
　¡Ay! en peregrinas playas
Ninguno sus dichas cifre:
La desgracia es ominosa,
Y del pobre todos rien.
　Náufrago, extrangero, errante,
Ni un pecho hallé que sensible
Ni una lágrima vertiese
Sobre el dolor que me oprime:
　Ni uno que enjugase al menos
Las que derramaba tristes,
Ni uno en fin con quien el mio
Lograra amoroso abrirse.
　Asi desdeñoso, helado,
Cuando todo cuanto existe
Renace en vitales llamas,

Me es su delicia insufrible.
En vano ya Primavera
De luz y de flores ciñe
Su sien purpúrea, y del año
A los destinos preside:
Sus aromas deliciosos,
Los riquísimos matices
Con que engalana la tierra,
Que de verde y güalda viste,
Me son de mortal zozobra
Pintándome otros paises,
Y otros tan prósperos dias,
Cual son estos infelices.
Todo me abruma y desplace:
En mil inventos sublimes
Que un tiempo indagar ansiara,
Nada hay que mi anhelo excite.
Mi lira, á la mano indócil,
Pulsada el son no repite,
Aunque sus himnos canoros
El mismo Apolo la inspire:
Y el ardor con que en las alas
Del genio hasta los confines
Me alcé del inmenso cielo,
En sueño eterno se extingue.
Mis ojos, bien como al polo

Fijo el iman se dirige,
Asi hácia España se vuelven,
Y aun verla ilusos se fingen.
Alli el nevado Moncayo
Con las estrellas se mide;
Y allá el yerto Guadarrama
Las dos Castillas divide:
Derrámase undoso el Bétis
Regando allá sus pensiles;
Y alli el Tajo á su alto dueño
En feudo su oro le rinde:
En Madrid el régio alcázar
Descollándose preside
A cien fábricas, y todas
Acatan su planta humildes.
¡Ay! este embeleso insano
Ya llega tan vivo á herirme,
Que el llanto mis ojos ciega,
Y es fuerza que los retire.
Asi de esperanzas solo
Mi llagado pecho vive;
Sin que haya ni un breve instante
Que de ti, España, me olvide.
¡Dulce patria! mientras llego
Contigo dichoso á unirme,
Mis encendidos suspiros

Como de un hijo recibe.
Mi corazon vuela entre ellos,
Que por honrado y por firme
Tu amparo y favor merece;
Y con el mas fiel compite.
Tú eres todo á mis deseos:
Tú si enconos me persiguen,
Tú si envidias me oscurecen,
Todas mis penas redimes.
Tu amor en mis venas hierve;
Y con tus gloriosos timbres
Me gozaré envanecido
Mientra el seno me palpite.
Necesidad imperiosa
Me echó de tí, bien lo gime
Mi bondad, y esta memoria
De crudo dogal me sirve.
Mira pues cual madre tierna
Una desgracia imposible
De contrastar; y en tus ojos
De mi paz mire yo el íris.
Caiga la discordia impía:
No mas en tu seno atices
Su volcan; y hunda el averno
Odios y memorias viles.
Húndalos, y de tus hijos

No mas ilusa te prives,
No mas sus votos desdeñes,
No mas la virtud mancilles.
¡Oh! ¡cuándo este ansiado dia,
Que con mil lágrimas pide
Mi dolor al justo cielo,
Fausto empezará á lucirme!
¡Cuándo en tu plácida orilla
Que ora Abril de flores viste
Podrá, humilde Manzanares,
Volver mi cítara á oirse!
¡Y mis lágrimas de gozo
Se unirán con tus sutiles
Claras linfas, y mis cantos
Con tu murmullo apacible;
A par que de mis naufragios
Cual otro paciente Ulises
Las lamentables historias
Repita seguro y libre!
¡Cuándo mis estrechos lares
Que hoy en soledad se aflige
Sin su dueño, salvo y ledo
Tornarán á recibirle,
Donde en venturoso olvido
Reire y en pobreza humilde,
Sin que ni zelos ni encónos

Contra su bondad conspiren!
¡Al ver mis dulces amigos,
¡Ay! será que fino á unirse
Mi pecho á su pecho llegue,
Y su ardor les comunique:
Hallando en sus tiernos brazos,
A mi eterno amor sensibles,
Un puerto, do al fin gozoso
Por siempre y en paz respire!
¡Cuándo, cuándo, patria mia,
Lograré feliz decirte:
Ya te abrazo, el noble feudo
Grata de mi amor admite!
Admítelo, y con tu nombre
Mi nombre orgulloso brille,
Y con tu vida mi vida
Por siempre se identifique:
Que jamas ni fuerza humana
De tí podrá dividirme,
Ni hasta el último suspiro
Cesaré fiel de servirte;
Siendo en él mi anhelo ardiente
Que con gloria inmarcesible
Brilles asi entre los pueblos,
Y el cetro augusta sublimes,
Cual el sol, padre del dia,

Cuando descollando rie
Por oriente, que los astros
Se hunden ante él invisibles.
¡Cuándo... un náufrago en desgracias
Muy mas que en cantar insigne
Asi hablaba con su patria,
Cual si ella cuidase oirle!
De súbito mil recuerdos
El corazon le comprimen,
Su lengua el dolor le anuda,
Sus quejas el llanto impide;
Y á España vueltos los ojos,
¡Ay amada España! dice:
El eco en torno vagando
¡España! ¡España! repite.

ROMANCE XL.

LOS SUSPIROS DE UN PROSCRIPTO.

Era la noche, y la luna
Su carro al cenit subia,
El adormecido mundo
Bañando en su luz benigna.
Todo sin accion callaba:
Su ala apenas fugitiva

Batia el blando favonio
Bullendo en la selva umbría:
O algun ave solitaria
Gritando despavorida,
El imperio de las sombras
Mas melancólico hacia,
Del fúnebre aciago canto
Las cláusulas repetidas
En la voz del eco triste
Por las opuestas colinas:
Cuando un infeliz proscripto
A quien sus cuidados privan
Del sueño, que á los dichosos
Solo plácido visita,
Sobre una escarpada roca
Que el horizonte domina,
Y libre á los ojos deja
El paso á las dos Castillas,
Pensando en las dulces prendas
De su amor y sus delicias,
Bañado en lágrimas tristes
Asi angustiado decia:
Volad, dolientes suspiros,
Hasta mi esposa querida,
Muy mas que yo afortunados,
Y llevadle el alma mia:

Llevadle de este infelice
Las lágrimas encendidas,
Y la indeleble memoria
De nuestras pasadas dichas.
Id, suspiros, y llevadle
La fe inalterable y fina
De un esposo que la adora,
Y vive porque ella viva.
Id, volad, suspiros mios,
Y á mi idolatrada hija
Llevad el ósculo dulce,
Que un tiempo darle solia.
¡Ay, ya no; que blanco triste
Del encono y la mentira,
Padre infelíz, ver no puedo
Ni sus juegos ni sus risas.
No gozar de su semblante
La sencillez expresiva,
Ni una gracia, un solo halago
De cuantos lobo le oia;
Ya si entre amables gorgeos
Tendidas las manecitas
Que en mis brazos la tomase
Solicitaba festiva:
Ya si en mis tiernos cariños
Las bulliciosas pupilas

De sus ojuelos de gloria
Se gozaban en mí fijas:
O si de su hermosa madre
En el seno adormecida,
Aun en su feliz reposo
A nuestro amor sonreia.
¡O Dios! todo ha fenecido:
Todo una estrella maligna,
Todo lo trocó en las furias
Que hoy mi espíritu atosigan:
Que en un horroroso caos
Envolviéndolo me abisman;
Y á mil altas esperanzas
Por siempre el verdor marchitan.
¡Mísero! rotos los lazos
Que con la patria me ligan,
Mi honor y pobre fortuna
A merced de la malicia;
Errante, en suelo extrangero,
En olvido á mi familia,
Y á mis amigos falaces
Ocasion de burla impía,
¿Qué por apurar me queda?
¿Ni en tal colmo de desdichas
Dónde hallar quien de mis hados
Benigno temple las iras?

Solo tú, adorada esposa,
Tú eres solo quien mitiga
Con su constancia mis males,
Y con tu virtud me animas.
Tú en cuya bondad me apoyo;
Que angelical dulcificas
Con tus cartas de mis ansias
El insoportable acíbar.
Asi la infeliz memoria
Clavada en tí noche y dia,
En este abismo espantoso
Puedo soportar la vida.
¡Vida.....! no asi, esposa, llames
La lentitud infinita
Con que sobre mi existencia
Aherrojado el tiempo gira:
Este cavilar eterno,
Este sin hallar salida
Vagar en la incertidumbre
Mas dolorosa y sombria;
Hundiéndose asi los meses,
Siempre en la misma fatiga
De ansiar un fin que no llega,
Y en que el ánimo agoniza.
¡O horror! ¡o ultraje! ¡ó despecho!
Las lágrimas mis mejillas

Cual de dos fuentes inundan,
Y el seno ahogado palpita.
  Todo mi ser se estremece,
Y hasta mi existencia misma
Me es en horror al sentirme
Sin mi dulce compañía.
  ¡Yo no las veré.....! ¡por siempre
Sin su amor y sus caricias,
Hasta que la cruda parca
Mi lazo mortal divida!
  Sin tener ¡ó desconsuelo!
Tal vez ni una mano amiga
Que mis apagados ojos
Cierre en mi última agonía:
  Ni quien en la humilde tumba
Con entrañas compasivas
Algunas lágrimas vierta,
Y el eterno adios me diga.
  Y ellas en su inmenso duelo
Vagarán llorando, heridas
Del grito y los rudos golpes
Que contra mí el odio vibra:
  Pobres, míseras, holladas,
Demandando á la codicia
El pan de dolores lleno,
Que la indigencia mendiga.....

¡Ay! guardad, queridas prendas,
Con religion santa y pia
De un padre y un fino esposo
Los ayes que hoy os envia:
Guardad, ídolos del alma,
La que entre ellos confundida
Para vos se exhala ardiente,
Y allá unánimes partidla.
Vendrá un tiempo en que estas ansias,
En vuestra horfandad esquiva
Recuerdos mil renovando,
De consuelo y paz os sirvan,
Cuando yo en eterno sueño
Descanse en la tumba fria,
Do se extinguirán las teas
Que hoy ciego el error agita:
Que alli la envidia no muerde,
El engaño no fascina,
Ni con su tósigo abrasa
La calumnia fementida.
¡Infelices! ¡por qué estrella
Se ve con mi suerte unida
Vuestra suerte, y á los cielos
Un amor tan santo irrita!
Dichosas sin mí vosotras,
Yo sin las dos me reiria

De cuantos con necio encono
En mi perdicion conspiran.
  Los hombres herirme pueden;
Pero mi honor sin mancilla
Brillará como el sol claro
Cuando un instante se eclipsa,
  Que luego muy mas lumbroso,
Su frente alzando divina
Las nieblas que le oscurecen
Al abismo precipita.
  Vendrá un dia, en que imparciales
La razon y la justicia
Me honrarán cual hoy me infaman
La impostura y la perfidia:
  En que los gritos falaces
Con que hoy el vulgo alucinan,
La verdad los enmudezca,
La religion los proscriba,
  Adornando el triunfal lauro
La frente que ora abatida
Cual marchita flor, apenas
En su oprobio al cielo mira.
  ¡Oprobio.....! no amada esposa;
El oprobio es la injusticia:
La virtud es noble y fiera:
El delito solo humilla.

¡Ay! ¡si yo verte alcanzase!
¡Si en mi proscripcion indigna
Me diesen gozar tu lado,
Y el de esa adorable niña!
¡Si yo vuestro llanto triste,
Y el que mis ojos destilan
Enjugáseis vos, en uno
Nuestras lástimas fundidas,
Como tres débiles plantas
Que abrazándose se afirman
De los recios vendavales
Contra las horridas riñas!
Mi ansiar fuera entonces menos;
Mas lejos de vuestra vista
No hay mal que el alma no tiemble
De cuantos fiel imagina:
Yendo en alas del cuidado
Con incesante corrida,
Donde el amor y el deseo
Su bien y su gloria cifran.
Allí, prendas adoradas,
Os oigo, os hablo, y perdidas
Viéndoos por mí, con vos lloro
En vuestra inmensa ruina.
Apoyadas en mi seno,
En el vuestro se reclina

Mi dolor, en uno unidos,
Cual lo estan las almas mismas:
Y asi vuestros blandos ayes
Mi labio anheloso aspira;
Y vuestro llanto y mi llanto
En uno se identifican.
O bien ya plácido el cielo
Los pesares se me olvidan,
Gozo mis ansias se vuelven,
Mis lágrimas dulce risa:
Soñándome que el encono
Y la calumnia homicida
Deshechos, sus impías tramas
Ya la verdad ilumina.
Y volando á vuestros brazos
En celestial alegría
Me anego yo, entre los mios
Os perdeis en mis caricias:
Y en pos me aclaman los buenos,
Y mis méritos se estiman,
Tierna la patria me abraza,
Y mis amigos me abrigan.....
¡Pero qué míseras quejas,
Qué plegarias doloridas
Mi oreja afligen.....! ¡qué sombras
Llorosas á mi se inclinan!

Desaliñado el cabello
Y las ropas mal ceñidas,
Sin aliento en las tinieblas
Su planta débil vacila.

¡A gemir tornan de nuevo.....!
Mi azorada fantasía
Me finge las formas tristes
De mi esposa y de mi Elisa:

Las formas ¡ah! no las gracias
Que un tiempo me embebecian,
De la madre el gentil talle,
Tu inocencia, infeliz hija.

Ellas son..... ellas son..... ¡cielos!
Ya vuestra piedad benigna
Oyó mis fervientes ansias;
Y mis dolores se alivian.

Venid, venid á mis brazos,
Hija, esposa, fiel amiga;
Llegad, amparo y consuelo,
Y mitad del alma mia.

Ya soy feliz con vosotras;
Abrazadme, y que indivisas
Nuestra vida y nuestra suerte
Una por siempre se digan.

Aqui será nuestra patria:
Lejos aqui de la envidia

Un nuevo Eden plantaremos
Para los tres de delicias:
Un Eden do inaccesibles
A las viles arterias
De la traicion, al engaño
Que cuando halaga asesina,
Respiremos ya dichosos,
Y en inefable armonía
La inocencia y paz gocemos,
De que los hombres nos privan.....
Acercábanse las sombras,
Y él ambas manos tendidas
A abrazarlas cariñoso
Recibiéndolas corria;
Empero al querer tocarlas,
Horrísono el viento silba,
Las sombras desaparecen,
Y la ilusion se disipa.
Cayó desmayado: el alba
Sumido en su inmensa cuita
Le halló otro dia, en su llanto
Bañándole enternecida;
Mas vuelto en sí con sus fuegos,
La vista en el cielo fija,
Y de nuevo ¡ay dulce esposa..... !
¡Ay hija infeliz! suspira.

ROMANCE XLI.

MIS DESENGAÑOS.

Un tiempo en las dulces redes
Del Amor viví cautivo;
Canté alegre su embeleso,
Lloré zelos y desvíos.
Las halagüeñas miradas
De unos ojos que festivos
Cuantos miraban rendian
Con su donaire y su brillo,
A mí ciego me trajeron,
Gozando en ellas los mios
Gloria tal, que aun me enloquece
Cuando á solas la imagino.
Luego un habla y una boca
Tan linda, de tal hechizo,
A tan altos pensamientos
Y un talento tan divino
Se unieron, que cuanto cabe
En delicias y martirios
Sufrir pude desdeñado,
Disfruté favorecido.
Sueño fugaz mis niñeces,

A sus ardientes delirios
La austera razon opuso
Sus celestiales avisos.
Lloré, y dolíme; y ansioso
De otros bienes con altivo
Pensamiento de las ciencias
Sondar osé los abismos.
La augusta filosofía,
Sus tesoros peregrinos
Ostentando ante mis ojos,
Me arrebató embebecido.
Una flor, un vil insecto,
El pintado pajarillo,
La planta, el viento, la lluvia,
Del trueno el ronco ruido,
Cuando espantosa la nube
Desgarrándose, del vivo
Relámpago nos deslumbra
El rápido ardiente giro;
El murmullante arroyuelo,
Que saltando fugitivo
Entre guijuelas y flores,
Va á perderse en el gran rio;
Mientras él sus ricas ondas
Rueda con pasos torcidos,
Regando cien largas vegas

Otro siempre, y siempre el mismo,
Fueron mi incesante estudio:
Vióme entre su horror tranquilo
La noche, me halló la Aurora
Mudo extático en mis libros.
O bien con alas de fuego
Perderme en vuelo atrevido
De la nada y del espacio
Por el inmenso vacío
Hasta topar con el trono,
Que en las cumbres del Olimpo
Asentó aquel que modera
La eternidad y los siglos.
¿Y con qué fruto? á las gratas
Ilusiones que de niño
Me embriagaban, sucedieron
Mil tétricos desvaríos.
Dudar, cavilar, y nada
De cierto; vago, perdido
De encontradas opiniones
Por un ciego laberinto,
Sin alcanzar quien me diese
De Ariadna el feliz hilo
Para seguirle; ó me alzase,
Natura, tu velo umbrío.
Quise apurar de los seres

Las esencias, el destino
Que á ella senalarles plugo
En este todo infinito:
De do su hoguera alimenta
El claro sol, qué principio
Concita el plácido viento
En rápidos torbellinos:
Por qué el inmenso Oceano
Va, y huye, y torna impelido
De una ley siempre constante
De la playa á sus dominios.
Por qué.... vendados los ojos
Corrí, cual errado el tino
Da el viandante en negra noche
De uno en otro precipicio.
Entonces mi hidalgo seno
La ambicion de mil prestigios
Llenó, arrastróme á la corte,
Y engolfóme en sus peligros.
¡Oh qué dias! ¡qué zozobras!
Siempre del ageno arbitrio
Colgado, aherrojado siempre
Cual vil esclavo entre grillos:
De crímenes rodeado,
Con labio y ceño sombríos
Aunque lo llorase el alma

Implorando su castigo;
  Y de ellos y la inocencia
Oyendo el mísero grito,
El crujir de las cadenas,
Y del hambre los suspiros:
  Ir, volver, buscando ansioso
La dulce paz, el desvío
De un cargo en que ahogarme tiemblo,
Aun hoy que lejos lo miro.
  Llamábame con la aurora
Ya su enojoso ejercicio:
Era la noche, y gemia
Del arduo peso oprimido.
  Jamas á las dulces Musas
Debí entonces ni un alivio,
O á la celestial Sofia
Una mirada, un cariño.
  ¡Horas, que perdidas lloro;
Que á mi espíritu habeis sido
Tósigo y dogal de muerte,
Jamas volvais á afligirlo!
  Quien quiera puestos y corte
Por mí los goce: á los tiros
De la envidia oponga el pecho;
Y llore mientras yo rio.
  ¡Yo reir! no; que si el cielo

Me salvó por un prodigio,
Llevando á seguro puerto
Mi zozobrante barquillo.
No empero fui mas dichoso;
Cuando ¡oh dolor! combatido
De la mas fiera borrasca
Apenas hallé un amigo.
Sufríla callado y solo;
Y en su ominoso conflicto
Llegó el santo desengaño
A alumbrarme aunque tardío.
Un fatal velo á mis ojos
Se descorrió: en mi retiro
Solícito estudié al hombre,
Y lloré habiéndole visto.
Lloré y suspiré aunque en vano
Tras un error, que benigno
Me aduló, sombra engañosa
Que un rayo de luz deshizo.
Sensible, indulgente y bueno,
Juzgándolo por mí mismo
Lo creyera, y con los tristes
Oficioso y compasivo;
Y no hallé en él sino engaño,
Dureza, odioso egoismo,
En el labio las virtudes,

Y en el corazon los vicios:
  Llorando pérfida hiena,
Para devorar impïo
Al infeliz que á acorrerle
Crédulo á sus lloros vino.
  ¡Cuánto he trabajado, cuánto
Por salvarle; y ha gemido
Mi razon siempre ocupada
En dorar sus extravíos!
  ¡Extravíos! aun ahora
Fascinarme solicito,
Y á la luz cierro los ojos,
Y á la verdad el oido.
  ¡Oh verdad, verdad! ¡qué amarga
Me afliges! mi ardiente ahinco
Del bien déjame piadosa,
Gozaré cuanto imagino:
  Déjame idólatra ciego
De este bien, que en sus caminos
Honre al mortal, y lo vea
Cual su Autor formarlo quiso.
  Quien quiera mi engaño ria,
Mientras yo en él embebido
La virtud adoro, y corro
Tras su celestial hechizo.
  Mi ilusion es un consuelo,

El desengaño un martirio:
Mas quiero soñar virtudes,
Que ver y llorar delitos.
Ni busco ni huyo los hombres,
Pero mi trato es ccnmigo;
Que un Dios y sus pensamientos
Bastan á un arrepentido.
Con ellos solo en los campos
Soy hombre y libre respiro;
Y alzándome á un cielo inmenso,
De otras grandezas me rio.
Tranquilo y en paz con todo,
Ni agenas glorias envidio,
Ni zelos doy con mi suerte,
Ni de ofensa á nadie sirvo.
Trabajo en hacerme bueno;
Busco en ánimo sencillo
La verdad, y para hallarla
Naturaleza es mi libro.
Ella es la regla segura
Que en mi humilde vida sigo;
Y á su voz docil mis votos
Y necesidades mido.
Sus galas me dan los valles,
El bosque encantados sitios,
Las aves canoro aplauso,

Mi estrecha casilla abrigo.
 Asi del ocio y los años
Burlando el cansado hastío,
Olvidado y muerto en este
Un mundo mejor habito.

DOÑA ELVIRA.

ROMANCE I.

No sé qué grave desdicha
Me pronostican los cielos,
Que desplomados parecen
De sus quiciales eternos.
Ensangrentada la luna
No alumbra, amedrenta el suelo,
Si las tinieblas no ahogan
Sus desmayados reflejos.
En guerra horrible combaten
Embravecidos los vientos,
Llenando su agudo silbo
De pavor mi helado seno.
Atruena el hojoso bosque;
Y parece que allá lejos
Llevados sobre las nubes
Gimen mil lúgubres Genios.
Hados, ¿qué quereis decirme?
¿O qué amenaza este estruendo,
Este confuso desorden
Que en naturaleza veo?
Asi hablaba Doña Elvira
Encerrada en su aposento,
Cuando la callada noche

El mundo sepulta en sueño.
  Ella vela: sus cuidados
No permiten que un momento
Halle el ansiado reposo,
Cierre sus ojos Morfeo.
  Doña Elvira, que viuda
Del Comendador Don Tello,
Señor de Herrera y las Navas,
Castellano de Toledo,
  Bajo un sencillo tocado
Cubierto el rubio cabello,
Sin sus oros la garganta,
Y el monjil y saya negros,
  En soledad y retiro,
Sumida en dolor inmenso,
Diez años há que le llora
Como le lloró el primero.
  En vano el Abril florido,
Lanzando al áspero invierno,
Rie á la tierra, y la alfombra
De galas y verdor nuevos.
  En vano el plácido Octubre
Renovando los misterios
De Baco, tras Sirio ardiente
Se ostenta de frutas lleno.
  Ella insensible á sus dones

Llora siempre en el silencio
De la noche, cuando al mundo
Alegra lumbroso Febo.
  Era Don Tello esforzado;
Tuvo el renombre de bueno,
Murio en la toma de Alhama
De heridas y honor cubierto.
  Un hijo solo fue el fruto
De su amor fino y honesto,
Como su padre valiente,
Como Dona Elvira bello:
  Que tambien contra los moros
Cual mil famosos guerreros,
Doncel de Isabel la sirve
En el Granadino cerco;
  Mientras la penada madre
Entre zozobras y miedos,
Cuanto por su padre un dia
Hoy tiembla por el mancebo:
  Si bien gallardo y membrudo,
Cual joven aun poco diestro
En repararse asaltado,
Ni en herir acometiendo.
  ¿Si será, clamaba Elvira,
Que en su juvenil denuedo
El hijo de mis entranas

Hoy me las parta de nuevo?
  Yo le miro enardecido
Picar al bridon soberbio,
Y el primero en la batalla
Correr al mayor empeño;
  Entrarse la lanza en ristre
De los bárbaros en medio,
Por ganar una bandera,
O algun noble prisionero
  Que presentar en la corte
De la Reina, como hacerlo
Mi ínclito esposo solia.....
¡Oh dolorosos recuerdos!
  ¡Madre desolada y triste!
¡Hijo infeliz! ¡cuánto tiemblo
Por tí de Muza los botes,
De Alhiatar el crudo acero!
  ¡Cuánto que ciego, olvidado
De mi amor y mis consejos,
Con un desastre consumes
Mi viudez y desconsuelo!
  ¡Ah si de tu ilustre padre
Como tienes el esfuerzo
La prudencia te adornara,
Mis cuidados fueran menos.....!
  Guardad, bárbaros; no aleves,

Si estais de sangre sedientos,
Probeis vuestros fuertes brazos
Contra ese pimpollo tierno.
¡Tantos le asaltais, cobardes,
Y seguros de vencerlo
Correis cual hambrientos lobos
A un inocente cordero!
Cual buenos solos buscadle,
Y el brazo y heróico aliento
Vereis en él, del que tanto
Temblábais grande Don Tello.
O mejor con el Maestre,
O con el Córdoba fiero
Mediros, que á todos llama
Su horrible lanza blandiendo.
¡Perdonad mi hijo querido;
Asi hallen siempre los vuestros
Ventura y prez en las lides,
Honras y amor con el pueblo!
¡Hijo amado! ¡qué de angustias
Me cuestas....! En su desvelo
Súbito de la almohada
Alzándose sin sosiego,
Corre al balcon, y escuchando
Exclama..... ¡si el escudero
Vendrá, que partió á informarse

De su salud y sus riesgos!
  Traeme fiel las faustas nuevas
Que madre tierna deseo,
Y tendrás un premio digno
De tu lealtad y tu zelo.....
  ¡Pero qué estrépito se oye!
No hay dudarlo..... pasos siento:
La marcha de algun ginete
Repite sonoro el eco.
  ¡Cuán silencioso camina!
Percibir apenas puedo
El batir del duro casco
Sobre el pedregoso suelo.
  ¿Si será que asi á deshoras
Venga alguno de mis deudos
A anunciarme las desdichas,
Que contino estoy temiendo?
  ¡Madre infeliz! ¡venturosa
La que jamas logró serlo!
No cual yo que al cielo airado
Ablandé con votos necios.
  Ella no verá sus hijos
Atravesados los pechos
De mora lanza, y segados
En su flor cual débil heno.
  No en las andas funerales

Extendidos, ni cubierto
De negros paños, y en torno
Los militares trofeos,
   Verá su féretro alzarse,
Y en un silencioso duelo
A cien caballeros nobles
De sus armas compañeros.
   No llorará como lloro,
Ni tendrá en un hilo puesto
Su vivir, temblando siempre
¡Misera! un desastre nuevo.
   ¡Cavilaciones tardías.....!
¿Por qué, por qué su ardor ciego
No contrasté cuando pude?
¿Por qué me doblé á sus ruegos?
   ¿Por qué le dejé á las lides
Partir tan niño? ¿mi seno
Desnudo, mis tristes lloros
No pudieran detenerlo?
   Sobre el umbral de rodillas
Una madre..... lejos, lejos
Mengua tal, oprobio tanto
De una Guzman y Pacheco:
   Lejos de la sangre clara,
Que al moro el puñal sangriento
Tiró contra el hijo amado

De Tarifa en el asedio.
¡Cuál se hablaria en la corte
De Isabel! ¡y qué denuestos
Los ricoshombres no harian
Al hijo y la madre á un tiempo!
¡Honor, honor castellano!
¡Inclito esposo, modelo
De valor y altas virtudes
A cristianos caballeros!
Ve desde el cielo á tu hijo,
Que tras tu glorioso ejemplo
Madre infeliz, viuda triste
Víctima á la patria ofrezco.
Tiéndele los nobles brazos,
Seguro que por sus hechos
No mancillará las glorias
De sus heróicos abuelos.
Tiéndelos, amado esposo,
Únelo á tí en nudo estrecho,
Parte con él tus laureles,
Y goza lo que yo pierdo.
Súbito un ave nocturna
Lanzando un grito funesto
Se oyo, y batiendo las alas
Volo en ominoso agüero:
Y una gigantesca sombra

Cual un pavoroso espectro
Cruzó delante sus ojos,
De horror y lágrimas llenos.
  Elvira, la triste Elvira
Aterrada y sin aliento
Cayó sobre su almohada,
Gritando: yo desfallezco.

ROMANCE II.

Yace la infeliz Elvira
Tan abismada en su estrado,
Que ni aun aliento le queda
Para clamar por amparo:
  Despavoridos los ojos
En el balcon, y temblando
Que el ave el grito repita,
De sus desdichas presagio.
  Procura alzarse, y no puede;
Tienta gritar, y es en vano,
Que la congoja y el miedo
Le ligan fuerzas y labio.
  Asi la encontró la aurora
Anegada en lloro amargo,
Cuando ella flores y perlas
Derrama de su regazo.

Zaida su esclava querida
En angustia y duelo tanto
Fue de todas sus doncellas
La sola que hallo á su lado:
Zaida, que aun nina en la corte
Que baña el Genil y el Darro,
Con su virginal belleza
Hizo á mil libres esclavos:
La que en su donaire y gracias
De la Alhambra en los saraos
Desperto tantas envidias
Como dio vueltas danzando.
Abencerrage y Vanegas,
Nombres cuyo lustre raro
Al sol empaña, y columnas
Son del pueblo y del Estado.
Cautiva la hizo Don Tello,
Y Elvira en felice cambio
Por endulzar su desgracia
Le dio de amiga la mano.
Esta, que al alba antecede,
Para sentir sus agravios,
Que nada en cautivos nobles
Es poderoso á olvidarlos:
Si ya en secreto no llora,
El tierno pecho llagado

De abrasado amor, al mismo
Que la madre está llorando.
Desvelada la echó menos,
Y solícita en su hallazgo
Topóla en su estancia triste,
Vuelta apenas del desmayo.
¿Qué teneis, señora mia?
¿Por qué en lágrimas bañados
No me miran vuestros ojos
Cuando cariñosa os hablo?
¿Qué teneis? clamaba Zaida:
¿Qué suspiros tan ahincados
Son esos, y esos gemidos
Con que pareceis ahogaros?
¿Por qué conmovido el pecho
Os bate asi? ¿por qué helado
Lo siento, y vos tan parada
Que me semejais de mármol?
Alzad, señora, del suelo,
Y en mi seno reclinaos;
Que ni él será, ni mi vida
De vuestro amor digno pago.
Dejad las ansias y duelos
A esta infeliz, que sus hados
A eterno dolor condenan
En su verdor mas lozano.

Pero vos, dulce señora;
Entre honores y regalos,
¿Por qué ese horror en el rostro,
Y esa zozobra y espanto?
Elvira á la voz de Zaida
Abrio como despertando
Sus ojos, que otra vez miran
Hácia el balcon azorados;
Y viendo que Zaida llora,
Torna al dolorido llanto:
Y ¡ay madre desventurada!
Clamaba de cuando en cuando.
¡Ave enemiga y funesta!
¡Sombra fatal.....! ¡cielo santo,
Herid, herid á la madre,
Y perdonad mi hijo amado!
Sus doncellas y sus dueñas
Alborótanse entre tanto,
Y despavoridas corren
Por su señora clamando.
Llegan, y al verla cual yace
Como el lirio de los prados,
Que ajó el áspero granizo
Roto su frondoso tallo:
Atonitas la contemplan;
Y sin osar demandarlo;

No temen ya, cierto miran
Algun lamentable caso.
Todas suspiran cual ella,
Vénla llorar, y anegado
Su rostro en lágrimas tristes,
Conmueven todo el palacio.
Asi estaba entre zozobras
Aquel afligido bando
De palomas inocentes
En ansias y sobresaltos,
Cuando á mas amedrentarlas
Un ruido de caballos
Se oyó; y en la sala vieron
Al escudero y Don Sancho.
Don Sancho, padre de Elvira,
El mas respetable anciano
De cuantos de Calatrava
Visten el glorioso manto:
Terror un tiempo del moro:
Lleno de méritos y años,
Y en su encomienda y retiro
Hoy de míseros amparo.
Llegó el noble caballero
Silencioso y mesurado,
Del escudero asistido
En sus vacilantes pasos:

Grave y plácido el semblante,
Serenidad afectando,
Pero en el suelo los ojos
Y de lágrimas preñados.
Elvira al ver á su padre,
¡Mi gozo, exclamó, el encanto
De mi vida finó! ¡ay triste!
De Santafé en el rebato.....
Quiso proseguir, y un nudo
El dolor echó á su labio;
Y en los brazos de su Zaida
Volvió á tomarla el desmayo.
El noble anciano en su apoyo
Tendió los trémulos brazos:
Con sus ruegos la conforta:
Regálanla sus cuidados.
Y Zaida cuasi sin vida,
Trémula toda, y ahogado
El pecho en ansias mortales
La está infeliz sustentando:
Mientras las fieles doncellas
En duelo y horror tamaño,
A los pies de su señora
Se precipitan gritando:
¡Ay desventurada Elvira!
¡Ay malogrado Fernando!

¡Ay! ¡ay Fernando! retumban
Los artesones dorados.

Volvio en fin Elvira triste
De su profundo letargo;
Y ¡ay padre, otra vez exclama,
Ya acabo mi hijo adorado!

¡Su sombra, su infausta sombra,
Y de un ave el grito aciago
Nuncios á esta infeliz fueran
De tan pavoroso estrago!

¿Qué es esto, Elvira querida?
¿Qué es esto, señora? ¿cuándo
Ni la constancia en tu pecho,
Ni la religion faltaron?

¿Cuándo, cuándo esperé verte,
Cual hoy sin mesura te hallo,
Sin escuchar mis avisos,
Ni hacer de mis ruegos caso?

Niña perdiste á Don Tello,
Y fue inmenso tu quebranto;
Pero jamas, hija mia,
Te abatieras á este grado.

Si murió..... á esta voz terrible
A Zaida se le nublaron
Los ojos, y un grito agudo
Su amor lanzó involuntario.

Si murió Don Sancho, sigue
Con tono grave y posado,
En el cielo está, señora,
Su buen padre acompañando:
Mártir ilustre y dichoso,
De glorias brilla colmado.
¡Diérame esta suerte el cielo
Por premio de mis trabajos!
Pagó esforzado á la patria
La deuda que un pecho hidalgo
Desde que nace le debe,
Que sus mayores pagaron.
Sintió de su heroica sangre
El noble ardor, y emulando
De sus ínclitos abuelos
Los fechos mas señalados,
En su juventud florida
Sus sienes ornó del lauro
Que tantos años y lides
Costáran á Tello y Sancho.
Su noble tio el Maestre,
De haberle por deudo ufano,
La roja cruz y la espada
Le ciño de Santiago.
Isabel su fin glorioso
Honró con su regio llanto,

Si antes sus altas proezas
Celebraba con aplauso.
¡Y tú lloras sin consuelo!
¡Tú lloras, porque bizarro
Siguio á tu Tello, que siempre
Le ofrecimos por dechado!
No fue asi Doña María,
Émula y muger del bravo
Guzman el Bueno, y hoy honra
De nuestro linage claro.
Si cobarde y vil se hubiese
De su batalla fugado,
Entonces sí, hija querida,
Que debiéramos llorarlo.
Entonces sí que el encuentro
De los buenos esquivando,
Andar debiéramos siempre
El rostro en tierra inclinado.
Hoy no, que en las lenguas suena
De todos; que fiel retrato
De sus mayores, cual ellos
Del honor murió en el campo.
Oye á tu fiel escudero;
Y verás como envidiado,
No planido sernos debe
De su sol el noble ocaso.

¡Hija adorada y llorosa!
Ya basta del libre vado
Que á tus sentimientos dieras,
Y es del honor moderarlos.
Cesen pues los ayes tristes,
Y ese tu gemir insano;
Ni mas me aflijas, de un padre
Las súplicas desdeñando.
Elvira á este dulce nombre
Dió á su ahogo un breve plazo;
Y apoyándose en su Zaida
Fue humilde á besar su mano.
Solícito alzóla el viejo
Con un amoroso abrazo:
Todos en silencio triste
Al escudero escuchando [1].

1 El autor habia continuado este suceso en otro romance, que se extravió despues de su fallecimiento.

SONETOS.

AL Sr. D. GASPAR DE JOVELLANOS,

DEL CONSEJO DE S. M., OIDOR EN LA REAL AUDIENCIA DE SEVILLA [1].

Las blandas quejas de mi dulce lira,
Mil lágrimas, suspiros y dolores
Me agrada renovar, pues sus rigores
Piadoso el cielo por mi bien retira.
El dichoso zagal que tierno admira
Su linda zagaleja entre las flores,
Y de su llama goza y sus favores,
Alegre cante lo que Amor le inspira.
Yo llore solo de mi Fili airada
El altivo desden con triste canto,
Que el eco lleve al mayoral Jovino:
Alternando con cítara dorada,
Ya en blando verso, ó dolorido llanto,
Las dulces ansias de un amor divino.

1 El autor dedicó estos sonetos á su amigo el año de 1776, á excepcion de cinco añadidos en esta edicion.

SONETO I.

EL DESPECHO.

Los ojos tristes, de llorar cansados,
Alzando al cielo su clemencia imploro;
Mas vuelven luego al encendido lloro,
Que el grave peso no los sufre alzados:
  Mil dolorosos ayes desdeñados
Son ¡ay! tras esto de la luz que adoro;
Y ni me alivia el dia, ni mejoro
Con la callada noche mis cuidados:
  Huyo á la soledad, y va conmigo
Oculto el mal, y nada me recrea:
En la ciudad en lágrimas me anego:
  Aborrezco mi ser; y aunque maldigo
La vida, temo que la muerte aun sea
Remedio débil para tanto fuego.

SONETO II.

EL PRONOSTICO.

No en vano, desdeñosa, su luz pura
Há el cielo á tus ojuelos trasladado,

Y ornó de oro el cabello ensortijado,
Y dió á tu frente gracia y hermosura.
  Esa rosada boca con ternura
Suspirará: tu seno regalado
De blando fuego bullirá agitado;
Y el rostro volverás con mas dulzura.
  Tirsi, el felice Tirsi tus favores
Cogerá, altiva Clori, su deseo
Coronando en el tálamo dichoso:
  Los Cupidillos verterán mil flores,
Llamando en suaves himnos á Himeneo;
Y Amor su beso le dará gozoso.

SONETO III.

EL PENSAMIENTO.

Cual suele abeja inquieta revolando
Por florido pensil entre mil rosas,
Hasta venir á hallar las mas hermosas,
Andar con dulce trompa susurrando;
  Mas luego que las ve, con vuelo blando
Baja, y bate las alas vagarosas,
Y en medio de sus hojas olorosas
El delicado aroma está gozando:
  Asi, mi bien, el pensamiento mio

Con dichosa zozobra por hallarte
Vagaba de amor libre por el suelo;
Pero te vi, rendime, y mi albedrío
Abrasadò en tu luz goza al mirarte
Gracias que envidia de tu rostro el cielo.

SONETO IV.

LAS ARTES DEL AMOR.

Quiso el Amor que el corazon helado
De Nise ardiese, y le lanzo una flecha;
Mas dió al punto á sus pies mil partes hecha
Contra su seno de pudor murado.
Solicitala en oro trasformado,
Y al vil metal con altivez desecha:
Busca al vano favor; no le aprovecha,
Quedando en pruebas mil siempre burlado.
Válese al fin de Tirsi que la adora:
Llama al tierno Himeneo, y oficioso
De la mano la arrastra al nupcial lecho.
Victoria canta el dios: de la pastora
Cesa el desden, y en llanto delicioso
Cual nieve al sol se le derrite el pecho.

SONETO V.

LA PALOMA.

Suelta mi palomita pequeñuela,
Y déjamela libre, ladron fiero:
Suéltamela, pues ves cuanto la quiero;
Y mi dolor con ella se consuela.
  Tú allá me la entretienes con cautela:
Dos noches no ha venido aunque la espero.
¡Ay! si esta se detiene, cierto muero:
Suéltala, ¡ó crudo! y tú verás cual vuela.
  Si señas quieres, el color de nieve,
Manchadas las alitas, amorosa
La vista, y el arrullo soberano,
  Lumbroso el cuello, y el piquito breve...
Mas suéltala, y veráslа bulliciosa
Cual viene y pica de mi palma el grano.

SONETO VI.

LAS ILUSIONES DE LA AUSENCIA.

Ora pienso yo ver á mi señora
De donosa aldeana, y que el cabello

Libre le vaga por el albo cuello,
Cantando alegre al despertar la Aurora:
  Ya en pellico y cayada de pastora
Los corderillos guia, y suelta al véllos
Por el prado brincar, corre en pos de ellos;
Ya en ocio blando en la cabaña mora.
  Tierna ora rie, y va cogiendo flores:
A caza ora tras ella el monte sigo;
Y bailar en la fiesta ora la veo.
  Asi ausente me alivio en mis dolores;
Y aunque sueño de amor es cuanto digo,
El alma siente un celestial recreo.

SONETO VII.

EL RUEGO Y LA CRUELDAD.

Huyes, Cínaris bella y desdeñosa,
De mil dulces palabras olvidada,
Ni vuelves hácia mí la faz rosada,
Ni mi voz oyes por correr furiosa.
  ¡Ah! tente, tente á mi dolor piadosa;
Tente, y yo callaré: no tu nevada
Planta la selva hiera enmarañada,
Cual la de Vénus cuando erro llorosa.
  Ni aun respirar ya puedes de rendida.

Vuelve... ay! ay! vuelve... mas ¡dolor agudo!
Que por mejor correr suelta el cayado.
  Vuelve... dijo Damon; pero no oida
De la ingrata su voz, seguir no pudo
En encendidas lágrimas banado.

SONETO VIII.

EL DESEO Y LA DESCONFIANZA.

¡Oh si el dolor que siento se acabara,
Y el bien que tanto anhelo se cumpliese!
¡Como por desdichado que ora fuese
La mas alta ventura no envidiara!
  Con la esperanza sola me aliviara;
Y por mucho que en tanto padeciese,
El gozo de que el mal su fin tuviese
Lo amargo de la pena al fin templara.
  Por un instante de placer que hubiera
Con júbilo mis ansias sufriria;
Ni en su eterno durar desfalleciera.
  Pero si es tal la desventura mia,
Que huyendo el bien, el daño persevera,
¡Qué aguardar puedo en mi letal porfia!

SONETO IX.

EL PROPOSITO INUTIL.

Tiempo, adorada, fue cuando abrasado
Al fuego de tus lumbres celestiales
Osé mi honesta fe, mis dulces males
Cantar sin miedo en verso regalado.
¡Qué de veces en lágrimas bañado
Me halló el alba besando tus umbrales;
O la lóbrega noche, siempre iguales
Mi ciego anhelo y tu desden helado!
Pasó aquel tiempo; mas la viva llama
De mi fiel pecho inextinguible dura:
Y hablar no puedo, aunque morir me veo.
Huyo; y muy mas mi corazon se inflama:
Juro olvidarte, y crece mi ternura;
Y siempre á la razon vence el deseo.

SONETO X.

LA ESQUIVEZ VENCIDA.

No temas, simplecilla: del dichoso
Galan pastor no tardes la ventura:

Apenado á tí corre; su ternura
Premio al fin halle, y su anhelar reposo.

De rosa en la coyunda el cuello hermoso
Pon al yugo feliz: la copa apura
Que Amor te brinda; y de triunfar segura
Entra en lides süaves con tu esposo.

¡La vista tornas! ¡del nupcial abrazo
Huyes tímida, y culpas sus ardores,
En rubor virginal la faz teñida!

Mas Vénus... Vénus... su genial regazo
Sobre el lecho feliz llueve mil flores,
Que Filis coge, y la esquivez olvida.

SONETO XI.

LAS ARMAS DEL AMOR.

De tus doradas hebras, mi señora,
Amor formó los lazos para asirme,
De tus lindos ojuelos para herirme
Las flechas y la llama abrasadora.

Tu dulce boca, que el carmin colora,
Su púrpura le dió para rendirme:
Tus manos, si al encanto quise huirme,
Nieve que en fuego se me vuelve ahora.

Tu voz süave, tu desden fingido

Y el albo seno do el placer se anida
Pábulo añaden al ardor primero.
Amor con tales armas me ha rendido:
¡Ay armas celestiales! ay mi vida!
Yo soy, yo quiero ser tu prisionero.

SONETO XII.

LA HUMILDE RECONVENCION.

Dame, traidor Aminta, y jamas sea
Tu cándida Amarili desdeñosa,
La guirnalda de flores olorósa
Que á mis sienes ciñó la tierna Alcea.
Ay! dámela, cruel; y si aun desea
Tomar venganza tu pasion zelosa,
He aqui de mi manada una amorosa
Cordera; en torno fenecer la vea.
Ay! dámela, no tardes, que el precioso
Cabello ornó de la pastora mia,
Muy mas que el oro del Ofir luciente,
Cuando cantando en ademan gracioso
Y halagüeño mirar merecí un dia
Ceñir con ella su serena frente.

SONETO XIII.

LA RESIGNACION AMOROSA.

¿Qué quieres, crudo Amor? deja al cansado
Ánimo respirar solo un momento:
Baste el veneno en que abrasarme siento
Y el dardo agudo al corazon clavado.
Ni duermo, ni reposo; y de mi lado
Cual sombra huye el placer: ah! ¡qué lamento
Suena en mi triste oido! de tormento
Basta, Amor, basta, pues de mí has triunfado.
Le ruego asi; y á mi dolor movido
Él me muestra la lumbre por que muero,
Puro rayo de angélica hermosura:
Yo me postro á adorarla, y encendido
En fuego celestial penar mas quiero;
Y morir pido como gran ventura.

SONETO XIV.

EL RUEGO ENCARECIDO.

Deja ya la cabaña, mi pastora,
Déjala, mi regalo y gloria mia:

Ven, que ya en el oriente raya el dia,
Y el sol las cumbres de los montes dora.
Ven, y al humilde pecho que te adora
Torna con tu presencia la alegría.
Ay! que tardas, y el alma desconfia:
Ay! ven, y alivia mi penar, señora.
Tejida una guirnalda de mil flores
Y una fragante delicada rosa
Te tengo, Filis, ya para en llegando.
Darételas cantando mil amores,
Darételas, mi bien, y tú amorosa
Un beso me darás sabroso y blando.

SONETO XV.

LOS TRISTES RECUERDOS.

En este valle, do sin seso ahora
En muda soledad tu malhadado
Nombre ¡ay Fili! repito, afortunado
Decirte osé: mi corazon te adora.
Junto á este arroyo que tu muerte llora
Te hallé cogiendo flores; y turbado
La guirnalda nupcial en tu dorado
Cabello puse, y te juré señora.
Alli nos reveló sus deliciosos

Misterios la alma Vénus, la sagrada
Tea encendiendo plácido Himeneo.
Ay! ¡dejadme, recuerdos dolorosos!
Mi Fili al claro olimpo fue robada;
Y yo en mil ansias fenecer me veo.

SONETO XVI.

LA FUGA INUTIL.

Tímido corzo, de crüel acero
El regalado pecho traspasado,
Ya el seno de la yerba emponzoñado,
Por demas huye del veloz montero:
En vano busca el agua, y el ligero
Cuerpo revuelve hácia el doliente lado:
Cayó y se agita, y lanza congojado
La vida en un bramido lastimero.
Asi la flecha al corazon clavada
Huyó en vano la muerte, revolviendo
El ánima á mil partes dolorida:
Crece el veneno, y de la sangre helada
Se va el herido corazon cubriendo;
Y el fin se llega de mi triste vida.

SONETO XVII.

EN UNAS BODAS.

He aqui el lecho nupcial, ¿ tiemblas, amada,
Y para ti le orno de gozo llena
Tu tierna madre? el corazon serena,
Y de santo pudor sube á él velada.
Tambien yo como tú temí engañada
Doblar el cuello á la feliz cadena;
Cedí, y dichosa fui: tu esposo pena,
Llega, y colma su suerte afortunada.
Veo asomar al Himeneo santo:
Que fausta ya Fecundidad te mira;
Y en maternal amor arder tu pecho.
Llega..... la virgen entre risa y llanto
Ansia y teme: la madre se retira;
Y corre Honestidad el nupcial lecho.

SONETO XVIII.

EL REMORDIMIENTO.

Perdona, bella Cintia, al pecho mio
Si evita cauto tu adorable llama;

Que Fili solo su fineza inflama,
Y él la idolatra aun en el mármol frio.
  Si amarte intento, del silencio umbrío
Su voz infausta por venganza clama:
¿Así, me dice, ¡ó pérfido! se ama?
Ay! ¡tiembla, tiembla mi furor, impío!
  Vuélveme á mi inocencia y á mi pura
Candidez virginal: tú de mi pecho
¡Aleve! aleve! has la virtud lanzado.
  Vuélveme á mi virtud.... Su sombra oscura
Me sigue asi; y en lágrimas deshecho
Me hallo en el duro suelo desmayado.

SONETO XIX.

AL Excmo. Sr. D. EUGENIO DE LLAGUNO, HABIENDOLE NOMBRADO EL REY CABALLERO GRAN CRUZ DE LA ORDEN DE CARLOS III.

Alivia el peso, soberana Astrea;
Déjame un hora de feliz reposo:
El crudo afan de tu servicio honroso
Ceda una vez á mas feliz tarea.
  Santa amistad en celebrar se emplea
Del claro Elpino el galardon glorioso,
Merced justa de un Rey que poderoso

Su mérito y saber honrar desea.
  Vosotras, Musas, si á mi ruego un dia
Cedisteis gratas, y mi tierno acento
Oyó afable por vos mi dulce Elpino;
  Prestas volad, decidle mi alegría,
Del pueblo hispano el general contento,
De la virtud el júbilo divino.

ELEGÍAS.

ELEGIA I.

EN UN EMPEÑO TEMERARIO.

Amor, desdenes, ira, y todo junto
El poder de la envidia y de los zelos,
Se han unido en mi daño á un solo punto.
La medrosa inquietud con mil desvelos
Cubre mi infeliz pecho de amargura:
Doy lástima á la tierra y á los cielos.
Yo vi en mi daño una doncella pura,
Término de beldad, y con mil dones
Que exceden toda humana criatura.
Sus ojos son de fuego: sus razones
Hacen al que las oye temblar luego;
Y encanta en su saber los corazones.
Yo la miré, y temí, y un blando fuego
Sentí que por mis venas discurria:
Y á todo lo demas halléme ciego.
Volvióseme tristeza la alegría,
La paz del corazon tormenta brava,
Y oscuridad infausta el albo dia.
Nunca empero del daño me apartaba;
Mas antes vanamente confiado
Del puerto al ancho mar me abandonaba.

Ni de nubes el cielo encapotado,
Ni de las roncas olas el bramido,
Ni el aquilon por ellas despeñado,
Ni la negra tiniebla, ni el gemido
De los que anega el mar, ni de mi leño
El crujir, ni el camino no sabido,
Bastaron á apartarme del empeño,
Ni á volverme al lugar do me alejaba,
Que Amor me arrebataba á mi despeño.
La orilla con los huesos blanqueaba
De muchos que perdieron ya la vida;
Y otros el viento por la mar llevaba:
Yo alegre en tanto en rápida corrida
Las olas iba de la mar cortando,
De la mar en mi daño embravecida;
Y en necio error en el Amor fiando
Que calmase aguardaba la tormenta,
Asi á solas conmigo razonando:
¡O flaco corazon! ¿qué te amedrenta?
¿Qué rezelas cobarde, ó qué te espanta
Si un dios tu vela y tu esperanza alienta?
¿Pretendes por ventura gloria tanta
Sin peligro alcanzar? ay! que la gloria
Es solo del que al riesgo se adelanta,
Y aquel solo es el digno de memoria
Que trepa á la dificil aspereza

Do eterna hará la fama su victoria.
¿No ves, no ves, cuitado, tu bajeza?
Pues alza ya los ojos á la cumbre
De aquella sobrehumana gentileza.
¡O beldad celestial! ó gloria! ó lumbre!
¡O angélico semblante! eterno dia!
Tu esplendor fausto mi tiniebla alumbre.
Tú mi norte serás, serás mi guia,
Tú eres mi estrella, tú mi aurora hermosa:
Tuya es mi libertad y el alma mia.
A tí corre mi nave presurosa,
Tú la encamina al puerto deseado;
Y á mí vuelve los ojos amorosa.
Tal la ruego, y al mar abandonado
Parécenme sus olas mas serenas,
Y dolido el Amor de mi cuidado.
Asi el veneno corre por las venas;
Y en un ardor dulcísimo me abraso,
Que revuelve en su llama amargas penas.
¿Diré ¡cuitado! lo que entonces paso?
¿Ni el infierno y la gloria que en mí siento?
Aun con cien lenguas me quedara escaso.
Cual Tántalo entre el agua estoy sediento:
En el medio del fuego estoy helado;
Y á un tiempo alegre rio y me lamento.
Estoy contra mí propio conjurado;

Y quiero y aborrezco en solo un punto;
Y vivo y muero en tan fatal cuidado.
  Siento placer y pena todo junto;
A mi adorada busco; y si la veo
Me quedo en mi dolor como difunto.
  ¡Gloria inmortal del fortunado empleo
Que en ciego afan codicia mi ternura!
¡Oh cuál en tí me aflijo y me recreo!
  ¿Quién digno se hallará de tal ventura?
¿A quién, divino Amor, á quién espera
El premio de su angélica hermosura?
  ¡Oh si ganarle yo posible fuera!
Suerte mayor no anhela mi deseo;
Y despues, si asi place, al punto muera.
  Mas ¡mísero de mí! que devaneo,
Y alcanzarla presumo locámente;
Ay! y su altura y mi humildad no veo.
  Cual fábula seré de gente en gente;
Y el nombre infausto quedará en el mundo
De mi temeridad y amor ardiente.
  ¡Ciego, dañoso error! ¿en qué me fundo,
Que á la altísima cumbre de su gloria
Asi aspiro á subir desde el profundo?
  ¡Oh caso digno de fatal memoria!
Yo lo alcanzo, señora, lastimado;
Pero Amor lleva siempre la victoria.

Yo sé que cual gigante despeñado
Seré al fin, ó cual Ícaro atrevido
En medio el hondo mar precipitado.
Sé que el ciego me arrastra embebecido
Donde pueda acabarme: sé mi engaño,
Y cuan alto mi error haya crecido.
Y el orígen fatal de tanto daño
Sé para mas dolor; y sé la llama
Donde ardí incaùto para mal tamaño.
Y sé como el tirano á sí me llama;
Y á mi rota barquilla en nada ayuda
Contra el ventoso mar que hinchado brama.
Todo lo sé, señora; mas no muda
Su voto Amor, ni yo tornar pudiera,
Pues ya aun me veda que al remedio acuda.
¿Y qué gloria mayor, puesto que mùera,
Que fenecer por vos? ¿quién lo alcanzára?
¡Ay si el crudo me oyese, y luego fuera!
Mi fatal caso al menos lastimára
Un pecho en su crudeza empedernido;
Y aun piadoso quizá mi fin lloràra.
Con esto del camino no sabido
Pisara yo la senda confiado;
Y ni sombra temiera, ni alarido.
Mas ¡ay mísero! ay triste! que el airado
Mar se embravece, y amenaza al suelo;

Y á su furia el Amor me ha abandonado.
  Los vientos silban, se oscurece el cielo,
Cruje frágil el leño; y donde miro
Encuentro de la noche el negro velo.
  Me quejo, gimo y por demas suspiro:
La muerte á todos lados me saltea;
Y mi barca infeliz perdió ya el giro.
  Tal merece quien tanto devanea,
Y á imposibles osado se aventura:
Si por su daño alguno los desea,
Sírvale de escarmiento mi locura.

ELEGIA II.

EN LA MUERTE DE FILIS.

¡Oh! rompa ya el silencio el dolor mio,
Y al labio salga en dolorido acento
La aguda pena en que morir porfío.
  Con lastimeros ayes gima el viento;
Y entre suspiros y mortal quebranto
La falta de la voz supla el lamento;
  Ciegos los ojos con su amargo llanto,
Lejos de la alma luz, siempre en oscura
Noche fenezcan en desastre tanto.
  Truéqueseme la dicha en desventura,
Ni jamas bien alguno esperar pueda,

Pues me robó la muerte mi luz pura.
¡Filis! amada Filis! ay! ¿qué queda
Ya á mi dolor? ¿faltaste, mi señora?
¡Cómo la voz el sentimiento veda!
Allá volaste al cielo á ser aurora,
Dejando en llanto y sempiterno olvido
Esta alma triste que tu ausencia llora.
Qué! ¿ni mi dulce amor te ha detenido?
¿Ni la amarga horfandad en que me dejas?
¿Tan mal, querida Fili, te he servido?
¿Asi de este infeliz, asi te alejas?
Vuelve, adorada, vuelve á consolarme;
No mas desdeñes mis dolientes quejas.
Pero tú no pudiste abandonarme:
El golpe de la muerte, el golpe fiero
Solo de tí, mi bien, logró apartarme.
¡Oh muerte! muerte! ¡oh golpe lastimero!
Ay! ¿sabes, despiadada, lo que hiciste.....?
De todos tus delitos el postrero.
¿A quién con mano bárbara rompiste
El feliz hilo de la tierna vida,
Y en el sepulcro despiadada hundiste?
¡A Filis! á mi Filis! ¡mi querida,
Mi inocente zagala! Su ternura
¿En qué ofenderte pudo, fementida?
¿No te movió su angélica hermosura

A que no mancillases insolente
Tan delicada flor en su alba pura?
Jamas yo te creí tan inclemente;
Mas este golpe, golpe lamentable,
¡Oh cuán á costa mia me desmiente!
¡O dura mano! ¡ó bárbara, implacable!
¿A quién, clamo sin fin, tu saña fiera
Hirió con su guadaña abominable?
¡Á Filis! á mi Filis.....! ¡y esto espera
A inocencia y amor, mientras riendo
Eterno un siglo la maldad prospera!
Huye, inhumana, al Tártaro tremendo;
Y en sus abismos húndete entre horrores,
Húndete, ó monstruo, tus hazañas viendo....
Deliro en mi pasion; y mis dolores
Crecen, inmensos como el mar: ¡cuitado!
¿Qué he de hacer sin mi bien, sin mis amores?
¡Que ya no gozaré su alegre lado!
¡Ni oiré mas sus suavísimas razones!
¡Ni he de ver de su rostro el tierno agrado!
¡Sus ojuelos, iman de corazones,
Aquellos ojos cuya lumbre clara
Tras sí arrastraron tantas atenciones!
¡Y aquel cuello, aquel talle, aquella rara
Gracia que en noche eterna se oscurece!
¡Ay muerte dura, de mi bien avara!

Lloro, y llorando mi tormento crece;
¡Pero qué mucho! si en mi acerba pena
Todo el orbe dolido se enternece:
Con horrísono silbo el aire suena,
Ni el agua corre ya como solia,
Ni la tierra es fructífera ni amena:
Ni arrebolado asoma el albo dia,
Ni en la cima es del cielo el sol fulgente,
Ni la luna en la noche húmida y fria.
El Tórmes el raudal de su corriente
Detiene por seguir mi amargo llanto,
De ciprés coronada la ancha frente:
Con lúgubre aparato y triste canto
De sus Ninfas el coro le rodea:
¡Ay cuál doblan sus voces mi quebranto!
No ya el nácar sus cuellos hermosea,
Ni sembrado de perlas y corales
Su cabello en los hombros libre ondea.
Mustio taray y tocas funerales
Hoy visten todas por la Filis mia,
De su agudo pesar ciertas señales.
¡O cuál con ellas yo la vi algun dia
Del seco Agosto en la enojosa llama
Triscar alegre en la corriente fria!
Hoy en llanto su pecho se derrama;
Y con doliente lúgubre alarido

Cual si la oyese cada cual la llama.
El raudo Tormes con mortal quejido
Tambien las acompaña; y su lamento
Merece de Neptuno ser oido.
Neptuno, el que del húmido elemento
Modera la soberbia impetüosa,
Ocupando entre dioses alto asiento:
El que con voz y diestra poderosa,
Con su tridente en carro de corales
Alza ó calma su furia sonorosa;
Retrajo el curso á repetir mis males,
Y en ronco son los hórridos Tritones
Dieron de su dolor ciertas señales.
Del húmido palacio los salones
Retumbaron con fúnebres gemidos,
Y temblaron columnas y artesones.
Las focas y delfines doloridos
En rumbo incierto tras su dios vagaban
De tan nuevos prodigios aturdidos:
Y como que asombrados preguntaban,
¿Qué horror es este y doloroso estruendo?
Y los míseros llantos remedaban,
Las colas escamosas revolviendo,
Y en las cerúleas ondas excitando
Desapacible son, ronco y horrendo.
Por las vecinas playas lamentando

Sonaban de otra parte los zagales
En tristes coros el desastre infando.
Mas ay! ay! que sus cantos á mis males
En nada alivio dan; mas antes crecen
En mis ojos dos fuentes inmortales.
Que si ya, gloria mia, no merecen
Estar colgados de tu faz süave,
Mejor en ciego llanto asi fenecen.
¡Oh dolor sobre todos el mas grave!
¡Oh sombra! oh fugaz bien! incierta vida!
Quien en tí se confia poco sabe:
Apenas apareces ya eres ida,
Dejando la esperanza en tí fundada
Cual mustia flor del vástago partida.
¿Quién pudiera decirme que mi amada,
Mi tierna palomita, de repente
Asi del seno me seria robada,
Cuando á aguardarla fui junto á la fuente
La tarde antes del aciago dia
En la márgen del Tórmes trasparente?
¡Cómo me recibió! ¡con qué alegría
De mí burlando mi temor culpaba,
Y fiel su eterna llama me ofrecia!
¡Con qué halagüeños ojos me miraba!
¡Y con cuántos dulcísimos favores
Mis dudas, mis zozobras alentaba!

¡O mi acabado bien! ó mis amores!
¿Quién entonces creyera tal fracaso,
Ni tras ventura tal estos dolores?

Riéndote la vida al primer paso,
¿Quién rezelara que su luz temprana
Corriera asi tan súbito á su ocaso?

Contino, Filis, de mis ojos mana
Un mar de ardiente lloro, ¡ay sin ventura!
Aciago fruto en mi esperanza vana.

Tu eterna ausencia mi dolor apura;
Y el no haberla ¡ay de mí! jamas pensado
Dobla al mísero pecho la amargura.

Bien debí, puesto que me vi encumbrado
A lo sumo del bien que en hombre cabe,
Temblar el triste fin en que he parado.

¿Pero quién con amor temerlo sabe?
¿Ni entonces hace del agüero cuenta?
¿Ni del buho que suena aciago y grave?

En vano desde el roble en que se asienta
Anuncia la corneja el caso triste,
Que á un pecho con pasion nada amedrenta.

Tú ¡Batilo infeliz! volar la viste
La noche en que enfermó tu Fili amada,
Y su fúnebre voz seguro oiste.

Acuérdome tambien que á la alborada,
Dejando ya paciendo mi ganado,

A hablarla fuera en su feliz majada;
  Y vi un lobo feroz haber robado
Una mansa cordera, blanca y bella,
Que devoraba sobre el fresco prado.
  Corrí compadecido á socorrella;
Y súbito... á mis ojos... ¡qué portento!
En humo denso se me huyó con ella.
  Yo hasta aquel punto de temor exento,
Del espantable caso sorprendido
Caí sobre la yerba sin aliento.
  ¡O qué de tiempo estuve alli tendido!
Y cuando ya en mi acuerdo hube tornado.
Ay! á llorar en tanto mal sumido,
  Sin poder proseguir lo comenzado,
Y atónito de ver prodigios tales,
Volví lleno de horror á mi ganado.
  Alli luego encontré nuevas señales
Que algun terrible caso me anunciaban,
Agüeros ciertos de mis crudos males.
  Mis mansas ovejillas se espantaban,
Y cual si las siguiera un lobo fiero,
Girando en torno del redil balaban.
  A un lado oí quejido lastimero:
A examinarlo corro... y de repente....
¿Callarélo, ó diré tan triste agüero?
  Vi dividida por agudo diente

La corderita á Filis prometida,
Que mi mano cuidaba diligente.
 Al pie de ella la madre dolorida
Con débiles balidos la lloraba,
Queriendo con su aliento aun darle vida.
 Entonces yo sentí que me apretaba
El corazon un miedo desusado,
Y trémulo mil males me anunciaba.
 ¡Oh mi Fili! oh mi bien! oh desgraciado!
¿Qué pudieron decirme estos agüeros,
Que era ya de tu vida el fin llegado?
 ¿Que esto anunciaban los prodigios fieros?
¿Y esto la triste ave y la cordera?
¡Ay, acabados gustos verdaderos!
 ¡Vida fugaz, cual sombra pasagera!
Ya á la mia no queda sino llanto,
Prueba aun bien débil de mi fe sincera.
 Crecerá inmenso mi mortal quebranto,
Hasta que huyendo este nubloso suelo
En lazo á tí me una eterno y santo.
 Ni ¡oh mi luz! pienses que jamas consuelo
Hallar podrá mi espíritu abatido,
Que en tí el bien me dejó con presto vuelo.
 Y en lágrimas y penas sumergido
Tu imagen sola cada vez mas viva
Mi pecho ocupa de su amor herido:

La horrible parca que de tí me priva
La ansia no apagará con que él la adora,
Que su llama en tu falta mas se aviva,
Y acuerda al alma triste en cada hora
Tu dulcísimo amor, tu fe sincera,
¡Ay cuál padezco, y se me parte ahora!
La tierna débil voz, la voz postrera
Que en tu labio sonó ya moribundo,
Jamas podré olvidarla aunque yo muera.
¡Pues qué si el espectáculo profundo
Se me presenta de tu muerte aciaga!
En un mar de mis lágrimas me inundo.
Deja, mi amor, que en ellas me deshaga,
Y que en largos suspiros exhalado
Mi espíritu á sus ansias satisfaga.
Paréceme mirarte en el cuitado
Trance de la postrera despedida,
Débil la voz, el rostro demudado,
Del todo casi ya desfallecida,
Fijos en mí con gesto lastimero
Los ojos, y su luz oscurecida,
Diciéndome: Batilo, yo me muero;
Y al quererme abrazar aun débilmente,
En mi boca lanzando el *ay* postrero,
¡Oh dolor! ¡cuánto estabas diferente
De aquella que antes por tus gracias fuiste

El milagro de amor mas reverente!
  ¡Oh, no me aflijas mas, memoria triste!
Deja, deja acabarme en mi amargura:
Yo iré presto, mi bien, do tú subiste.
  Mi fe, mi firme fe te lo asegura:
No puedo ya vivir de tí apartado,
Que el ansia de te ver mi vida apura.
  Entonces de temores sosegado,
En lazo ardiente, casto, verdadero,
Por siempre á tí me gozaré ayuntado.
  Ay! ¿qué en la tierra, miserable, espero?
¡Muerte cruel, tan pronta con mi amada,
En mí ejecuta, en mí tu golpe fiero!
  Arráncame esta vida quebrantada:
Llévame con mi Filis al sosiego
De que el ánima está necesitada.
  Muévante, ó cruda, mi infelice ruego,
La vida que aqui paso dolorosa,
Y el largo llanto con que el campo riego.
  No pienses, no, mostrarte rigurosa,
Mi pecho hiriendo en ansias abismado,
Que antes serás en tu rigor piadosa.
  Pues yo de alivio ya desesperado,
Ni curo tener cuenta con mi vida,
Ni un breve alivio á mi infeliz cuidado.
  Mis lágrimas son siempre sin medida;

Y en los suspiros con que canso al cielo
El alma se me arranca dolorida.
  Ni para alimentarme hallo consuelo,
Ni es otra mi bebida que mi llanto,
Ni del sueño me alivia el vago vuelo:
  Pues cuando al fin, rendido en mi quebranto,
Entre sus blandas alas me adormece,
Despavorido al punto me levanto:
  Que mil sombras tristísimas me ofrece,
Tendiendo yo la mano arrebatado
Al bien que niebla vana desparece.
  Tal es de mi vivir el triste estado:
Huyendo en torva faz siempre las gentes,
Y de ellas por sin seso baldonado:
  Solo en mis ovejillas inocentes
Compasion halla mi amoroso anhelo,
Si es que cabe en mis ansias inclementes:
  Ellas solas me siguen en mi duelo;
Y en torno rodeándome apiñadas,
Doblan con su balar mi desconsuelo.
  Las que tuve á mi Filis destinadas
Todas sin quedar una han fenecido.
¡Ay corderas, cual ella desgraciadas!
  A las otras el prado florecido
Jamas mueve á pacer, aunque acabando
Las miro con tristísimo balido.

Aqui las tiernas crias van quedando,
Las madres alli caen sin aliento,
Todas en cuanto mueren suspirando.
Mientras Melampo fiel su sentimiento
Me muestra lastimado en ronco ahullido;
Los pies me lame y me contempla atento:
O ya el camino corre conocido
Que á la majada de mi Filis guia;
Torna, se para, y cae sin sentido.
Su compasion enciende el alma mia.
Oh! fenezca esta vida desastrada,
Que de ir á acompañarte me desvia.
¡Oh mi bien! mis amores! ¡oh eclipsada
Lumbre de estos mis ojos! mi consuelo!
¡Rosa en Abril florido marchitada!
Llévame donde estás con presto vuelo:
Acabe, acabe mi mortal quebranto;
Y allá te abrace en el sereno cielo.
Pídeselo con ruego y tierno llanto
A aquel que inmovil ve desde su altura
Mi firme amor y mi deseo santo.
Entonces sí que libre de amargura,
Mi alegre suerte con la tuya uniendo,
Gozaré el lleno bien que acá me apura.
Entonces sí que el alma, en ti viviendo,
Se adormirá feliz en paz gloriosa,

Sus finas ansias coronadas viendo;
  Y con habla dulcisima y sabrosa,
Conversando contigo mano á mano,
Podrá llamarse sin temor dichosa.
  Qué! ¿no te mueve mi dōlor insano?
¿De tu Batilo, Filis, ya te olvidas?
¿Su voz desdeñas? su clamar es vano?
  ¿Do estan las voluntades tan unidas?
¿Do estan?... Mas no se cuida allá en el cielo
De las cosas viviendo prometidas.
  Y ya en paz alma, roto el mortal velo,
De un infeliz en su dolor perdido
Tú las ansias no ves ni el desconsuelo.
  Mientras sobre tu losa aqui tendido
Yo besándola estoy sin apartarme,
Ni templar ¡ay! el mísero gemido,
  Hasta que mi dolor llegue á acabarme,
Y suba en vuelo alegre arrebatado
Donde pueda por siempre á tí juntarme,
Y gozar tu semblante regalado.

EPITAFIO

DEL SEPULCRO DE FILIS.

La gracia, la virtud y la belleza,
La fe y el corazon mas inocente,

Y el milagro mas raro de terneza,
Que Amor hará sonar de gente en gente,
Yacen debajo de esta triste losa,
Do la sombra de Fili en paz reposa.

SONETO

RENUNCIANDO A LA POESIA DESPUES DE LA MUERTE DE FILIS.

Quédate adios pendiente de este pino,
Sin defensa del tiempo á los rigores,
Cítara en que canté de mis amores
Las gracias y el ingenio peregrino.
Guárdala, ó tronco, que honras el camino,
Por muestra de la fe de dos pastores,
Do puedan cortesanos amadores
Tomar lecciones de un amor divino.
Mientras la oyo viviendo mi señora
Con cuerdas de oro resonar solia,
Y fieras crudas amansó su canto.
Ya que el alma feliz los cielos mora,
Y en esta tumba su ceniza fria,
Cesen los versos, y principie el llanto.

ELEGÍA III.

LA PARTIDA.

En fin voy á partir, bárbara amiga,
Voy á partir, y me abandono ciego
A tu imperiosa voluntad. Lo mandas;
Ni sé, ni puedo resistir: adoro
La mano que me hiere; y beso humilde
El dogal inhumano que me ahoga.
No temas ya las sombras que te asustan,
Las vanas sombras que te abulta el miedo
Cual fantasmas horribles, á la clara
Luz de tu honor y tu virtud opuestas,
Que nacer solo hicieran... en mi labio
La queja bien no está: gima y suspire;
No á culpar tu rigor dé los instantes
Del mas ardiente amor tal vez postreros.
Tú de tí misma juez mis ansias juzga:
Mi dolor justifica; á mí no es dado
Sino partir. ¡Oh Dios! ¡de mi inefable
Felicidad huir! ¡en mis oidos
No sonará su voz! ¡no las ternezas
De su ardiente pasion! ¡mis ojos tristes
No la verán, no buscarán los suyos,

Y en ellos su alegría y su ventura!
No sentiré su delicada mano
Dulcemente tal vez premiar la mia
Yo extático de amor...! Bárbara! injusta!
¿Qué pretendes hacer? ¿qué placer cabe
En afligir al mismo á quien adoras?
Que te idolatra ciego? no, no es tuyo
Este exceso de horror: tu blando pecho,
De dulzura y piedad á par formado,
No inhumano bastara á concebirlo.
Tu amable boca, el órgano süave
De amor, que solo articular palabras
De alegría y consuelo antes supiera,
No lo alcanzó á mandar. Sí: te conozco;
Te justifico, y las congojas veo
De tu inocente corazon..... mi vida,
Mi esperanza, mi bien, ah! ve el abismo
Do vamos á caer: que te fascinas;
Que no conoces el horrible trance
En que vas á quedar, que á mí me aguarda
Con tan amarga arrebatada ausencia.
No lo conoces deslumbrada: en vano
Tranquila ya, despavorida y sola
Me llamarás con doloridos ayes.
Habré partido yo; y el rechinido
Del eje, el grito del zagal, el bronco

Confuso son de las volantes ruedas,
A herir tu oido y afligir tu pecho
De un tardío pesar irán agudos.
Yo entre tanto abatido, desolado,
A tu estancia feliz vueltos los ojos,
Mis ojos ciegos en su llanto ardiente,
Te diré adios; y besaré con ellos
Las dichosas paredes que te guardan,
Mis fenecidas glorias repasando
Y mis presentes invencibles males.
Ay! ¿dó si un paso das donde no encuentres
De nuestro tierno amor mil dulces muestras?
Entra aqui, corre allá, pasa á otra estancia:
Aqui ellas te dirán se postró humilde
A tus pies, y la mano alli le diste:
Allá, loco en su ardor, corrió á tu encuentro;
Y alli le viste en lágrimas bañado,
En lágrimas de amor: con mil ternezas
Mas allá fino te ofreció su llama;
Y al cielo hizo testigo y los luceros
De su lazada eterna, indisoluble,
En la noche feliz.... Sedlo, fulgentes
Antorchas del olimpo, y tú, callada
Luna, que atiendes mis sentidas quejas,
Y antes mi gloria y sus finezas viste:
Sedlo; y benignas en mi amarga suerte

Ved á mi amada, vedla, y recordadle
Su santo indisoluble juramento.
Vedla, y gozad de su donosa vista,
De las sencillas animadas gracias
De su semblante. ¡Oh Dios! yo afortunado
Las gozaba tambien: su voz oia,
Su voz encantadora, que elevada
Lleva el alma tras sí; su voz que sabe
Hacer dulce hasta el NO, gratas las quejas.
¡Oh qué de veces de sus tiernos labios
Me enageno la plácida sonrisa,
Las vivas sales y hechiceras gracias!
¡Oh qué de tardes, de agradables horas
De nuestra dicha hablando instantes breves
Se nos huyeran! qué de ardientes votos!
¡Qué de suspiros y esperanzas dulces
Crédulas nuestras almas concibieron,
Y el cielo hoy en su cólera condena!
¡Qué proyectos formáramos!... mi vida,
Mi delicia, mi amor, mi bien, señora,
Amiga, hermana, esposa, ¡oh si yo hallara
Otro nombre aun mas dulce! ¿qué pretendes?
¿Sabes do quieres despeñarme? espera,
Aguarda pocos dias: no me ahogues.
Despues yo mismo partiré: tú nada
Tendrás que hacer, ni que mandar: humilde

Correré á mi destierro y resignado.
Mas ora ¡irme! dejarte! si me amas,
¿Por qué me echas de ti, bárbara amiga?...
Ya lo veo; te canso: cuidadosa
Conmigo evitas el secreto; me huyes:
Sola te asustas, y de todo tiemblas.
Tu lengua se tropieza balbuciente;
Y embarazada estás cuando me miras.
Si yo te miro, desmayada tornas
La faz, y alguna lágrima... ¡oh martirio!
Yo me acuerdo de un tiempo en que tus ojos
Otros ¡ay! otros eran: me buscaban;
Y en su mirar y regaladas burlas
Alentaban mis tímidos deséos.
¿Te has olvidado de la selva hojosa,
Do huyendo veces tantas del bullicio,
En sus obscuras solitarias calles
Buscamos un asilo misterioso
Do alentar libres de mordaz censura?
¿Qué sitio no oyó allí nuestras ternezas?
¿No ardió con nuestra llama? al lugar corre
Do reposar solíamos, y escucha
Tu blando corazon: si él mis suspiros
Se atreve á condenar, dócil al punto
Cedo á tu imperio, y parto. Pero en vano
Te reconvengo: yo te canso; acaba

De arrojarme de tí, cruel... Perdona,
Perdona á mi delirio: de rodillas
Tus pies abrazo, y tu piedad imploro.
¡Yo acusar tu fineza!... yo cansarte!...
¡A tí que me idolatras!... no: la pluma
Se deslizó; mis lágrimas lo borren.
¡O Dios! yo la he ultrajado: esto restaba
A mi inmenso dolor. Mi bien, señora,
Dispon, ordena, manda: te obedezco:
Sé que me adoras; no lo dudo: humilde
Me resigno á tu arbitrio... el coche se oye;
Y del sonante látigo el chasquido,
El ronco estruendo, el retiñir agudo
Viene á colmar la turbacion horrible,
De mi agitado corazon... se acerca
Veloz, y para: te obedezco, y parto.
Adios, amada, adios... el llanto acabe,
Que el débil pecho en su dolor se ahoga.

ELEGÍA IV.

EL RETRATO.

¿Si es él, Amor? ¡qué trémula la mano
Rompe el último nema! me lo anuncia
Con zozobra feliz saltando el pecho.

No, no puedo dudarlo: el importuno
Velo cayó: tu celestial imágen,
Tu suspirado don..... mi amante boca
Con mil ardientes besos, mi llagado,
Mi triste corazon con mil suspiros
Ambos á par lo adoren; y el tributo
Primero denle de mi tierno pecho:
Milagro del pincel, amable copia
Del mas amable objeto, ciego torno
A besarte otra vez; ojos, gozadla;
Sáciate, corazon..... no estás ausente:
Ingenioso su amor buscarte supo:
Supo templar de su cruel imperio
El áspero rigor, y fino hallarte.
De tu ternura celestial, ó amada,
O mitad de mi vida, tal milagro
De cariño esperaba mi deseo:
Llegó; y puedo contigo consolarme;
En mi inmenso penar gemir contigo;
Y en tu seno lanzar la ardiente vena
De lágrimas que inunda mis mejillas
En tan mortal insoportable ausencia.
Si, amada, ya te tengo: ya en mi pecho
Fino te estrecharé: mis tristes ojos
Te ven, el fuego de los tuyos sienten;
Y mis manos te tocan, y mis labios

Pueden saciarse de oprimirte finos;
Y mis suspiros animarte; y toda
Inundarte en mis lágrimas ardientes.
Las sientes, ¿y no lloras? ¿á mis ayes
Dolientes ¡ay! los tuyos no responden?
¿Y á mis quejas y míseros gemidos?
A tí me vuelvo desolado, te hablo,
¿Y muda está tu cariñosa lengua?
Clori, Clori, mi bien..... ¡Loco deseo!
¡Fantástica ilusion.....! á sombras vanas,
A un mentido color prestar queria
La vida, el fuego, la expresion, las sales
Que al prototipo celestial animan.
¡Oh cómo, cómo en este punto siento
De mi suerte el horror, el hondo abismo
Do sepultado y sin consuelo lloro!
¡Ausencia! ausencia! arráncame la vida;
No de ilusion en ilusion me lleves:
Un breve plazo tus dolores templas;
Y tornas luego, y mas cruel divides
En partes mil mi lastimado pecho.
¡Ay! un instante en mi ilusion creia,
Mirando absorto el celestial trasunto,
Que mis ternezas, mis sentidos ayes
Halagüeña escuchabas: que tus labios
Se desplegaban en amable risa:

Que al esplendor del animado fuego
En que tus ojos agraciados lucen,
La llama se alentaba de los mios;
Y que amor coloraba tus mejillas,
Dulce señuelo á mi sedienta boca,
Ó el elástico seno conturbaba
En grata ondulacion.... Me precipito
Frenético en mi error..... Clori, tu imágen
Helada me recibe: no, no siente
Asi cual tú..... el encanto lisonjero
Se desvanece; y á una sombra abrazo
Muda y sin alma, y una sombra oprimo,
Y una sombra acaricio, y mil finezas
Loco le digo y que responda anhelo.
Ay! eres tú, adorada, ¿y callas tibia?
¿Y á mi llanto tus lágrimas no corren?
¿Por qué insensible á mis cariños eres?
¿Y eres de nieve al fuego en que me abraso?
¿Por qué en los ojos la inquietud graciosa,
El vivaz sentimiento, la ternura,
El delicioso hechizo hallar no puedo,
Que en los tuyos de amores me embriagan?
Háblame, idolatrada, ó no me burles
Cual si á abrir fueras cariñosa el labio,
Ó en su mirar donoso tus pupilas
Se animen, ó falaces no remeden

Otras, do Amor su trono soberano
Sentó y se gozan las sencillas Gracias.
No tu nevado torneado cuello
Inmóvil yazca; vuélvase y recline
En mi seno amoroso esa cabeza
Que enhiesto apoya; y góceme dichoso
Cual veces tantas en su dulce peso.
Sienta tu pecho: á la ternura se abra:
Ábrase al blando amor, y arda y palpite:
Y en plácida efusion al pecho mio
Haga correr el celestial encanto
De su angélica llama, de los puros
Afectos mas que humanos que en sí abriga;
Ó el lácteo pecho de mi bien no mienta,
Do todo es suave amor, dulzura todo,
Sencillez tierna y cariñosas ansias,
Placer, transportos, éxtasis, delicias.
No la alba mano el abanico agite
En juego inútil: ó mi dócil cuello
En torno ciña en lazo venturoso,
Indisoluble lazo en que añudára
Nuestras almas el cielo para siempre;
Ó cual un tiempo cariñosa oprima
Mi palpitante corazon, y sienta
El fuego asolador que le consume.
¡Ah mano! hermosa mano! el pincel rudo

Trasladar quiso en vano tus contornos,
Tu gracia, tu candor..... de mármol era
Si viéndola el artista..... No, profano:
Mis labios solo tributarla deben,
En su delirio idolatras, el culto
Que le ha votado amor: tu nieve y rosa
La manchan, no la tocan: ay! qué digo!
¿La menor de sus partes puede acaso
Remedar el pincel? ¿débil el arte
No cede á empresa tanta y se confunde?
¿Esas cejas sin alma? ¿es esa frente
La tuya, Clori mia? ¿son tus labios
Festivos, purpurantes, halagüeños,
Estos labios helados? ¿las mejillas
Son la leche y carmin en deliciosa
Mezcla deshechos, como tú los llevas
En tus llenas mejillas sonrosadas?
¿Y tu seno y tu tez, y el suave agrado
De tu semblante, y la donosa gracia
De tus razones.....? ¡qué violenta hoguera
Circula por mis venas.....! ¡qué suspiros
Se exhalan sin sentirlo de mi pecho!
¡Cómo agitado el corazon palpita!
Con frenética sed me precipito
Sobre tu imagen muda..... irresistible
La mágica virtud de tu presencia

Me arrastra..... desfallecen mis rodillas.....
Cubren mil sombras mis llorosos ojos.....
Un ardor..... un ardor..... mi bien, mi gloria,
Clori, amor, vida, esposa, ¡oh si pudiese
Llegar á tí la commocion que siento,
Y este torrente de delicias puras
En que sin seso en mi ilusion me inundo!
¡Si á tí alcanzasen mis dolientes ansias,
Mis sollozos, mis ayes, los furores
De mi delirio infausto! ¡si escuchases
La inmensa copia de ternezas que hablo
A tu divina imagen....! Tus mejillas,
Y tu frente, y tus ojos, y tu boca,
Y cuello, y pecho, y toda tú abrasada
Al fuego de mis ayes encendidos,
Y en mi llanto inundada te hallarias.....
¿Por qué estos cultos á una imagen muda
Se habrán de tributar? ven, ven, amada,
A recibirlos, ven en los transportos
Del mas violento amor: no se profanen
En una helada inanimada sombra:
Ven luego, ven, y unámonos por siempre:
O á mí me deja en tus amantes brazos
Fino volar, y colma mi ventura.
Una palabra, una palabra sola.....
Dila, y feliz recibirás los cultos

Que idólatra tributo á tu retrato.
Él entretanto sobre el pecho mio
Será alivio á mis penas, compañero
De mi destierro, inapreciable joya
De tu firmeza; y suplirá ¡ay! en vano
De su divino original la ausencia.

SILVAS.

SILVA I.

EL SUSPIRO.

Fany, Fany, ¿qué es esto? ¡tú suspiras!
¡Tú en quejidos dolientes
Tornas la voz graciosa,
Delicia de mi ser, gozo del suelo!
¡Tú al cielo triste y desolada miras!
¡Y consternada, mísera, llorosa,
En ayes mas ardientes
Te vuelves á angustiar! ¿La calma pura
De tu pecho dó está? quién su ventura,
Su grato olvido, su quietud gloriosa
Pudo anublarlos? ¿quién...? Benigno el cielo
Nos rie, idolatrada,
Y en fausta union, dulcísima lazada,
Que apuremos Citeres las delicias
De su imperio nos da. ¿Nuestra fineza,
Nuestro embeleso, y votos, y caricias,
Pueden, Fany, crecer? ¿mas mi terneza
Ser puede? ¿mas la llama
Que mi fiel pecho, que tu pecho inflama?
¡Y suspiras, mi bien! ¡oh, que no sabes
Cuánto al Amor desconocida ofendes!

¡Cuál con un ay me enciendes!
¡Cuál me afliges cruel! cada suspiro
Loco me vuelve, el corazon me abrasa:
Cada mirada el alma me traspasa,
Y en cada *ay* tuyo fenecer me miro.
Sí, Fany, sí; que el aura deliciosa,
Afable, tierna, plácida, que un dia
Entre aromas y néctares süaves,
Tu apasionado seno despedia,
Y mi boca tal vez robó dichosa;
Los suspiros ardientes,
Los gratísimos ayes que apenada
Tu lengua regalada,
En los transportos del amor mas fino,
Sonaba herida de su ardor divino:
Hoy de las penas, de las ansias graves,
De las zozobras que en el alma sientes
Son efecto infeliz..... ¡Desventurado!
Ni aun ya dudarlo á mi dolor es dado.
Tus ojos, tu tristeza, tu caido
Semblante de llorar desfallecido,
Tu débil anhelar, ese quedarse
Cual muda estatua, y súbito inflamarse
Cual la grana mas viva,
Ese buscarme y evitarme esquiva;
Obstinada en callar, todo descubre

El mal agudo que tu pecho encubre,
Que sus ternezas ominoso impide,
Y en partes mil lidiando lo divide.
¿De dó empero este mal? qué te desvela?
¿Qué tiembla ya el honor, ni que rezela,
Cuando á la sombra de mordaz censura
El aura del Amor mas blanda aspira
A nuestra fèliz llama,
La luz sucede á la tiniebla oscura,
Y el cielo eterno bien nos asegura?
¿Merecerá tu ira
La fe constante que mi pecho inflama,
Y absorto en tí de todo me enagena?
¿Te cansa ya la celestial cadena
Con que un tiempo se unieron
Nuestras dos almas, y felices fueron?
¿Los dulces himnos que en ternura iguales
Con los del Teyo armónica mi lira
Modular sabe, peró Amor le inspira,
Y á los dioses te allegan inmortales?
¡Ay! no; perdon, amada,
Perdona al dolor mio
Blasfemia tal, tan ciego desvarío;
Y á tu alma torne la quietud robada.
No mas tu pecho dolorido gima;
No mas el mio oyéndolo se oprima;

No mas.... ¡Pero de nuevo,
Cuanto mas fino á consolarte pruebo,
Vuelves á suspirar solo al mirarme....!
De una vez, cruda, acaba de matarme.
Mas deja en tanto al labio apasionado
Que tu suspiro celestial aliente:
Benigna deja que en el hondo seno
Lo ponga reverente,
De mil y mil que exhalo acompañado.
¡Oh corazon de sus encantos lleno!
Recibelo feliz, y en el glorioso
Trono do reina mi Fany querida,
Do afable dulces leyes te prescribe,
Y á par tus votos sin cesar recibe,
Ponlo: y por siempre tu sin par fineza,
Tu lealtad y desvelo cariñoso,
Tu ciego ardor, tu voluntad rendida,
Tu pura fe, tu natural llaneza,
Y cuanto haya en amor de mas divino,
Ante él lo ofrece en holocausto digno,
Y tú calma, mi bien, tan cruda pena:
Ria en sus gracias tu beldad serena:
Alienta, alienta, y mi dolor no agraves,
Alienta, y no la gloria
En que inundarme afortunado siento
Destruyas, o el futuro sentimiento

Despiertes hoy aleve
En mi exaltada, mi vivaz memoria.
  En las desdichas que amagarnos sabes,
Deja este espacio breve,
Déjalo, Fany, á mi fugaz ventura;
Y goce yo sin nieblas tu hermosura.
Gocela fino; á mi cariño deja
Crédulo abandonarse á los süaves
Inefables encantos,
Con que el deseo lisonjero aleja
El fatal plazo de dolor y llantos;
Y ardiente apure mi felice boca
El dulce cáliz que su sed provoca.
  No en mi ilusion me aflijas; que inhumana
Vendrá ¡oh dolor! la ausencia,
La ausencia, Fany, cuyo espectro odioso
Contino asusta nuestro amor dichoso,
A ejecutar bien presto
Del hado en mí la bárbara sentencia;
Y en sañudo ademan, torvo semblante,
Con violencia tirana,
Voz imperiosa y diestra menazante,
Lejos de tí me arrastrará.... ¡funesto
Recuerdo! trance horrible! ¡Fany mia,
Que yo haya de partir! ¡que mi ventura
Tan dulce union, tan íntimos amores,

Tan claro dia, tan divinas flores,
Hayan de fenecer! ay! aquel dia,
Dia de duelo, y luto y amargura,
Tú llorarás tambien: con tus plegarias
Las raudas horas á mi bien contrarias
Anhelarás parar: bárbaro, impío
Al cielo llamarás: del cuello mio
Queriendo en vano desatar tus brazos,
Perdida huir mis últimos abrazos.
Y solitaria, mísera, cuidosa
Vagarás por tu estancia pavorosa,
Con planta vacilante,
Espíritu azorado, y vista errante,
Llamando en débil voz, en grito triste,
Al que no ha nada á tus rodillas viste,
Ciego en su amor, perdido, enagenado,
La cabeza en tu seno reclinada,
Cantar apasionado
Su eterna fe, tu llama regalada;
Y entonces abismado, confundido,
Mísero, desolado, sin sentido,
Pedirá en vano, anhelará la muerte,
Cual blando alivio á su infelice suerte
Los ayes pues, el suspirar quejoso
Con que afliges mi pecho,
A otros suspiros y zozobras hecho

En los delirios de un amor dichoso,
Déjalos, Fany, á la ominosa hora
Del adios triste que á la par tememos;
Y hoy en delicias crédulos gocemos
Del fugaz rayo que aun los montes dora.

SILVA II.

FANY ENOJADA.

¿Será posible, idolatrado dueño,
Que contra un inocente
Dure en tí siempre el implacable ceño?
Mírote, y tiemblo: ardiente solicito
Tu gracia, y me baldonas inclemente.
Callo, y tu lado respetoso evito,
Y huyendo, injusta, á mi pesar te irrito.
Vuelvo, y te agitas mas: ¡en cuántas iras
Arden tus lindos ojos si me miras!
¿Por qué tanto rigor, tan fiero encono?
¿Por qué, Fany adorada,
Tras ruegos tales desdeñarme airada
Con gesto tal y tan amargo tono?
¿Me cesarás de amar? ¿los celestiales
Juramentos que hiciste,
Los que á mi labio apasionado oiste,

Si en fe mas puros, en delirio iguales,
Se pueden quebrantar? ¿el dulce encanto
De tus tiernas caricias
Se acabó para mí? ¿serán mis males
Con tu rigor eternos,
Y eterno mi llorar tus injusticias?
Duélete, ó cruda, de mi amargo llanto:
Duélete, y cariñosa
Vuelvan tus ojos á mirarme tiernos,
Tu suave boca á articular donosa
El idioma de amor, finos tus brazos
Ciñan mi cuello en deliciosos lazos,
Tu pecho celestial abrase al mio,
Y acabe, acabe ese rigor impío.
Acabe ya; que la implacable saña
Ni al tierno Amor, ni á Cíprida conviene:
Todo en el mundo sus mudanzas tiene;
Y encono tanto á tu hermosura daña.
Te idolatro, y mis dudas
Son nobles hijas del amor mas fino:
De este amor puro, celestial, supremo,
Que hará por siempre mi feliz destino;
Y asi perderte á cada punto temo.
Si tú, mi bien, amases
Cual yo sin seso tu beldad adoro,
Si tu pecho inclemente

Sentir pudiera mi pasion ardiente,
Y cual mísero peno tú penases,
La gracia hicieras, que rendido imploro.
Benigna disculparas
Mi enojo ciego, mi furor demente.
Mi error zeloso y las palabras rudas,
Que á tu dulzura angelical comparas,
Y que en mi oido sin cesar sonando
Flechas semejan rápidas, agudas,
Que impia disparas á mi pecho triste:
Y por mi llanto mi dolor juzgando,
Por este llanto ciego
Con que hoy tus plantas dolorido riego,
Y antes de gozo derramar me viste,
En lugar de asperezas,
Y ese tu ceño indómito, ominoso,
Que indigno anubla tu semblante hermoso,
Solícita doblaras tus finezas
Y amorosos consuelos,
Feliz castigo en mis soñados zelos.
Pero tú, Fany fiera,
Tú anhelas solo que en mis ansias muera,
Y asi en ellas te gozas de mirarme,
Burlándote, cruel, de mi tormento,
Y yo infeliz sin fruto me lamento.....
Perdon, perdon, ó acaba de matarme.

Si horrísona tormenta
Cubre en tiniebla el dia,
La luz y la alegría
Vuelve rïente el sol.
Mírete yo contenta,
Caiga tu ceño oscuro,
Y alentará seguro
Mi afortunado amor.

SILVA III.

EL CUMPLEAÑOS DE FANY, HABIENDO DE DEJARLA DENTRO DE BREVES DIAS.

Ya entre arreboles la risueña aurora
Cielos y tierra de su albor colora:
De nuevas flores se engalana el prado,
Y el viento bulle en ámbares bañado.
Fany, amable Fany, en raudo vuelo
Fausto nos vuelve el cielo
De tu feliz natal el claro dia.
Las aves en acorde melodía
Proclamándolo van..... ¿Oyes, amada,
Sus trinos armoniosos?
¿De tu nombre los vivas deliciosos?
Tus años son: ¡ó suerte afortunada!

Tus años, de tu vida
El oriente feliz. Fany querida,
Loco de gozo, embebecido todo,
Mi fina llama, mi sin par ternura,
Por mas que encarecértelo procura
Mi cariñoso labio, no hallan modo
Como este dia celebrar: quisiera
Que tu pecho inundar dado me fuera
Del júbilo, mi bien, que inunda el mio,
Y embriagarlo en su angélico contento.
  Tierno quisiera el fugitivo plazo
Que el cielo, ó cara, me destina pio
Al de tu vida unir, unir mi aliento;
Y en delicioso indisoluble lazo
Hacer que por entrambos tú aspirases,
Y yo acabando de mi ser gozases.
  Entonces ¡ay! en mi delirio ardiente
Reclinado en tu seno blandamente,
¡Cuán alegre muriera,
Y á vida mas feliz en tí naciera!
      Fin tan delicioso,
    De tí acariciado,
    No, dueño adorado,
    No fuera morir.
      Éxtasi glorioso
    De dulces amores,

Fuera en mil ardores
Por siempre vivir.

Esta cadena misteriosa que une
Nuestras almas amantes,
Mas cada vez en su pasion constantes,
Que de ambas con suavisima armonía
En solo un punto el anhelar reune,
Y un solo pensamiento,
Siempre á mi gusto tú, yo al tuyo atento,
Su firme nudo aun mas estrecharia,
Y un solo ser de nuestro ser haria.

Nuestros dos pechos sin jamas saciarse
Amaran siempre para mas amarse.
Feliz sintiera cuanto tú gustaras:
Con tus suaves afectos mi ternura
Natural excitaras:
Néctar fuera en mis labios tu dulzura:
Despertaran mis llamas tus ardores:
Tu timidez amable mis temores,
Y venturoso fuera en tu ventura.

Unida á la planta
Que fiel la sustenta,
La yedra alimenta
Su humilde raiz;
Y ufana levanta
Sus tiernos pimpollos

Hasta los cogollos
Del árbol feliz.
Yo dejara de ser; pero en la vida
De mi Fany querida
Tornara á florecer: ¡oh si me oyese
El cielo, y luego mi querer cumpliese!
¡Qué en vano, idolatrada, la aspereza
De la suerte envidiosa
Atribulara entonces mi fineza;
Ni en medio mi delirio apasionado
Me vieras siempre en dudas abismado!
¡Qué en vano ¡ay triste! la memoria odiosa
De tener que ausentándome dejarte,
Y á un bárbaro opresor abandonarte,
Atosigara mi doliente seno,
Aun en tus brazos de zozobras lleno!
¡Qué en vano en fin el ansia de perderte,
Muy mas amarga que la misma muerte,
Hoy á anublarme en mi gozar vendria,
Ni el vuelo á mi esperanza cortaria!
¿Quién te arrancara
Del lado mio,
De tu albedrio
Fiero opresor?
¿Quién me privará
De las delicias

Que en tus caricias
Me brinda Amor?
Un ser con tu sér hecho,
Y en nudo celestial á tí ayuntado,
Nudo de amor dulcísimo y estrecho,
Tú aspiraras mi aliento apasionado,
Yo inflamara tu angélica ternura:
Y embebecido, loco en mi ventura,
Cuanto ansio ciego sin cesar gozando
Feliz mi llama se alentara amando,
Y cuanto mas ardiera mas gozara,
Y gozando sin fin, sin fin ansiara;
Ni nada, dulce bien, nada temiera.
Cuando ora acaso en la celeste esfera
El sol no acabará su presto giro,
Y lejos de tí... ¡oh Dios!... perdon, amada:
Permite á mi dolor solo un suspiro;
Y años mil te haga el cielo afortunada.
Sobre tu amable vida
Plácido el tiempo gire:
De la vejez retire
Lejos de tí el horror.
Siempre en niñez florida
Brillar tus gracias veas:
Siempre adorada seas,
Siempre pagues mi amor.

SILVA IV.

A LAS MUSAS.

Perdon, amables Musas: ya rendido
Vuelvo á implorar vuestro favor; el fuego
Gratas me dad con que cantaba un dia
Las dulces ansias del amor mas ciego;
O de la ninfa mia
Las gratas burlas, el desden fingido,
Y aquel huir para rendirse luego.
El entusiasmo ardiente
Dadme en que ya pintaba
La florida beldad del fresco prado,
La calma ya en que el ánimo embargaba
El escuadron fulgente,
Que en la noche serena
El ancho cielo de diamantes llena;
Deslizándose en tanto fugitivas
Las horas, y la cándida mañana
Sembrando el paso de arrebol y grana
A Febo luminoso.
¡Ah Musas! ¡qué gozoso
Las canciones festivas
De las aves armonico siguiera

Saludando su luz el labio mio!
Ora mirando el plateado rio
Sesgar ondisonante en la ladera;
Ora en la siesta ardiente,
Bajo la sombra hojosa
De algun árbol altísimo copado,
Al raudal puro de risueña fuente,
Gozando en paz el soplo regalado
Del manso viento en las volubles ramas.
Ni alli loca ambicion en peligrosos,
Falaces sueños embriagó el deseo:
Ni sus voraces llamas
Sopló en el corazon el odio insano;
Ó en medio de desvelos congojosos
Insomne se azoró la vil codicia,
Cubriendo su oro con la yerta mano.
Miró el mas alto empleo
El alma sin envidia: los umbrales
Del magnate ignoró; y á la malicia
Jamas expuso su veraz franqueza.
De rústicos zagales
La inocente llaneza
Y sus sencillos juegos y alegría,
De cuidados exento
Venturoso gocé; y el alma mia
Entró á la parte en su hermanal contento.

La hermosa juventud me sonreia
Y de fugaces flores
Ornaba entonces mis tranquilas sienes,
Mientra el ardiente Baco me brindaba
Con sus dulces favores;
Y de natura al maternal acento
El corazon sensible,
En calma bonancible
Y en comun gozo y en comunes bienes
De eterna bienandanza me saciaba.
¡Dias alegres, de esperanza henchidos,
De ventura inmortal! ¡amables juegos
De la niñez! ¡memoria,
Grata memoria de los dulces fuegos
De amor! ¿dónde sois idos?
Decidme, Musas, ¿quién ajó su gloria?
Huyó niñez con ignorado vuelo;
Y en el abismo hundió de lo pasado
El risueño placer. ¡Desventurado!
En ruego inútil importuno al cielo;
Y que torne le imploro
La amable inexperiencia, la alegría,
El ingenuo candor, la paz dichosa
Que ornaron ¡ay! mi primavera hermosa;
Mas nada alcanzo con mi amargo lloro.
La edad, la triste edad del alma mia

Lanzó tán hechicera
Magia; y á mil cuidados
Me condenó por siempre en faz severa.
Crudo decreto de malignos hados
Dióme de Temis la inflexible vara;
Y que mi blando pecho
Los yerros castigára
Del delincuente, pero hermano mio,
Astrea me ordenó: mi alegre frente
De torvo ceño oscureció inclemente;
Y de lúgubres ropas me vistiera.
Yo mudo, mas deshecho
En llanto triste su decreto impío
Obedecí temblando;
Y subí al solio y de la acerba diosa
Las leyes pronuncié con voz medrosa.
¡Oh quién entonces el poder tuviera,
Musas, de resistir! ¡quién me volviese
Mi oscura medianía,
El deleite, el reir, el ocio blando
Que imprudente perdí! ¡quién convirtiese
Mi toga en un pellico, la armonía
Tornando á mi rabel con que sonaba
En las vegas de Otea [1]

[1] Sitio ameno muy inmediato á Salamanca.

De mis floridos años los ardores,
Y de Arcadio la voz le acompañaba,
Bailando en torno alegres los pastores!
El que insano desea
El encumbrado puesto,
Goce en buen hora su esplendor funesto.
Yo viva humilde, oscuro,
De envidia vil, de adulacion seguro,
Entre el pellico y el honroso arado.
Y de fáciles bienes abastado,
En salud firme el cuerpo, sana el alma
De pasiones fatales,
Entre otros mis iguales,
En recíproco amor, entre oficiosos
Consuelos, feliz muera
En venturosa calma,
Mi honrada probidad dejando al suelo;
Sin que otro nombre en rótulos pomposos
Mi losa al tiempo guarde lisonjera.
Pero ¡ah Musas! que el cielo
Por siempre me cerró la florecida
Senda del bien; y á la cadena dura
De insoportable obligacion atando
Mi congojada vida,
Alguna vez llorando
Puedo solo enganar mi desventura

Con vuestra voz y mágicos encantos.
Alguna vez en el silencio amigo
De la noche callada
Puedo en sentidos cantos
Adormir mi dolor; y al crudo cielo
Hago de ellos testigo,
Y en las memorias de mis dichas velo,
Musas, alguna vez: pues luego airada
Temis me increpa; y de pavor temblando
Callo y su imperio irresistible sigo,
Su augusto trono en lágrimas bañando.
Musas, amables Musas, de mis penas
Benignas os doled: vuestra armonía
Temple el son de las bárbaras cadenas
Que arrastro miserable noche y dia.

SILVA V.

AL CEFIRO DURMIENDO CLORIS.

Bate las sueltas alas amorosas,
Cefirillo süave, silencioso;
No de mi Clori el sueño regalado
Ofendas importuno: al fresco prado
Tórnate y á las rosas,
Tórnate, cefirillo bullicioso;

Y de su cáliz goza y sus olores.
A mi Clori perdona, tus favores,
Tu lisonjero aliento le escasea;
Y huye lejos del labio adormecido.
No agravies, no, atrevido
Su reposo felice,
Que Amor quizá en su idea
Me retrata esta vez, quizá le ofrece
Mi fe pura y le dice:
Duélete, ó desdeñosa,
De tan fina pasion, y con su fuego
Su tímida modestia desvanece,
Tornándola sensible y cariñosa.
Oh! mi ventura no interrumpas ciego!
Yo no sé qué, latiéndome gozoso,
Me anuncia el corazon al contemplarla.
Déjame ser en sueños venturoso;
Y escapa lejos á jugar al prado,
O respetoso pásate á su lado.
Empero ya travieso por besarla
Una rosa doblaste
Y vivaz en sus hojas te ocultaste.
De nuevo tornas y la rosa inclinas,
Y con vuelo festivo,
Bullicioso y lascivo
La meces y á su pecho te avecinas.

O! que mi ardor provocas
Cada vez que lo tocas!
O! que tal vez ese cogollo esconde
Letal punzante espina que su nieve
Hiera con golpe aleve!
Cesa, y benigno á mi rogar responde:
Cesa, céfiro manso,
Y siga Clori en plácido descanso.
Cesa; y á tu deseo
Corresponda tu ninfa agradecida
En fácil himeneo.
¡O nuncio del verano deleitoso!
Tú que en móviles alas vagaroso,
De las flores galan, del prado vida,
Vas dulce susurrando,
Con delicado soplo derramando
Mil fragantes esencias ¡ay! no toques
Esta vez á mi Clori; no provoques,
Cefirillo atrevido,
Con tu aroma su aliento:
Guarda, que Amor con ella se ha dormido.
Mas ¡ay! con qué contento
Parece que se rie y que me llama!
Su boca se despliega
Y su semblante celestial se inflama,
Como la rosa pura

Que bañada en aljófares florece
Emulando del alba la hermosura.
Llega festivo, llega
A sus párpados bellos,
Y con ala traviesa cariñoso
Asentándote en ellos
Apacible los mece,
Que otra vez rie y su alegría crece.
Ay! agítala, llega, y tan dichoso
Momento no perdamos, cefirillo,
Que Amor me llama, y su favor me envia.
Acorre, vuela, y tu fugaz soplillo
Al logro ayude de la dicha mia.

SILVA VI.

LAS FLORES.

Naced, vistosas flores,
Ornad el suelo que lloró desnudo
So el cetro helado del invierno rudo,
Con los vivos colores
En que matiza vuestro fresco seno
Rica naturaleza.
Ya rie Mayo, y Céfiro sereno
Con deliciosos besos solicita
Vuestra sin par belleza;

Y el rudo broche á los capullos quita.
Pareced, pareced ¡ó del verano
Hijas y la alma Flora!
Y al nacarado llanto de la aurora
Abrid el cáliz virginal: ya siento,
Ya siento en vuestro aroma soberano,
Divinas flores, empapado el viento;
Y aspira la nariz y el pecho alienta
Los ámbares que el prado les presenta
Do quiera liberal. ¡Oh qué infinita
Profusion de colores
La embebecida vista solicita!
¡Qué magia! ¡qué primores
De subido matiz que anhela en vano
Al lienzo trasladar pincel liviano!
Con el arte natura
A formaros en una concurrieron,
Galanas flores, y á la par os dieron
Sus gracias y hermosura.
Mas ¡ah! que acaso un dia
Acaba tan pomposa lozanía,
Imágen cierta de la suerte humana.
Empero mas dichosas
Si os roba, flores, el ferviente estío,
Mayo os levanta del sepulcro umbrío;
Y á brillar otra vez naceis hermosas.

Asi, ó jazmin, tu nieve
Ya á lucir torna aunque en espacio breve
Entre el verde agradable de tus ramas;
Y con tu olor subido
Parece que amoroso
A las zagalas que te corten clamas,
Para enlazar sus sienes venturoso.
Mientra el clavel en púrpura teñido
En el flexible vástago se mece;
Y oficioso desvelo á la belleza,
A Flora y al Amor un trono ofrece
En su globo encendido,
Hasta que trasladado
A algun pecho nevado,
Mustio sobre él desmaya la cabeza,
Y el cerco encoge de su pompa hojosa.
Y la humilde violeta, vergonzosa,
Por los valles perdida,
Su modesta beldad zela encogida;
Mas el ámbar fragante
Que le roba fugaz mil vueltas dando
El aura susurrante,
En él sus vagas alas empapando,
Descubre fiel do esconde su belleza,
Orgulloso levanta la cabeza,
Y la vista arrebata

Entre el vulgo de flores olorosas
El tulipan, honor de los vergeles;
Y en galas emulando á los claveles,
Con fajas mil vistosas,
De su viva escarlata
Recama la riquísima librea.
Pero ¡ah! que en mano avara le escasea
Cruda Flora su encienso delicioso;
Y solo asi á la vista luce hermoso.
No tú, azucena virginal, vestida
Del manto de inocencia en nieve pura,
Y el cáliz de oro fino recamado;
No tú, que en el aroma mas preciado
Bañando afortunada tu hermosura,
A par los ojos y el sentido encantas.
De los toques mecida
De mil lindos amores,
Que vivaces codician tus favores,
¡O cómo entre sus brazos te levantas!
¡Cómo brilla del sol al rayo ardiente
Tu corona esplendente!
¡Y cuál en torno cariñosas vuelan
Cien mariposas y en besarte anhelan:
Tuyo, tuyo seria,
¡O azucena! el imperio sin la rosa,
De Flora honor, delicia del verano;

Que en fugaz plazo de belleza breve
Su cáliz abre al apuntar el dia,
Y en púrpura bañada el soberano
Cerco levanta de la frente hermosa:
Su aljófar nacarado el alba llueve
En su seno divino:
Febo la enciende con benigna llama,
Y le dió Citerea
Su sangre celestial, cuando afligida
Del bello Adonis la espirante vida,
Que en débil voz la llama,
Quiso acorrer; y del fatal espino
Ofendida ¡ó dolor! la planta bella
De púrpura tiñó la infeliz huella.
Codíciala Cupido
Entre las flores por la mas preciada;
Y la nupcial guirnalda que ciñera
A su Psiquis amada,
De rosas fue de su pensil de Gnido;
Y el tálamo feliz tambien de rosa
Donde triunfó y gozo, cuando abrasado
En su llama dichosa
Tierno exclamo en sus brazos desmayado:
¡Hoy, bella Psiquis, por la vez primera
Siento que el dios de las delicias era!
¡O reina de las flores!

¡Gloria del Mayo! ¡venturoso fruto
Del llanto de la aurora!
Salve ¡rosa divina!
Salve; y ve, llega á mi gentil pastora
A rendirle el tributo
De tus suaves olores;
Y humilde á su beldad la frente inclina.
Salve ¡divina rosa!
Salve; y deja que viéndote en su pecho
Morar ufana y por su nieve pura
Tus frescas hojas derramar segura,
Loco envidie tu suerte venturosa;
Y anhele en tí trocado
Sobre él morir en ámbares deshecho,
Me aspirará su labio regalado.

SILVA VII.

EL SUEÑO.

¿Por qué en tanta alegría
Se inunda mi semblante,
Y enagenado el ánimo se goza,
Curiosa me demandas, Fili mia?
Hállote, y al instante
Mi corazon palpita y se alboroza;

Y rio si te miro,
Y no de pena, de placer suspiro.
Un sueño, un sueño solo mi contento
Causa, Fili adorada;
Óyelo, y goza el júbilo que siento.
En la fresca enramada
Cual solemos triscando,
Y riendo y burlando,
Soñé feliz que estábamos un dia:
De lindas flores á tu sien tejia
Y amáraco oloroso
Yo una guirnalda bella;
Mas tú, cuando oficioso
Ceñírtela intenté me la robaste;
Y una cinta con ella
Flexible haciendo, blandamente ataste
Mis dos manos: estrecha, Fili, estrecha,
Dije, el nudo primero,
Y otro y otro tras él y otro me echa,
Que á gloria tengo el ser tu prisionero.
Luego viendo una rosa
En medio el valle descollar hermosa
Sobre todas las flores,
De los besos del céfiro halagada,
A cortarla corrí. ¡Flor venturosa,
Le dije, el lácteo seno de mi amada

De tu frescura goce y tus olores!
Y en él la puse lleno de ternura.
Mi rosa pareció mas encendida,
Y su nieve mas pura
Contrapuesta á la púrpura subida.
Tú al punto la tomaste,
Y no sin vanidad ¡ay! la llegaste
Al carmin vivo de tus labios bellos;
Y besándola, de ellos
A los mios riendo la pasaras.
El alma toda apenas los tocaras,
El alma toda á recoger tu beso
Sobre la rosa se lanzó anhelante;
Y por uno, sin seso
Su tierno cáliz te torné abrasado
Con mil y mil en mi pasion amante.
En tales burlas por el fresco prado
Vagando alegres fuimos,
Cantando mil tonadas,
O remedando en voces acordadas
Ya el trino delicado á los jilgueros,
Ya el plácido balar de los corderos,
Cuando á Lícidas vimos
Que á nosotros venia
Cual suele en torva faz, osco y zeloso:
De súbito nublose tu alegría,

Bien como flor cortada
Cuya mustia beldad cae desmayada:
Y con labio medroso
Huyamos me dijiste:
¿Zagal tan necio y tan odioso viste?
Yo te idolatro; y quiere
Que oiga su amor y alivie su cuidado;
Y asi me sigue cual si sombra fuera.
¡Ay zagal! aqui estás: en vano espera;
Y fiel mi mano al corazon llevaste:
Sobre él la puse, y fino palpitaba;
Y el mio de placer mil vuelcos daba.
Asi en trisca inocente
Sin sentirlo llegamos á la fuente,
Que en torno enrama el álamo pomposo.
Aqui evitemos la abrasada siesta,
Dijiste, pues á plácido reposo
Su sombra brinda y brinda la floresta;
Y te asentaste en la mullida grama.
Yo cariñoso me senté á tu lado,
Y en torno se derrama
Con el tuyo paciendo mi ganado
Por la fresca pradera.
El albo vellocino á la cordera,
Que en grato don por el rabel me diste,
A rizar oficiosa te pusiste;

Y yo en tanto escribia
Tu nombre venturoso
En la lisa corteza ;
Y asi apenado al álamo decia:
Crece, tronco dichoso,
Crece; y el nombre de mi Fili amada
Crezca á la par contigo,
Y á par tambien su amor y su firmeza;
Y sé á los cielos de mi fe testigo.
De hoy mas por los pastores
Se escogerá tu sombra regalada,
Cuando traten en pláticas de amores,
O al viento envien sus dolientes quejas.
Sus inocentes danzas
Tendrán en tí las lindas zagalejas;
Y anidarán los dulces ruiseñores.
Ni sufrirás del tiempo las mudanzas
De tus sonantes hojas despojado,
Ya con su nombre á Fili consagrado.
Tú, que fina escuchaste
Mi apasionado ruego,
Cariñosa tomaste
La aguda punta y escribiste luego
Tras Fili, de Damon, y por adorno
De mirto una lazada
Que los dos nombres estrechaba en torno

Y tierna me miraste: ¡ó qué mirada!
De ella alentado mis felices brazos
A tu cuello de nieve
Lanzándose amorosos.... Un ruido
Suena á la espalda, y la enramada mueve:
Tú esquiva evitas los ardientes lazos:
Yo miro airado; y Lícida escondido
Torvo acechaba nuestra dulce llama:
Su odiosa vista en cólera me inflama:
Detiéneme tu brazo cariñoso:
Lícidas huye con fugaz carrera:
Despierto; y en mi sueño venturoso
Fue Fili de Damon tu voz postrera.

SILVA VIII.

LOS RECUERDOS TRISTES.

¡Ah Clori! se anublaron
Los dias del placer: nuestra ventura
Pasó, pasó dejando en la memoria
Solo tristes recuerdos y amargura.
Sombra fugaz volaron
Las horas fugitivas de mi gloria,
Muy mas que el ave que ni rastro deja
Cuando hasta el cielo rápida se aleja.

Vuelvo atras; y el deseo
Engañador te finge cual un dia
Nos viera Amor, de sus ardientes flechas
Nuestras dos almas, para en uno hechas,
Gozándose llagadas, retirados
Del comercio importuno,
Y á su imperio feliz abandonados:
Ya en la alameda hojosa en el recreo
De un paseo inocente,
Ya en tu albergue glorioso do ninguno,
Triste censor de nuestras ansias puras,
Ni tus palabras mágicas oía,
Ni de mi loca lengua las ternuras,
Ni los suspiros de mi amor ferviente:
Solo el cielo nos viera,
Y sus puras antorchas rutilantes,
Y al cielo enagenado yo pedia,
Que en sus claras mansiones
Mis votos y tus votos recibiera;
Y en mis brazos amantes
Mas fino y tú mas tierna te estrechabas;
Y asi testigos mi delirio hacia
De mi inmensa ventura
Ya la lumbre de amor, ya los triones,
Mientra ardia y gozaba,
Y tornaba á gozar, y mas ardia.

¿Te acuerdas, adorada, la ternura
Con que anublando ya la imágen triste
De mi ausencia el placer, tú me dijiste:
¡O importuno! olvidemos
Momento tan fatal: ora gocemos,
Gocemos otra vez? ah! ¿qué se hiciera
De aquella noche en que el desden rendido
Prorumpiste llorando: eres querido;
Tuya soy, tuya? ¡oh noche! si olvidarme
De tí puedo, mi pecho al gozo muera:
Clori deje de amarme.
Divididos apenas
Del blondo estío en los ardientes dias,
Si el momentáneo trance se llegaba
De alejarme de tí, ¡cuál te afligias!
¡Cómo yo me apartaba! ¡ay horas llenas,
Horas llenas de gloria y de ventura!
¡Horas que en vano detener procura
Mi insano amor! ¿do estais? ¿ó qué se ha hecho
De aquel hallarme á su adorable lado,
Y á sus plantas postrado,
En ansias mil deshecho?
Ya embriagado el oido
En su voz celestial, que el alma eleva,
Y do le agrada extática la lleva:
Ya ciego, arrebatado, sin sentido

A los rayos lumbrosos
De sus ojuelos, vivos, cariñosos:
Ya plácido gozando la alegría
De su amable semblante,
Do reinan sencillez y cortesía,
Y angélica inocencia: el albo seno,
De honestidad y de ternura lleno,
Bajo la sutil gasa palpitante,
Mientras furtivo mi mirar seguia
Su movimiento blando,
Mi fiel imágen dentro contemplando.
Clori, esta imágen indeleble sea,
A pesar de la suerte,
Que agostará nuestro florido suelo.
Idólatra en tu fe, constante vea
Arder hasta la muerte
La fiel llama que en tí me envidia el cielo.
Ó si débil acaso.... Clori mia,
Sin que dejes de amarme,
En tus brazos, iluso en mi alegría,
Hoy acabe, si un dia has de olvidarme.

SILVA IX.

EL LECHO DE FILIS.

¿Dó me conduce Amor? ¿dó indavertido,
En soñadas venturas embebido
Llegué con planta osada?
Esta es la alcoba de mi Fili amada.
Aquel su lecho, aquel: alli reposa:
Alli su cuerpo delicado, hermoso
En blanda paz se entrega
Al sueño mas süave: esta dichosa
Holanda la recibe: llega, llega
Con paso respetoso,
¡O deseo feliz! llega, y suspira
Sobre el lecho de Fili; y silencioso
Si en él descansa, al punto te retira:
Retírate; no acaso á despertarla
En tu ardor impaciente
Te atrevas por tu mal: huye prudente,
Huye de riesgo tal, y ni á mirarla
Pararte quieras por estar dormida,
Que aun corre riesgo, si la ves, tu vida.
Pero solo está el lecho: ¡afortunado
Lecho, salve mil veces,
Pues que gozar mereces

De su esquiva beldad! ¡salve nevado
Lecho; y consiente que mi fina boca
La holanda estreche, que felice toca
Los miembros bellos de mi Fili amada!
Su deliciosa huella señalada
En tí, lecho felice,
Aqui posó dormida
La rubia frente á mi deseo dice:
Alli tendió hácia mí su brazo hermoso,
Del delirio de un sueño conmovida;
Y aqui asentó su seno delicioso.
¡O salve veces mil; y el atrevido
Tiempo no te consuma,
Dichoso lecho, del Amor mullido!
Siempre en torno de tí las Gracias velen:
Los sueños lisonjeros,
Cuando mi Fili tu süave pluma
Busque, sobre ella cariñosos vuelen:
En sus alas los céfiros ligeros
Todo el ámbar le ofrezcan de las flores;
Y mi forma tomando
El placer en su seno mil ardores,
Gozos mil mueva, su desden domando.
¡Salve, lecho feliz, que solo sabes
Misterios tan süaves!
Tú, si su seno cándido palpita,

Le sientes palpitar · tú si se queja,
Tú si el placer la agita,
Y embriagada le deja
Fingirse mil venturas,
Todo lo entiendes, lecho regalado,
Todo lo entiendes con envidia mia.
Sus ansias inefables, sus ternuras,
Sus gozos, sus desvelos,
Su tímida modestia, sus rezelos
En el silencio de la noche amado
Patentes á tí solo, con el dia
Para mí desparecen,
Y cual la niebla al sol se desvanecen.
¡O lecho, feliz lecho, cuál suspiro
Cuando tu suerte y mis zozobras miro!
Si en tí el reposo habita,
¿De dó, lecho feliz, viene la llama
Que en delicias me inflama?
¿La grata turbacion que el pecho agita?
¡Ah lecho afortunado!
Tú de mi bien en tu quietud recibes
El llanto aljofarado,
Si lastimada llora: tú percibes,
Tú solo en sus amores confidente,
Su delicada voz. ¿Mis ansias siente?
¿Se angustia como yo? teme? rezela?

¿Duda si en verla tardo, y se desvela?
¡Ay! tú lo sabes: dímelo te ruego,
Y templa de una vez mi temor ciego:
Témplalo, dulce lecho.... Asi decia
El ardiente Damon, sin que pensase
Que Filis le atendia
Á otra parte del lecho retirada.
La bella zagaleja lastimada
De que tanto penase,
Salio presta de donde se escondia:
Damon se turba, y Filis cariñosa
Se rie dulcemente y le asegura;
Mudando la serrana desdeñosa
Su rigor desde entonces en blandura.

SILVA X.

MI VUELTA AL CAMPO.

Ya vuelvo á tí, pacífico retiro,
Altas colinas, valle silencioso,
Término á mis deseos,
Faustos me recibid: dadme el reposo
Por que en vano suspiro
Entre el tumulto y tristes devaneos
De la corte engañosa.

Con vuestra sombra amiga
Mi inocencia cubrid, y en paz dichosa
Dadme esperar el golpe doloroso
De la parca enemiga,
Que lento alcance á mi vejez cansada,
Cual de otoño templado
En deleitosa tarde, desmayada
Huye su luz del cárdeno occidente
El rubio sol con paso sosegado.
¡Oh como, vegas plácidas, ya siente
Vuestro influjo feliz el alma mia!
Os tengo, os gozaré; con libre planta
Discurriré por vos: veré la aurora,
Bañada en perlas que riendo llora,
Purpúrea abrir la puerta al nuevo dia,
Su dudoso esplendor vago esmaltando
Del monte que á las nubes se adelanta
La opuesta negra cumbre:
Del sol naciente la benigna lumbre
Veré alentar, vivificar el suelo,
Que en nublosos vapores
Adormeciera de la noche el hielo:
Del aura matinal el soplo blando,
De vida henchido y olorosas flores,
Aspiraré gozoso:
El himno de alborada bullicioso

Oiré á las sueltas aves,
Extático en sus cánticos süaves;
Y mi vista encantada,
Libre vagando en inquietud curiosa
Por la inmensa llanada,
Aqui verá los fértiles sembrados
Ceder en ondas fáciles al viento,
De sus plácidas alas regalados:
Sobre la esteva honrada
Alli cantar al arador contento
En la esperanza de la mies futura:
Alegre en su inocencia y su ventura
Mas allá un pastorcillo
Lento guiar sus cándidas corderas
Á las frescas praderas,
Tañendo el concertado caramillo:
Y el rio ondisonante,
Entre copados árboles torciendo,
Engañar en su fuga circulante
Los ojos que sus pasos van siguiendo,
Lento aqui sobre un lecho de verdura,
Alli zelando su corriente pura;
Cerrando el horizonte
El bosque impenetrable y arduo monte.
¡O vida! ¡ó bienhadada
Situacion! ¡ó mortales

Desdeñados y oscuros! ¡ó ignorada
Felicidad, alivio de mis males!
¡Cuándo por siempre en vuestro dulce abrigo
Los graves hierros que aherrojada siente
El alma romperá! ¡cuándo el amigo
De la naturaleza
Fijará en medio de ella su morada,
Para admirar contino su belleza,
Y celebrarla en su entusiasmo ardiente!
Otros gustos entonce, otros cuidados
Mas gratos llenarán mis faustos dias:
De mis rústicas manos cultivados
Los campos que labraron mis abuelos,
Las esperanzas mias
Colmarán y mis providos desvelos:
Mi huerta abandonada,
Que apenas ora del colono siente
En su seno la azada,
De hortaliza sabrosa
Verá poblar sus niveladas eras:
Mi mano diligente
Apoyará oficiosa
Ya el vástago á la vid, ya la caida
Rama al frutal, que al paladar convida
Doblada al peso de doradas peras:
Veráme mi ganado

A su salud, á su custodia atento
Solicito contarle, cuando lento
Torna al redil de su pacer sabroso:
O en ocio afortunado,
Mientra su ardiente faz el sol inclina,
Solitario filósofo el umbroso
Bosque en la mano un libro discurriendo,
Llenar mi pechó de tu luz divina,
Angélica verdad, las celestiales
Sagradas voces respetoso oyendo,
Que en himnos inmortales,
En medio de las selvas silenciosas
Do segura reposas,
Al sencillo mortal para consuelo
Tal vez dictaste del lloroso suelo.
De las aves el trino melodioso
Alli mi dulce voz despertaria;
Y armónica á las suyas se uniria
Cantando solo el campo y mi ventura:
Alli del campo hablara
Con el pobre colono; y en las penas
De su estado afanoso
Con blandas voces de consuelo llenas
Humano le alentara:
O bien sentado á la corriente pura,
Viva, fresca, esplendente,

Del plácido arroyuelo, bullicioso,
Que entre guijuelas huye fugitivo,
Si del vicio tal vez la imágen fiera,
Mi memoria afligiera,
El ánimo doliente
Se conhortara en su dolor esquivo;
Y en sus rápidas linfas contemplando
De la vida fugaz el presto vuelo,
Calmara el triste anhelo
De la loca ambicion y ciego mando.
Imágen ¡ó arroyuelo!
Del tiempo volador y de la nada
De nuestras mundanales alegrías,
Una de otra apremiada
Tus ondas al nacer se desvanecen:
Y en raudo curso en el vecino rio
Tu nombre y tus cristales desparecen.
Asi se abisman nuestros breves dias
En la noche del tiempo: asi la gloria,
El alto poderío,
La ominosa riqueza
Y lumbre de belleza,
Do ciega corre juventud liviana,
Pasan cual sombra vana,
Solo dolor dejando en la memoria.
¡Oh cuántas veces mi azorada mente

En tu márgen florida,
Contemplando tu rápida corriente,
Lloró el destino de mi frágil vida!
¡Cuántas en paz sabrosa
Interrumpí tu plácido rüido
Con mi voz ¡ ó arroyuelo! dolorosa,
Y en dulces pensamientos embebido,
A tu corriente pura
Las lágrimas mezclé de mi ternura!
¡Cuántas, cuántas me viste
Querer de tí apenado separarme;
Y moviendo la planta perezosa,
Cien veces revolver la vista triste
Hácia tí al alejarme,
Oyendo tu murmullo regalado,
Y exclamar conmovido
Con balbuciente acento:
Aqui moran la dicha y el contento!
¡O campo! ó soledad! ó grato olvido!
¡O libertad feliz! ¡ó afortunado
El que por tí de lejos no suspira;
Mas trocando tu plácida llaneza
Por la odiosa grandeza
Por siempre á tu sagrado se retira!
¡Afortunado el que en humilde choza
Mora en los campos, en seguir se goza

Los rústicos trabajos, compañeros
De virtud é inocencia;
Y salvar logra con feliz prudencia
Del mar su barca y huracanes fieros!

ÉGLOGAS.

ÉGLOGA I.

BATILO [1].

BATILO, ARCADIO, POETA.

BATILO.

Paced, mansas ovejas,
La yerba aljofarada,
Que el nuevo dia con su lumbre dora;
Mientras en blandas quejas
Le cantan la alborada
Las parlerillas aves á la Aurora.
La cabra trepadora
Ya suelta se encarama
Por la áspera ladera:
De esta alegre pradera
Paced vosotras la menuda grama;
Paced, ovejas mias,
Pues de Abril tornan los felices dias,

1 Esta égloga en alabanza de la vida del campo fue premiada por la Real Academia Española en junta que celebró en 18 de Marzo de 1780.

Corónase la tierra
De verdor y hermosura,
Y aparecen de nuevo ya las flores:
Líquida de la sierra
Corre la nieve pura,
Y vuelven á sus juegos los pastores.
Todo el campo es amores:
Retoñan los tomillos:
Las bien mullidas camas
Componen en las ramas
A sus hembras los dulces pajarillos;
Y el arroyuelo esmalta
De plata el valle, do sonando salta.

Asi cual es sabroso
Despues de noche triste
El rocio del alba al mustio prado;
O cual tras enojoso
Invierno el mundo viste
De gala el sol, gozándose el ganado;
Asi cual al cansado
Pastor, que tras hambriento
Lobo corrió, es la fuente;
Tras el Marzo inclemente,
Tal es á mi del céfiro el aliento:
Y cual á abeja rosa,
Del campo asi la vida deliciosa.

Apenas ha nacido
El dia en los oteros,
De arreboles el cielo matizando,
Por el alegre ejido
Saco ya mis corderos,
Y alegres los cabritos van saltando.
Mientra el sol se va alzando,
Mil zelosas porfias
A la sombra en reposo
Separo, si zeloso
Mi manso está por las corderas mias:
Y si la noche viene,
El estrellado cielo me entretiene.

Mas por aquella loma
Con sosegada planta,
Al viento dando el pastoril acento,
El dulce Arcadio asoma:
Su armoniosa garganta
¡Cuán acordada sigue al instrumento!
Tambien canta contento
De la estacion florida.
Para en torno seguirle,
Corro de cerca á oirle:
Algo acaso dirá de mi querida;
O la nueva tonada
Que Tirsi canta á su Licori amada.

ARCADIO.

¿Quién viendo la hermosura
De esta tendida vega,
Y el brillo y resplandores del rocío,
Los brincos, la soltura
Con que el ganado juega,
Y el soto lejos, plácido y sombrío,
El noble señorío
Con que el claro sol nace,
Las nieblas recogerse,
En ondas mil la yerba estremecerse,
Y los hilos de luz que el aire hace,
Tierno latirle el seno
No siente, y de placer su ánimo lleno?
Do quiera es primavera,
Que Abril vertiendo viene
Nuevas galas y espíritu oloroso:
La novilla do quiera
Sobrado el pasto tiene
En tierna yerba de pacer sabroso.
El pastor en reposo
Ya libre sus tonadas
Puede cantar tendido,
Viendo su hato querido
Lento buscar las sombras regaladas,
Y pueden las pastoras

Bailar alegres las ociosas horas.
  No á mi gusto sea dado
Riquezas enojosas,
Ni el oro que cuidados da sin cuento:
No el ir embarazado
Entre galas pomposas;
Ni corriendo vencer al raudo viento;
Mas sí cantar contento
Sentado á par mi Elisa,
Viendo desde esta altura
Del valle la verdura,
Y de mi dulce bien la dulce risa,
Y mis vacas pastando,
Y el manso rio entre árboles vagando.
  Pero aquel que alli veo
Que por el prado viene,
¿No es Batilo el zagal? Tan de mañana:
¡Cuán bien á mi deseo
La suerte lo previene!
Guarde el cielo, pastor, tu edad lozana.

BATILO.

  La gracia sobrehumana
De tu cantar divino
Guarde del lobo odioso:
Y sigue en tan sabroso
Tono, hechizo del valle y de amor digno;

Que el ganado alboroza,
Y el choto jugueton por él retoza.

ARCADIO.

Tú mas antes al viento
Suelta esa voz süave
Que á todas las zagalas enamora,
Tañendo el instrumento
Que el desden vencer sabe,
Y ablandar como cera á tu pastora;
Y la letra sonora
Cántame que le hiciste
Cuando te dió el cayado
Por el manso peinado,
Que con lazos y esquila le ofreciste;
O bien la otra tonada
De la vida del campo descansada.

Premio será á tu canto
Este rabel, que un dia
Me dió en prenda de amor el sabio Elpino;
Y en él con primor tanto
Pintó la selva umbría,
Que muestra bien su ingenio peregrino.
Del Tórmes cristalino
Formó en él la corriente,
Que ir riendo dijeras,
Lo largo en sus praderas

Vagando los rebanos mansamente;
Y la ciudad de lejos
Del sol como dorada á los reflejos.
A un álamo arrimado
Alegre un zagal canta
Mientras su amada flores va cogiendo:
Por el opuesto lado
Un mastin se adelanta,
Y á otra zagala fiestas viene haciendo:
Todo que lo está viendo
Lejos un ciudadano,
El semblante afligido,
Y en cuidados sumido,
Haciéndole á otro senas con la mano,
Que al umbral de una choza
Rïe entre los pastores, y se goza.

BATILO.

Y yo de Delio hube
Una flauta preciada,
Labrada de su mano diestramente.
Tan guardada la tuve
Que jamas fue tocada;
Pero mi amor en dártela consiente.
Los valles y la fuente
Puso en ella de Otea:
De vida el llano ameno

Como por Mayo lleno:
Un muchacho en el cerro pastorea;
Y el rabel otro toca,
Y á contender cantando le provoca.
  De flores coronadas,
Mas lindas que las flores,
Suelto el cabello al céfiro liviano,
Van bailando enlazadas,
Causando mil ardores
Las zagalejas en el verde llano:
A un lado está un anciano
Que la flauta les toca,
Y algunas ciudadanas
Mirándolas ufanas;
Y como que la envidia las provoca
Con regocijo tanto.
Pero tú empieza, y seguiré yo el canto.

ARCADIO.

  Dulce es el amoroso
Balido de la oveja,
Y la teta al hambriento corderuelo:
Dulce, si el caluroso
Verano nos aqueja,
La fresca sombra y el mullido suelo:
El rocío del cielo
Es grato al mustio prado,

Y á pastor peregrino
Descanso en su camino:
Dulce el ameno valle es al ganado,
Y á mí dulce la vida
Del campo, y grata la estacion florida.
   Mire yo de una fuente
Las menudas arenas
Entre el puro cristal andar bullendo,
Ó en la mansa corriente
De las aguas serenas
Los sauces retratarse, entre ellos viendo
Los ganados paciendo:
Mire en el verde soto
Las tiernas avecillas
Volar en mil cuadrillas;
Y gocen del tropel y el alboroto
Otros de las ciudades,
Cercados de sus daños y maldades.
   ¿Donde las dulces horas,
De júbilo y paz llenas,
Mas lentas corren, ni con mas reposo?
¿Quién rayar las auroras
Como el zagal serenas
Ve, ni del sol el trasponer hermoso?
¡Cuidado venturoso!
¡Mil veces descansada

Pajiza choza mia!
Ni yo te dejaria
Si toda una ciudad me fuera dada;
Pues solo en tí poseo
Cuanto alcanzan los ojos y el deseo.
¿Para qué el vano anhelo,
Ni los tristes cuidados
Que engendran el poder y los honores?
Mejor es ver el cielo
Que no techos pintados;
Mejor que las alfombras nuestras flores.
Los árboles mayores
Nos dan fácil cabaña,
Una rama sombrío,
Otra reparo al frio;
Y cuando silba el ábrego con saña
En las noches de Enero,
Lumbre para bailar un roble entero.
Aqui en la verde grama
Oiga yo en paz gloriosa
El lento susurrar de este arroyuelo:
Aqui evite la llama
Cabe mi Elisa hermosa
Del sol subido á la mitad del cielo;
Y su dorado pelo
Orne de florecillas,

O teja en su regazo
De ellas guirnalda ó lazo;
Y arrúllenme las blandas tortolillas
Cuando yo la corone,
Y la firmeza de mi amor le abone.

BATILO.

Y á mí leche sobrada
Me da, y natas y queso,
Y su lana y corderos mi ganado:
Mis colmenas labrada
Miel de tierno cantueso,
Y pomas olorosas el cercado.
Gobierna mi cayado
Dos hatos numerosos,
Que llenan los oteros
De cabras y corderos;
Y deja á los zagales envidiosos
Mi dulce cantilena,
Que á las mismas serranas enagena.
Mas bienes no deseo,
Ni quiero mas fortuna,
Contento con mi suerte venturosa.
En este simple arreo
No hay pastorcilla alguna
Que huya de mis cariños desdeñosa.
Su guirnalda de rosa

Me dió ayer Galatea,
Filis este cayado,
Y este zurron leonado
La niña Silvia, que mi amor desea;
Mas yo á Filena quiero,
Ella me paga, y por sus ojos muero.

ARCADIO.

Pues cuando el sabio Elpino
Se huyó de la alquería
A la ciudad por sus hechizos vanos;
Con su ingenio divino
¡Qué cosas no decia
Despues de los arteros ciudadanos!
Aun á los mas ancianos
Si te acuerdas pasmaba,
Contándonos los hechos
De sus dañados pechos.
Yo zagalejo entonces le escuchaba,
Y aun guarda la memoria
La mayor parte de su triste historia.

El semblante sereno,
Y el corazon röido,
Cual es el fruto de silvestre higuera,
Miel envuelta en veneno
Su razonar fingido,
Pechos lisiados de la envidia fiera,

Hijos que desespera
La vida de sus padres,
Muertes, alevosías,
Entre esposos falsías,
Y doncellas vendidas por sus madres;
Esto contaba Elpino
De la ciudad despues que al campo vino.

BATILO.

Y Dalmiro cantaba,
Aquel que fue á la guerra,
Y vió las tierras donde muere el dia;
Que en nada semejaba
El rio de esta sierra
Al mar soberbio que pavor ponia.
Me acuerdo que decia
Que del viento irritado
Bramaba en son horrendo,
Con las olas queriendo
Estrellarse en el cielo encapotado,
Tragándose navíos,
Como á las enramadas nuestros rios.
Que entonce el alarido
Y acabar de los tristes
Quebraba el corazon en tal cüita,
Cual si débil balido
De herida oveja oistes,

Ò choto que su madre solicita.
¡Oh ceguedad maldita,
Fiar vida y ventura
A una tabla liviana!
Mejor es la galana
Vega, Arcadio, con planta hollar segura
Tras mis mansas corderas
Que el ver navíos ni borrascas fieras.

ARCADIO.

Ni yo, Batilo, quiero
Ver mas que nuestros prados,
Ni beban mis ganados de otro rio.
Aqui no lobo fiero
Nos trae alborotados,
Ni nos daña el calor, ó hiela el frio.
No ageno poderío
Nuestro querer sujeta,
Ni mayoral injusto
Nos avasalla el gusto.
Todos vivimos en union perfeta;
Y el sol y helado cierzo
Nos dan salud y varonil esfuerzo.
Todo es amor sabroso,
Alegría y hartura,
Y descanso seguro y regalado.
Ni el pastor envidioso

Murmura la ventura
Del otro á quien da el cielo mas ganado.
Ni el mayoral honrado
Burla al zagal sencillo,
Ni con doblez le trata.
Ni su seno recata
La amada de su tierno pastorcillo,
Que el amante y la fuente
Gozan de su belleza libremente.
Como las ciudadanas
A engañar no se enseñan
Nuestras bellas y cándidas pastoras;
Ni en su beldad livianas
Nuestro querer desdeñan,
O mudan de amador á todas horas.
Mejor que las sonoras
Canciones de la villa
Su voz suena á mi oido;
Y que el ronco alarido
De sus plazas la voz de mi novilla.
Mas canta tu tonada
De la vida del campo descansada.

BATILO.

¡O soledad gloriosa!
¡O valle! o bosque umbrío!
¡O selva entrelazada! o limpia fuente!

¡O vida venturosa!
¡Sereno y claro rio
Que por los sauces corres mansamente!
Aqui entre llana gente
Todo es paz y dulzura
Y feliz armonía
Del uno al otro dia.
La inocencia de engaño está segura,
Y todos son iguales
Pastores, ganaderos y zagales.
   El cielo despejado,
Y el canto repetido
De las pintadas aves por el viento,
El balar del ganado,
Y plácido sonido
Que del céfiro forma el blando aliento,
Tal vez el tierno acento
De alguna zagaleja
Que canta dulcemente,
Y este oloroso ambiente
En grata suspension á el alma deja;
Y á sueño descansado
Brinda la yerba del mullido prado.
   No aqui esperanza ó miedo,
Las tramas y falsias
Que saben los soberbios ciudadanos.

El pastorcillo ledo
En paz goza sus dias
Sin entregarse á pensamientos vanos.
Los cielos soberanos
Bendicen su majada,
Y él con sencillo zelo
Da bendicion al cielo,
Tal vez acompañando la alborada
Con que en el campo adora
El coro de las aves á la aurora.
Sin rezelo ni susto
Los términos pasea
De las cabañas que nacer le vieron:
Y ora aparta con gusto
La cabra en su pelea,
O ve do los jilgueros nido hicieron:
Si al lagarto sintieron
Sus tiernos corderillos,
Rie cual se espantaron,
Corrieron ó balaron:
Ora al yugo acostumbra los novillos:
Ora fruta ó flor nueva
En don alegre á su zagala lleva.
Con las serranas viene
A triscar por el prado,
Y enguirnalda la sien de frescas flores:

Ni entonces libre tiene
Su pecho otro cuidado
Que cantarles ufano mil amores.
Mejor son sus favores
Que la villa y sus tristes
Cuidados y rüidos;
Pues no en tales gemidos
Dos tortolillas querellarse vistes,
Cual canta en voz sonora
De amor un zagalejo á su pastora.
   La fruta sazonada
¡Con cuál dulce fatiga
De la rama se corta! ¡cuán gustoso
Es ver la acongojada
Lucha en la blanda liga
Del verdecillo ó colorin vistoso!
¡Cuán grato el armonioso
Susurrar y el desvelo
De abeja entre las rosas!
¡O ver las mariposas
De flor en flor pasar con presto vuelo!
¡O mirar la paloma
Bañarse alegre cuando el alba asoma!
   Asi Tirsi decia,
Que la primera gente
Como agora vivimos los pastores,

Por los campos vivia
En la edad inocente,
Antes que del verano los ardores
Marchitaran las flores;
Cuando la encina daba
Mieles, y leche el rio;
Cuando del señorío
Los términos la linde aun no cortaba,
Ni se usaba el dinero,
Ni se labraba en dardos el acero.
Y cierto ¿cuántas veces
Los mas altos señores
Vienen á nuestras pobres caserías
Sin pompa ni altiveces
A gozar los favores
Del campo y sus sencillas alegrías?
Las rústicas porfias
Que los zagales tienen,
Miran embelesados;
Y en seguir los ganados
Por los tendidos valles se entretienen;
O de bailar se gozan,
Y al son de nuestras flautas se alborozan.
Aqui Delio y Elpino
Moraron, y el famoso
Que dijo de las Magas el encanto

Con su verso divino
Junto al Betis undoso;
Y aqui Albano entonó su dulce canto.
¡O grata vida! ¡ó cuánto
Me gozo en tí seguro!
De flores coronado,
Y al cielo el rostro alzado
Este vaso de leche alegre apuro:
Bebe Arcadio, y gocemos
Tan feliz suerte, y á la par cantemos.

ARCADIO.

Cual la dulce llamada
De paloma rendida
Es al tierno pichon que la enamora,
Cual hiedra enmarañada
Que á reposar convida,
Y cual agrada el baile á la pastora,
Tal tu cancion sonora
Es, zagal, á mi oido:
Ni asi es el prado ameno
De grata yerba lleno,
De las ovejas con hervor pacido
En fresca madrugada,
Cual me encanta tu música extremada.

BATILO.

No el lirio comparado

Con zarza montüosa
Ser debe, ó con el cardo la azucena:
Ni asi aquel desagrado
Y altivez enojosa
De las de la ciudad con la serena
Gracia de mi Filena.
Ellas me desdeñaron
Allá en su plaza un dia:
Yo sus burlas reia;
Y ellas de mis desprecios se enojaron.
Volvime á mis corderos,
Y á gozar, zagaleja, tus luceros.

ARCADIO.

Y yo á mi Elisa amada
Fui compañero acaso
La tarde en la ciudad que fiesta habia:
Cual luna plateada
Reluce en cielo raso,
Asi Elisa entre todas relucia.
¡Cuán bella parecia,
Zagal! sus lindos ojos
Mil pechos abrasaron,
Envidias mil causaron,
Y se hicieron á un tiempo mil despojos.
¡Ay, Elisa, bien mio,
De tu firmeza mi ventura fio!

BATILO.

Los surcos las labradas
Laderas hermosean,
Y del olmo la vid es ornamento:
Las pomas sazonadas
El paladar recrean,
Y al ánimo la flauta da contento,
Al bosque el manso viento:
Tú á todo nuestro prado
Le das, Filena mia,
La risa y alegría:
Al sentirte venir bala el ganado;
Y Melampo colea,
Y haciéndote mil fiestas te recrea.

ARCADIO.

No asi de la pastora
La gala es deseada,
Ni del zagal el dulce caramillo,
Ni vaca mugidora
Tanto en la zela agrada
A enamorado cándido novillo,
O á la liebre el tomillo,
Cual á Elisa es sabrosa
Pradera y selva umbría.
Con menos agonía
Huye del gavilan la garza airosa,

Que Elisa desalada
Corre de la ciudad á su majada.

BATILO.

Darme quiere Lisardo
Por el mi manso un choto
Para llevarlo en don á sus amores:
Yo para tí lo guardo,
Y el nido que en el soto
Ayer cogi con ambos ruiseñores.
¡Ay si yo en mis ardores
Fuese abeja y volara,
Mi bien, siempre á tu lado!
¡O en colorin mudado,
Continuo mis ardores te cantara!
¡O hecho flor me cortases,
Y á tu labio de rosa me allegases!

ARCADIO.

No á la cigarra es dado
De voz haber porfia
Con jilguero que canta en la enramada,
Ni con cisne extremado
En dulce melodía
Puede ser abubilla comparada:
Ni á tu voz regalada
Mi tono desabrido.
¡O fuente! ó valle! ó prado!

¡O apacible ganado!
Si el canto de Batilo es mas subido
Que el de los ruiseñores,
Grata escuche Filena sus amores.

BATILO.

La alondra en compañía
De la alondra se goza,
Y en su arrullo la tórtola lloroso,
El ciervo en selva umbría
Con su par se alboroza,
Y con el agua el ánade pomposo.
Yo con el amoroso
Rostro de mi pastora,
Ella con sus corderas,
Y estas en las laderas
Cuando de nueva luz el sol las dora,
Y á Arcadio mi tonada,
Y á todo el valle su cantar agrada.

POETA.

Asi loando fueron
La su vida inocente
Los dos enamorados pastorcillos;
Y los premios se dieron
Del álamo en la fuente,
Llevando allí á pastar sus ganadillos:
Y yo que logré oillos

Detras de una haya umbrosa,
Con ellos comparado
Maldije de mi estado.
De entonces la ciudad me fue enojosa;
Y mil alegres dias
Gozo en sus venturosas caserías.

ÉGLOGA II.

AMINTA.

A Aminta y Lisis en union dichosa
Amor unido habia,
El casto amor de la inocencia hermano.
Lisi cual fresca purpurante rosa,
Que abre su cáliz virginal del dia
Al suave aliento, por Aminta ardia;
Y él celebraba ufano
En tierno acento su zagala bella.
El fugaz eco plácido llevaba
Su constante ternura
A su querida, cuando lejos de ella
Su cándido ganado apacentaba.
Eran dos niños por comun ventura
Ya dulce fruto de sus castos fuegos,
Asi blondos y hermosos,

Cual entre las zagalas bulliciosos,
Sin venda ni arco en infantiles juegos,
Porque esquivas sus llamas no rezelen,
Sueltos los amorcitos vagar suelen
Cuando las danzas del Abril florido.
En ellos y en su Lisi embebecido
Del pasto alegre del vicioso prado
Aminta revolvia
A su feliz cabaña su ganado;
Y el sol laso entre nieblas se perdia;
Cuando asomar por el opuesto ejido
Los vió el padre feliz: ¡oh qué alegría
Con su vista sintió! ¡cómo su pecho
En plácida zozobra palpitaba,
Cual nieve al sol en blando amor deshecho!
En lágrimas bañado los miraba,
Y luego al cielo en gratitud ferviente;
Y asi cantó con labio balbuciente.

AMINTA.

¡O mis lindos amores!
¡Mitad del alma mia!
¡De vuestra madre bella fiel traslado!
Creced, tempranas flores,
De gloria y alegría
Colmando á vuestro padre afortunado:
Y cual risa del prado

Es el fresco rocío,
Dulce júbilo sed del pecho mio.
¡Ah con qué gozo veo
Plácidos ir girando
En lenta paz mis años bonanzosos,
Cuando en feliz recreo
De mi cuello colgando
Inocentes reis; ó bulliciosos
En juegos mil donosos
Triscais por la floresta
Tras los cabritos en alegre fiesta!
El colorin pintado
Que en la ramilla hojosa
Se mece, y blando sus cuidados trina;
El vuelo delicado
Con que la mariposa
De flor en flor besándolas camina;
La alondra que vecina
Al cielo se levanta,
Todo os es nuevo, y vuestro pecho encanta.
En vuestra faz de rosa
Rie el gozo inocente,
Y en los vivaces ojos la alegría:
Vuestra boca graciosa
Y la alba tersa frente
Son un retrato de la Lisi mia.

La blanda melodía
De vuestra voz remeda
La suya, pero en mucho atras se queda.
¡Y el candor soberano
De su pecho divino!
¡Y su piedad con todos oficiosa!
Yo vi su blanca mano
Del mísero Felino
Socorrer la indigencia rigurosa.
Clori en su congojosa
Suerte llorar la viera,
De su amarga orfandad fiel compañera.
Sola estás; mas el cielo
Si te roba, exclamaba,
La cara madre, te dará una amiga;
Y á la triste en su duelo
Sollozando alentaba.
Clori la abraza en su cruel fatiga;
Y sus ansias mitiga
En su seno clemente.
Yo al verlo me inundaba en lloro ardiente.
De entonces mas perdido
La adoré, y ciego amante
Sus pisadas seguí por selva y prado.
Asi en el ancho ejido
Con balido anhelante

Corre á su madre el recental nevado.
Oyó en fin mi cuidado;
Y mi feliz porfia
Coronando, su mano unió á la mia.
  Vosotros, mis amores,
Sois el fruto precioso
Del dulce nudo y bendicion del cielo,
De mil suaves ardores
Galardon venturoso,
De nuestras ansias plácido consuelo,
Renuevos que el desvelo
De mi cariño cria
Para gozarme con su pompa un dia.
  Crecereis, y mi mano
Os cubrirá oficiosa,
Cual tiernas plantas de la escarcha cruda.
El cielo soberano
Con bendicion gloriosa
Hará que el fruto á la esperanza acuda;
Y deleitosa ayuda
En la vejez cansada
A mí sereis y á vuestra madre amada.
  Entonces nuestra frente
El tiempo habrá surcado
De tristes rugas, el vigor perdido:
Tal el astro luciente

Se acerca sosegado
Al occidente en llamas encendido.
Pero habremos vivido;
Y hombres os gozaremos;
Y en vosotros de nuevo viviremos.
  El ganado que ahora
Mi blando imperio siente,
El vuestro sentirá; y en estos prados
Os topará la aurora
Tañendo alegremente
Mi flauta y caramillo concertados.
Los tonos regalados
Que ora á cantar me atrevo
Hará mas dulces vuestro aliento nuevo.
  En humilde pobreza,
Mas en paz y ocio blando,
Luego mi Lisi y yo reposaremos.
Sobre vuestra terneza
Nuestra suerte librando,
A vuestra fausta sombra nos pondremos.
Plácidos gozaremos
Su celestial frescura;
Y os colmarán los cielos de ventura.
  Porque el hijo piadoso
Es de ellos alegría,
Y habitará la dicha su cabaña:

Pasto el valle abundoso
Siempre á su aprisco cria:
Ni el lobo fiero á sus corderas daña:
Nunca el año le engaña;
Y en su trono propicio
Acoge Dios su humilde sacrificio.
A sus dulces desvelos
Rie blanda su esposa,
Corona de su amor y su ventura;
Y de hermosos hijuelos
Cual oliva viciosa
Le cerca, y en servirle se apresura:
De inefable ternura
Inundado su seno,
Cien nietos le acarician de años lleno.
¡Oh mis hijos amados!
Sed buenos, y el rocío
Vendrá del cielo en lluvia nacarada
Sobre vuestros sembrados:
Os dará leche el rio,
Y miel la añosa encina regalada:
Vuestra frente nevada
Lucirá largos dias....
Ay! ¡oiga el cielo las plegarias mias!
Con delicado acento
Asi Aminta cantaba,

Bañado el rostro en delicioso llanto,
Y el feliz pecho en celestial contento;
Y con planta amorosa
A sus dulces hijuelos se acercaba:
Llegó do estaban, y cesó su canto;
Que con burla donosa
Uno el cayado jugueton le quita
Y el balante ganado ufano rige,
Que al redil conocido se dirige;
Mientra el mas pequeñuelo se desquita
Con mil juegos graciosos,
Sonar queriendo con la tierna boca
La dulce flauta que su padre toca;
Y de Aminta en los brazos cariñosos
Llegando á la alquería
Caen las sombras, y fallece el dia.

ÉGLOGA III.

MIRTILO Y SILVIO.

SILVIO.

¿Dónde, Mirtilo amado,
Tan cuidadoso, tan veloz caminas?
¿Donde? el caro redil abandonado?

MIRTILO.

A ofrecer estas frescas clavellinas
A mi gentil zagala, Silvio mio,
Que cogí en el verjel: aun salpicadas
Ve en líquido rocío
Sus tiernas hojas; pero muy mas bellas
Sus mejillas rosadas
Son, y su boca mas fragante que ellas.
Voy, Silvio, pues; ¡el pecho se alboroza!
Y en la feliz ventana de su choza
En un ramo donoso
Las dispongo; y retírome de un lado
Con paso respetoso,
Luego al rabel le canto apasionado
La amorosa tonada
Que entre todas las mias mas le agrada,
Porque me sienta allí: la zagaleja
De timidez y gozo palpitando,
El blando lecho silenciosa deja,
Y asómase á escuchar: mira el fragante
Vistoso ramo que feliz le ofrece
Mi desvelo constante:
Tómalo, y rie: á la nariz hermosa
Lo llega; y en su aroma regalado
Pensando en su Mirtilo cariñosa
Absorta se embebece,

Yo envidiando mi ramo afortunado.

SILVIO.

¡Zagal feliz! que de placer suspiras,
Mientras las tristes iras
Yo sin ventura lloro
De Amarilis cruel, de linda boca,
Ojos vivaces y cabello de oro,
Que parte en rizos por el cuello tiende,
Parte entre rosas agraciada prende;
Mas rebelde al amor cual dura roca.
Asi pues te dé blanda Galatea
Los dulces premios que tu fe desea,
Que me cantes te ruego esa tonada,
Que cual tuya será tierna y süave.

MIRTILO.

Harélo, Silvio amado,
Asi porque no sabe
Mi sencilla aficion negarte nada,
Como por ocuparme afortunado
En Galatea y mi sabrosa pena.
La noche va tornando silenciosa;
Y la alba luna que en el alto cielo
Su carro guia en magestad serena,
Con su cándida luz bañando el suelo,
Despiertan la gloriosa
Llama de amor, mi espíritu conmueven.

Y el labio y el rabel al canto mueven.
Oye pues, Silvio: la zagala mia
Un clavel oloroso
Puesto galanamente
En el baile llevaba:
Violo mi loco amor, y asi decia,
Mientras él insensible el cerco hermoso
De sus purpúreas hojas levantaba
Sobre su seno cándido y turgente:
¡Oh si yo feliz fuera
Ese clavel fragante,
Donosa Galatea,
Que ufana al seno traes!
¡Cuán fino y cariñoso
Su nieve palpitante
Delicioso empapara
En mi aliento süave!
Sobre él las hojas tiernas
¡Oh dicha imponderable!
Tendiera, y sin zozobra
Lograra en fin gozarle.
Viera si su alba esfera
De rosas y azahares
Hizo Amor, ó de nieve
Mezclada con su sangre:
La fuerza que lo agita

Cuando turbado late,
Y el valle de jazmines
Que forma donde sale;
De do el olor subido
Le viene; y qué contraste
Con sus turgentes globos
La lisa tabla hace:
Viera si el breve hoyuelo
De do esta tabla parte
Es lecho de azucenas,
Do Amor dormido yace:
Pues si á gozar el ámbar
De mi encendido caliz
Tal vez la nariz bella
Inclinaras afable,
¡Oh y cuál lo dilatara!
¡Cuán tierno, cuán amante
El tuyo inundaria
De gozos celestiales!
¡Y con tu aliento unido
Me deslizara fácil
Por él, hasta que ardieras
Del fuego que en mí arde!
¡Bebiera tus suspiros:
Mis encendidos ayes
Envueltos en aromas

Bebieras tú anhelante!
Mas ¡ah! que helada y muerta
Gozar la flor no sabe
Bien tanto; y en mil ansias
Mi pecho se deshace.
¡Clavel, ó Amor, me torna,
O cefirillo amable:
Y siempre á mi bien siga,
Y en mi ámbar la embriague!

Ya Mirtilo callaba,
Y aun Silvio embebecido
Sin sentirlo prestaba
Al eco tierno un silencioso oido.
Volvió en fin, y le dice: el bullicioso
Curso del arroyuelo,
Y del favonio el susurrante vuelo
No igualan con tu voz, zagal dichoso.
Dulce al labio es la miel, y la mirada
Tierna de una pastora
Dulce al zagal que fino la enamora:
Pero muy mas el ánimo recrea
Tu amorosa tonada.
Toma, toma por ella esta cayada,
Que entallé diestro de arrayan y flores:
Tan fácil premio mi amistad desea
A tus tiernos ardores.

Recibióla Mirtilo; y mas contento
Que el cierveecillo jugueton y exento
Brinca en pos de su madre en la pradera,
A poner fino el ramo afortunado
Vuela en planta ligera
A la ventana de su dueño amado.

ÉGLOGA IV.

EL ZAGAL DEL TORMES.

Fértiles prados, cristalina fuente,
Bullicioso arroyuelo, que saltando
De su puro raudal plácido vagas
Entre espadañas y oloroso trébol;
Y tú, álamo copado, en cuya sombra
Las zagalejas del ardiente estio
Las horas pasan en feliz reposo,
Adios quedad: vuestro zagal os deja;
Que alli del Ebro á los lejanos valles
Fiero le arrastra su cruel destino,
Su destino cruel, no su deseo.
Ya mas, ¡oh Tórmes! tu corriente pura
Sus ojos no verán: no sus corderas
Te gustarán; ni los viciosos pastos
De tus riberas gozarán felices:

No mas de Otea las alegres sombras,
No mas las risas y sencillos juegos,
Pláticas gratas y canciones tiernas
De la dulce amistad. Aqui han corrido,
Cual estas lentas cristalinas aguas
Rïendo giran con iguales pasos,
De mi florida edad los claros dias.
De las dehesas del templado extremo
Vine extraño zagal á estas riberas,
Cuando mi barba del naciente bozo
Apenas se cubria; y en las ramas
De los menores árboles los nidos
Pudo alcanzar mi ternezuela mano
De los dulces pintados colorines.
Aqui á sonar mi caramillo alegre
Me enseñó Amor; y el inocente pecho
Palpitando sentí la vez primera.
Aqui le vi temer; y á la esperanza
Crédulo dilatarse, cual fragantes
A los soplillos del favonio tienden
Sus tiernas galas las pintadas flores,
Cuando en Mayo benigno el sol les rie.
Con planta incierta discurriendo ocioso
En inocencia y paz, libre y seguro
Cantar me oisteis, y volver mis trinos
Parlero el monte en agradable juego.

Llevar me visteis mi feliz ganado
Del valle al soto, y desde el soto al rio.
Bañado en gozo cuando el sol heria
Mi leda faz con su naciente llama,
En dulce caramillo y voz süave
Su lumbre celebraba y mi ventura.
Mis ovejillas del caliente aprisco
Saltando huian con balido alegre,
Seguidas de sus cándidos hijuelos,
Al conocido valle, do seguras
Se derramaban; y ladrando en torno
Mi perro fiel con ellas retozaba.
Otros zagales á los mismos pastos
Sus corderos solícitos traian,
Á par brindados de la yerba y flores.
Y juntos bajo el álamo que cubre
Con sombra amiga y susurrantes hojas
La clara fuente, en pastoriles juegos
Nos viera el sol en su dorado giro
Perder contentos las ardientes horas,
Que en torno de él fugaces revolaban.
Viónos la noche y el brillante coro
De sus luceros repetir los juegos
Entre las sombras del callado bosque.
Y á mí embargado en contemplar el giro
De tanta luz, ó la voluble rueda

Con que del año la beldad graciosa
Ornan del crudo Enero el torvo ceño,
Del Mayo alegre las divinas flores,
Las ricas mieses del ardiente estío,
Y de olorosas frutas coronado
El otoño feliz, las maravillas
Cantar de Dios con labio balbuciente,
En tierno gozo palpitando el pecho,
Y sonando otra voz muy mas canora
Que de humilde pastor mi dulce flauta.
¡Delicia celestial, ante quien bajo
Es cuanto precia el cortesano iluso
De oro, de mando ó deleznable gloria!
No alli á nublar tan inocente gozo
El pálido temor, no los cuidados
Solícitos vinieran, ó la envidia
Sesga mirando, su cruel ponzoña
Pudo sembrar en nuestros llanos pechos.
Todo fue gozo y paz, todo süave,
Santa amistad y llena bienandanza.
En plácida igualdad muy mas seguros
Que los altos señores, nunca el dia
Nos rayó triste, ni la blanca luna
Salió á bañar con su argentada lumbre
Nuestra llorosa faz, cual allá cuentan
Que en las ciudades y soberbias cortes

La noche entera en míseros cuidados
Los ciudadanos desvelados lloran.
¡Tanto bien acabó! Como deshace
Del año la beldad crudo granizo
Que airada lanza tempestosa nube;
Y la dorada mies, del manso viento
Antes movida en bulliciosas olas,
Ya entre sus largos surcos desgranada
Del triste labrador la vista ofende;
Asi el hado marchita mi ventura,
Asi á dar fin á mi apenada vida
A tan lejanos términos me lleva,
Ay! ¿para qué? De mis fugaces años
A mas nunca tornar desparecieron
Los mas serenos ya; y acaso á hundirse
Los que me esperan de dolor conmigo
Corren infaustos en la tumba fria.
Pasó cual sombra mi niñez amable,
Y á par con ella sus alegres juegos.
Relámpago fugaz en pos siguióla
La ardiente juventud: danzas, amores,
Cantares, risas, doloridas ansias,
Dulces zozobras, veladores zelos,
Paces, conciertos agradables, todo
Despareció tambien; y el sol me viera,
Entre rosas abriendo á la galana

Primavera las puertas celestiales,
Seis lustros ya sus bienhechores rayos
Mirar contento con serenos ojos.
¡Y ora habré de dejar estas riberas
Donde vivo feliz! y estos oteros!
Este valle! este rio en libre planta
Cantando veces tantas de mí hollados
No veré mas! y mis amigos fieles!
Y mis amigos! oh dolor! con ellos
Aqui me gozo y canto: aqui esperaba
El trance incierto de mis breves dias;
Y que cerrasen mis nublados ojos
Con oficiosa mano: ¿á qué otros bienes?
Otras riquezas y cansados puestos?
¿A qué buscar en términos distantes
La dicha que me guardan estas vegas,
Y estas praderas y enramadas sombras?
Mi choza humilde á mi llaneza basta,
Y este escaso ganado á mi deseo.
Téngase allá la pálida codicia
Su inútil oro, y la ambicion sus honras;
Que igual alumbra el sol al alto pino
Y al tierno arbusto que á sus plantas nace.
Mas ya partir es fuerza: bosque hojoso,
Floridos llanos, cristalino Tormes,
Quedad por siempre adios; dulces amigos,

Adios quedad, adios; y tú indeleble
Conserva, árbol pomposo, la memoria
Que impresa dejo en tu robusto tronco,
Y sus letras en lágrimas bañadas.

Aqui Batilo fue feliz; sus hados
Le conducen del Ebro á la corriente:
Pastores de este suelo afortunados,
Nunca olvideis vuestro zagal ausente.

Id, ovejillas, id: y tan dichosas
Sed del gran rio en los lejanos valles,
Cual del plácido Tórmes lo habeis sido
Con vuestro humilde dueño en las orillas:
Id, ovejillas, id; id, ovejillas.

INDICE.

ROMANCES.

SONETOS.

ELEGÍAS.

SILVAS.

ÉGLOGAS.

